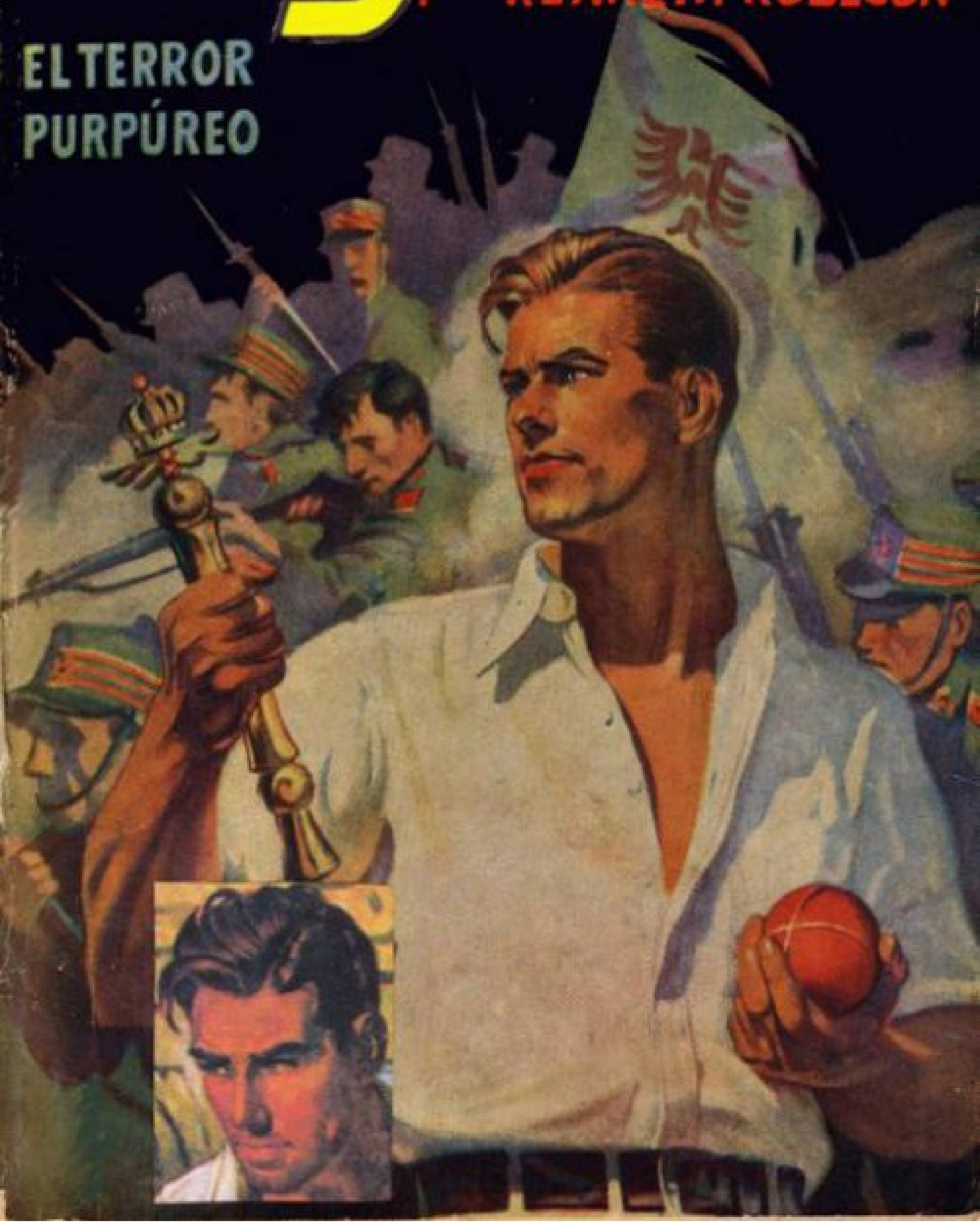
DOC SAVAGE

por KENNETH ROBESON

EL TERROR PURPÚREO



El terror purpúreo

Kenneth Robeson
Doc Savage/18

CAPÍTULO I

LUJO, MISERIA Y TERROR

SESENTA personas le vieron apearse del coche estacionado delante del rascacielos —uno de los más bellos de la ciudad— pero apenas dos o tres repararon en la contracción significativa de sus labios que se destacaban como finísima línea violácea en el pálido rostro.

La chistera de los cien reflejos y el lujoso automóvil las tenían embobadas.

Una y otro revelaban la elevada posición social del personaje que, gustosos, hubieran cambiado por la suya.

De saber la verdad no hubieran querido aceptarla ni por todo el oro del mundo.

Dos o tres curiosos repararon en su rostro sombrío y achacaron, sin duda, la expresión a la preocupación de su alto cargo. No era imposible que el caballero fuera un magnate de la Banca o del Comercio.

Su palidez se debía, en realidad, al miedo, a un pavor que rayaba en el delirio.

Con paso rápido se metió en el vestíbulo de colosales proporciones del rascacielos. El coche aguardó fuera. Su portezuela ostentaba el escudo de armas de la Casa reinante de Calbia, país balkánico europeo. Probablemente lo ignoraban los curiosos allí reunidos, pero su chófer vestía el uniforme de general del ejército calbiano.

Ahora bien: la ropa usada y pobre, marca con su sello inconfundible a quien la lleva. Descubre la humildad de su posición social. Por ello nadie, ni siquiera el caballero de la chistera, fijó la mirada en una mujer que penetraba, al propio tiempo, en el edificio.

Esta mujer era bajita, rechoncha, encorvada de espaldas. En los surcos de su rostro hubiera cabido un lápiz. Llevaba la cabeza envuelta en un chal anudado debajo de la barbilla, cuyos desgarrones dejaban ver los cabellos grises de su dueña. Su vestido era de confección casera; sus zapatos, toscos y deslucidos.

Hombre y mujer —lujo y miseria— penetraron a una en el rascacielos.

—¿Adónde van ustedes? —les preguntó el botones encargado del manejo del ascensor.

—Al piso ochenta y seis —replicó el personaje.

—Al piso ochenta y seis —repitió como un eco la mujer con voz cascada.

Y ambos se miraron. Jamás se habían visto.

—Este piso está ocupado, totalmente, por míster Savage —dijo el botones a guisa de información.

Pulsó un timbre y la caja del ascensor se lanzó hacia las alturas con la rapidez de una flecha. Una vez llegados al piso deseado, sus dos ocupantes salieron a un pasillo sencillo y al propio tiempo ricamente amueblado.

A juzgar por la ojeada que le dirigieron, ni uno ni la otra habían puesto jamás los pies en él. Sobre la puerta campeaban en pequeñas letras de bronce el nombre y apellidos de la persona que buscaban.

Se acercaron, pues, a ella y el caballero trató de abrirla asiéndola por el pomo y dándole media vuelta. La puerta estaba cerrada por dentro. Como no divisó ningún timbre, el caballero llamó con los nudillos. La puerta se abrió.

El personaje cometió entonces un error que más adelante iba a costarle la vida. Dio un empujón a la mujer y se colocó delante. Aquella acción no tuvo nada de caballeresco.

El aspecto poco común de la persona que acababa de abrir, les produjo una impresión tal de sorpresa que se quedaron parados.

—¿Es Doc Savage? —interrogó con imperio el caballero.

—Soy Monk —repuso el desconocido. Quiero decir, Andrés Blodgett, para servirle.

—Bien. Dígale a míster Savage que me urge hablar con él. Soy el barón Dimitri Mandl.

Aquel título no impresionó a Monk. Rápidamente recorrió su vista la chistera de los mil reflejos, el chaquet y los pantalones de

mañana, del caballero y luego fue a posarse plácidamente en la mujer mal vestida.

—¿Usted desea ver también a Doc? —deseó saber.

—Sí, señor.

Parecía aturdida por la magnificencia del despacho, con sus suntuosos y confortables sillones, su impresionante caja de caudales y la incrustada mesa de escribir.

—Está bien. Aguarden un momento —les dijo la voz infantil de Monk.

Atravesó el despacho, abrió una puerta y después la cerró tras de sí.

Después de haber franqueado su umbral, se encontró en la hermosa biblioteca atestada de estanterías llenas de libros.

La recorrió en parte y fue a detenerse delante del hombre de bronce que, sentado en un sillón, leía a la luz de la lámpara de pie. La silla era maciza; no obstante parecía pequeña en comparación con las hercúleas proporciones del hombre de bronce.

—Ahí fuera aguardan dos personas que desean verte, Doc —le comunicó Monk—. La una es un caballejo bien portado que se cree alguien; la otra, la pobre mujer a quien ha atropellado.

Doc levantó los ojos.

—El caballero es un mal educado, ¿eh? —dijo, con su voz agradable y bien timbrada.

—Tú lo has dicho. ¿A cuál de los dos deseas ver primero?

—Lo dejo a tu elección, Monk.

Monk salió andando pausadamente de la biblioteca y, una vez en el despacho, saludó a la mujer con una cortés inclinación de cabeza.

—Pase usted —le dijo, con amable entonación.

—Gracias —La mujer se dirigió a la puerta de la biblioteca.

Antes de que hubiera traspasado sus umbrales, saltó, con voz furibunda, el caballero:

—Tengan en cuenta que soy Embajador de Calbia en los Estados Unidos y que me trae aquí un asunto de interés.

Monk frunció el ceño.

—Aunque fuera usted el Rey recibiría idéntico trato en este país —respondió.

*****

Cuando hubo entrado en la hermosa biblioteca y reparado en el hombre de bronce, la buena mujer se quedó con la boca abierta. El gigante la impresionaba de verdad.

—¿Es Doc Savage? —preguntó, balbuceando—. He oído hablar mucho de usted y de las cosas maravillosas que lleva a cabo. Usted ayuda a todo el mundo, ¿no es eso?

Doc respondió con un gesto a la pregunta y luego dijo, para tranquilizar a la mujer:

—Eso es ¿En qué puedo servirla?

—Se trata de mi pobre hijo —replicó la mujer, rápidamente—. Está lisiado y no se puede hacer nada por él. He oído decir que usted sabe más que muchos doctores, que es un gran químico y que nadie sabe lo que usted en materia de electricidad. Pero, sobre todo, se dice que nadie le iguala en calidad de cirujano. Yo quisiera que ayude usted a mi pobre hijo.

Doc no dijo nada, pero sus pupilas doradas despidieron rayos de luz.

—Usted puede sacarle de su triste condición —continuó diciendo la mujer, con voz temblorosa—. Sus piernas...

—Un momento. Será mejor que haga yo el diagnóstico —observó Savage, interrumpiéndola.

—Entonces, ¿va usted a ayudarle? —La voz de la visitante vibró de una manera particular como si fuera a derramar un torrente de lágrimas.

—¿Dónde está el inválido?

—En mi habitación del piso que ocupo en la calle Catorce —repuso la mujer.

El fuego de las pupilas de Doc se intensificó.

Se inclinó y abrió la llave de un aparato que tenía a su lado. Luego habló por el micrófono.

La mujer le miró, atónita. No le comprendía. Hablaba en un idioma gutural; no estaba desprovisto del todo de armonía.

Cerrando el aparato, Doc se la quedó mirando.

—Bueno, esté tranquila, que voy a ocuparme de su caso —manifestó.

—¿Qué es lo que ha dicho por ese aparato que parece una caja? —deseó saber la visitante.

Doc Savage no pareció oír la pregunta. La saludó y la acompañó

hasta la puerta.

El éxito de su misión conmovía a la mujer. Provocó en ella una explosión de entusiasmo tal, que una vez en el despacho, no pudo dominar su alegría.

Uniendo las manos, se situó delante del barón.

Éste la midió con la vista.

—Doc Savage va a ayudarme —le notificó la mujer.

Al propio tiempo separó las manos. Monk estaba detrás de ella. Doc continuaba en la biblioteca. De aquí que ni uno ni otro vieran lo que sostenía la mujer entre las palmas de sus manos. Pero lo vio el barón.

Era un pequeño disco de mármol rojo. AL verlo se tornó intensamente pálido, su cuerpo, tembló y se le dilataron los ojos.

—Doc Savage va a ayudarme —repitió la mujer, con voz estridente.

La repetición de la frase produjo un efecto sorprendente en el barón.

Girando sobre sus talones, cogió su chistera y huyó del despacho. Una vez en el pasillo, oprimió precipitadamente el timbre de llamada y, cuando subió al ascensor, se tiró materialmente de cabeza en el interior de la caja.

La mujer entró poco después en un segundo ascensor.

Doc Savage salió a la puerta de la biblioteca.

—Creí que me habías hablado de una segunda visita, Monk —dijo a su camarada.

Monk se rascó la cabeza, ornada de cuatro pelos duros como cerdas.

—En efecto, Doc, pero ha huido. Me parece que le ha encolerizado que conferenciaras primero con la mujer.

Monk era hombre inteligente, observador.

Pero no había visto el rojo disco de mármol.

Entretanto la mujer llegaba al vestíbulo del rascacielos y salía a la calle, entre risas que acentuaban las arrugas de su rostro.

—«*Ce frumes*» —exclamaba, riendo—. Espléndido. Por lo visto, este Doc Savage no es tan listo como creen los americanos.

Se expresaba en el idioma de Calbia.

Una vez fuera del edificio, echó a andar palle abajo, murmurando:

—«*Ma bucero*», estoy contenta. Con mi habilidad usual he hecho creer al barón que voy a obtener la ayuda de Doc Savage. Y ahora, el muy bobo, está convencido de que tiene a Doc en contra suya.

CAPÍTULO II

EXPLOSIÓN NOCTURNA

EL barón subió al coche y se retrepó en los blandos almohadones de su asiento, con evidente nerviosidad.

—«*Ce plictisitor*» Es una vergüenza —gimió en su idioma natal—. General, mire a esa bruja.

El coche estaba dotado de un equipo moderno, gracias al cual actuaba de receptor cerca del chófer, un pequeño micrófono situado a la zaga.

—Ya la miro —replicó el general calbiano.

El coche echó a andar en pos de la vieja, mas la persecución duró poco tiempo. Ella se metió por entre la muchedumbre estacionada delante de una de las salidas del metro y se perdió de vista. El barón se apeó del coche e intentó buscarla, inútilmente.

Al volver a él volvió a retreparse en el asiento, abriendo y cerrando los puños en un gesto maquinal.

—Pues, señor: dicen que Doc Savage posee unos músculos muy desarrollados y una inteligencia extraordinaria y que dedica ambos dones a la ayuda del necesitado.

—Doc Savage goza de una fama muy merecida, Excelencia —asintió el general, que a todo decía amén;— pero, dígame, ¿quién era esa vieja?

—Verá usted: me he dirigido a Doc Savage en demanda de auxilio. Deseo que proteja mi vida, amenazada seriamente, y allí en su despacho, he conocido a la vieja. Al grito de «Doc Savage va a ayudarme», me ha mostrado un disco rojo de mármol.

—¡Un disco rojo! —murmuró el general, estremeciéndose.

—Precisamente, general. Lo cual prueba que es un agente secreto, uno de mis enemigos.

El general se enjugó con el pañuelo las gruesas gotas de sudor que brotaban de su frente.

—Excelencia: sugiero que salgamos cuanto antes de este distrito.

—Excelente idea —aprobó, con acento caluroso el embajador—. Lléveme al hotel, deseo enviar un radiograma a la capital de Calbia y después tomaré las medidas que exige la ocasión. Debo defender mi vida.

El coche arrancó sin la menor sacudida.

El barón ocupaba un departamento completo en cierto hotel reputado como el más elegante de la ciudad, en cuya fachada ondeaba la bandera nacional de Calbia junto a la estrellada del país. La presencia allí de la insignia era fácil de adivinar: indicaba la permanencia en el hotel de un elevado personaje. A la sazón, del Embajador de Calbia en los Estados Unirlos.

Es decir, que ondeaba en honor del barón.

A su llegada, al hotel, Mandl se dirigió sin vacilar a sus habitaciones y, una vez en ellas, se procuró un radiograma en blanco, que llenó con el siguiente mensaje:

«Camarote núm. 36. de primera clase, a bordo del «S. S. Monticello».

»Agente Calbia procurando ayuda Doc Savage. Otros agentes secretos me vigilan. Mi vida está en peligro. Abandono la ciudad. Notificaré nueva residencia.

»Barón Dimitri Mandl.»

Extrajo de uno de sus bolsillos un librito de claves y tradujo el mensaje; Después quemó el original, reduciéndolo a cenizas, que arrojó por la ventana.

Luego, con él en la mano, entró en la estación radiotelegráfica.

Una vez cursado el mensaje, y dominado por una prisa nerviosa, se dispuso a hacer el equipaje, que cargaron en el coche los «botones» del hotel, espoleados por la promesa de una buena propina.

—¡Al embarcadero general!

En la costa superior de la isla de Manhattan, junto al Hudson, se hallan enclavados varios clubs náuticos particulares. A uno de ellos se dirigió el automóvil y quedó en el interior de un garaje anejo al club. El Barón subió a bordo de un lujoso yate de recreo, verdadero palacio flotante de setenta pies de eslora. Iba provisto de un motor

Diesel y era sumamente veloz.

El fino mobiliario, de caoba con incrustaciones de metal, realzaba su natural elegancia. Toda su tripulación era natural de Calbia, con excepción del primer oficial, individuo rojo pecoso, que había nacido en Nueva Inglaterra.

—Mister Lacy —le dijo el barón, apenas le hubo echado la vista encima:— que se registre el interior del yate. Necesito saber si se ha colocado en él una bomba o si se halla escondido algún polizón.

Veinte minutos después lo notificaban que no se había hallado nada sospechoso.

—¿Está usted seguro, míster Lacy?

—Segurísimo, señor barón. Se han registrarlo incluso las calderas y los depósitos del agua.

El barón estudió el espacio. El sol se ponía.. Estaba descendiendo sobre el horizonte Una profusión de nubes se acercaba por aquel lado. La noche prometía ser muy oscura.

—¡Partamos! —ordenó al primer oficial—. Que atreviese el yate la bahía y saldremos hacia el Sur, a alta mar.

El vapor se dirigió al centro del río. Su velocidad fue aumentando gradualmente y, a buena marcha, pasó por delante de la serie de tinglados y almacenes que orillan las dos riberas del Hudson. El sol se ocultó totalmente y, tras de un breve crepúsculo, llegó la noche.

Justamente salía el yate a alta mar en aquel momento.

—¡Que se apaguen todas las luces! —dispuso el barón.

—¡La orden es contraria al reglamento! —protestó míster Lacy.

—¡Que se apaguen todas las luces! —tornó a disponer el barón, a voz en cuello—. De otro modo me localizarán mis enemigos, pues no es imposible que dispongan de aeroplanos o de alguna gasolinera.

El rojo oficial que hasta entonces había logrado reprimirse, no quiso dominar su curiosidad por más tiempo.

—¿Puede saberse qué es lo que ocurre, señor barón? —inquirió.

—¡Usted está aquí para obedecer mis órdenes, no para someterme a un interrogatorio! —le contestaron con altivez.

Lacy lanzó un gruñido y partió con objeto de transmitir el mandato. Las luces de popa, las de los masteleros, incluso las de los camarotes, fueron extinguidas y el yate voló sobre las aguas

convertido en un nuevo buque fantasma.

Devorado por la curiosidad y enojado todavía con el barón, el primer oficial se quedó a popa contemplando el mar con ayuda de unos prismáticos. Estaba dispuesto a llevar las funciones de vigía.

Así, se hallaba todavía a popa cuando sonó el silbido. Fue un sonido estridente, sibilante, el que oyó, sin poder precisar de dónde partía.

Se volvió, fue a dar un_ paso hacia delante, y en el mismo momento el océano entero pareció dividirse en torno de la nave. Un relámpago deslumbrante que acompañaba a la conmoción le pasó por delante de la vista, semejante a metal derretido. Lacy sintió la rápida impresión de que el yate, y con él el mar que le rodeaba, saltaban a inconmensurable altura en el espacio y que el salto deshacía la embarcación.

Luego una tabla arrancada de cuajo vino a herirle la roja cabeza, y perdió el conocimiento.

CAPÍTULO III

LA MUERTE PARALIZA UNA LENGUA

DESDE el piso que ocupaba, como ya se ha dicho, en uno de los rascacielos más elevados de Nueva York, distinguió Doc Savage el relámpago que precedió al hundimiento del yate. Estaba, situado de cara a la bahía, frente al mar. Además, sus pupilas doradas dejaban en raras ocasiones de percibir cuanto ocurría a su alrededor.

Apenas hubo visto el resplandor, pidió a Monk, nuestro simpático amigo:

—Abre la radio y a ver si captas algo que nos indique lo que ocurrió.

Situado junto a Habeas, el agradable Monk se ocupaba en pintar una bandera de amarillo.

Dejó el pincel dentro del pote de la pintura, se aproximó al aparato y lo abrió.

De pronto dejó escapar un grito.

—¡Doc, Doc! —chilló, lleno de excitación—. Ese relámpago ha precedido al hundimiento de un yate. Dicen por radio que un guardacostas acaba de pasar por el lugar de la catástrofe.

Doc se aproximó a su amigo. Sus movimientos, graciosos y sueltos, denunciaban la tremenda energía muscular que le caracterizaba.

—¿Sobrevivió alguien a la catástrofe? —deseó saber.

—Una sola persona, el primer oficial del buque, llamado Lacy. Está muy malherido, pero ha declarado. Ha nombrarlo a todas las personas que iban a bordo.

Monk hizo una pausa y, guiñando los ojillos, interrogó a Doc:

—¿Recuerdas, Doc, al caballero de la chistera que estuvo aquí esta mañana y se marchó sin hablar contigo?

Doc no dijo nada, pero los singulares remolinos de sus ojos giraron más deprisa.

—Pues bien: viajaba a bordo del yate y le ha matado la explosión —concluyó Monk.

Un examen de los labios de Doc realizado en aquel mismo instante, no hubiera dado resultado. Sin embargo, de ellos salió una extraña nota musical que aumentó de volumen hasta llenar los ámbitos de la habitación, y se extinguió de pronto.

Monk parpadeó. Conocía aquel sonido. Era característico del hombre de bronce y lo lanzaba en sus momentos de emoción.

—Es preciso —dijo luego—, que nos procuremos más detalles. En el fondo, el asunto tiene algo de extraño.

—Sí, es muy cierto —replicó Monk, pensativo—. ¿De qué se trataría?

—¡Vaya uno a saber! Bueno, andando…

Monk asió al cerdo por una oreja, grande como el asa de una cesta, y tiró de ella hacia sí sin causar, por lo visto, el menor daño al animal.

—¿Adónde vamos? —deseó saber.

—AL lugar de la catástrofe.

El Hudson distaba solamente unos metros del rascacielos, por lo cual no tardaron en llegar a sus orillas.

Iluminados por la débil luz de los faroles, se destacaban de las tinieblas varios almacenes semejantes a grandes masas oscuras.

Delante de uno de ellos, señalado por un letrero que rezaba «Hidalgo y Compañía», se detuvo el hombre de bronce. Llamó a su puerta y le abrieron.

Lo mismo las paredes que el techo del almacén eran, en su interior, de un grosor poco común. Aquel se elevaba en forma de bóveda inmensa.

Tan densa era la oscuridad que, de momento, era imposible saber lo que cobijaba. AL entrar, la luz de una lámpara situada sobre un banco iluminó a los recién llegados. Junto a ella vieron la punta afilada y la fina hoja damascenas de un estoque y su funda de caña. Aunque inofensivo en apariencia, el bastón —estoque podía dar muerte a un hombre.

El individuo que les había, franqueado la entrada miró a Monk y dijo, con acento de sarcasmo:

—¡Ya tenemos aquí al hombre más feo del mundo acompañado de su cerdo asqueroso!

Monk replicó, en un tono similar:

—¡Hola, picapleitos!

Y cambiaron una mirada fulminante.

Sin hacerles caso, Doc abrió la llave de la luz eléctrica y su radiante resplandor iluminó el hangar, que esto era en realidad, lo que ocultaba la bóveda. En su interior se hallaban alineados varios aeroplanos, desde pequeños autogiros a gigantes trimotores veloces como el viento y de líneas maravillosas. Todos eran anfibios. Es decir, que podían descender lo mismo sobre la tierra firme que sobre las aguas de los ríos y de los mares.

—Tomaremos el gran aeroplano —anunció Doc,— porque es más eficiente para el amaraje en alta mar.

El navío guardacostas que había llegado primero al lugar señalado por el hundimiento del yate del barón, se mantenía en comunicación, más o menos constante, con su base naval, y por ello logró Doc dar con el punto deseado.

Para esto le sirvió de mucho el aparato ultrasensible de radio que llevaba a bordo.

Y como el amplificador del sonido del susodicho aparato alimentaba un receptor, lo mismo Monk que Ham pudieron oír la transmisión del «cutter» conforme al sistema Morse, que ambos comprendían, ya que a su vez eran hábiles telegrafistas.

—Por ahora permanece envuelta en profundo misterio la causa de la explosión —observó Ham.

—Sí. Preveo que vamos a meternos en un lío de los más embrollados —comentó Monk, abstraído. Se inclinó sobre el cerdo y, rascándole una de las orejas, le preguntó:

—¿Qué te parece, Habeas? ¿Sacaremos algo del asunto?

—¡Disgustos! —replicó el animalito.

Cada una de las inteligentes respuestas provocaba un estremecimiento de Ham. El Fenómeno le impresionaba, no obstante haberlo presenciado ya infinidad de veces y saber muy bien que el cerdo carecía de voz.

Era Monk, ventrílocuo consumado, el que ejercitaba su destreza sobre Habeas Corpus.

Al encontrarse con el aeroplano sobre el «cutter», del que le

separaba una distancia de dos mil pies de altura sobre el nivel del mar, Doc recorrió con la punta del índice el tablero de los instrumentos, eligió uno de ellos y lo oprimió. Sonó un ¡clic! metálico y surgió un paracaídas luminoso del compartimiento de un ala. La luz, semejante por su brillo a un sol en miniatura, descendió lentamente sobre el océano.

Doc dijo, en voz alta:

—¡Pecios!… Indudablemente pertenecen al yate del barón…

Consistían en sillas de cubierta, cinturones salvavidas, restos de botes y varias maderas retorcidas.

Antes de que entrara el paracaídas en contacto con las aguas, había descendido el aeroplano y patinaba sobre su rizada superficie junto al «cutter». La mar era gruesa y muy peligroso un descenso en aquellos momentos, pues requería gran habilidad; sin embargo, a juzgar por su expresión de indiferencia, Doc no consideraba el amaraje bajo dicho punto de vista. El «cutter», un oscuro bajel de cien pies de longitud, ostentaba, lo mismo a proa que a popa, tres cañones enfundados en una tela de lona.

Doc entregó a Monk los mandos del aeroplano, se salió de su asiento y corrió, guardando un equilibrio perfecto, por el borde de una de las alas.

Monk, que era un experto piloto, le ayudó a franquear la distancia que le separaba del «cutter», arrimando a él aquella ala y, de un salto prodigioso, encaramóse Doc sobre cubierta.

—¿Dónde está míster Lacy? —preguntó al capitán del guardacostas.

—En la cámara de la marinería —le contestó el marino.

—¡Vamos a verle!

Lacy estaba acostado. El color rojizo de su semblante había palidecido tanto que podía competir con el gris uniforme de los costados del buque. Todavía no había recobrado el conocimiento y apenas respiraba.

Doc le sometió a un rápido examen. Poseía una infinidad de conocimientos extraordinarios. De química sabía más que Monk y de leyes más que Ham, pero sobre todo, era un cirujano eminente.

—Tiene fracturado el cráneo —declaró a continuación.

El capitán se atusó los bigotes.

—Por fuerza tiene que estar gravísimo —declaró—. Cuando le

recogimos había perdido el conocimiento, se reanimó luego un poco y pudo prestar declaración; ahora, como ve, ha vuelto a perder el sentido.

—¿Sabe lo que ha provocado la explosión o por qué razón se hundió el yate?

—No, señor.

—Yo desearía llevarle a un hospital. Sólo allí tiene una probabilidad de salvarse.

El capitán se encogió de hombros.

—Bueno, pero antes tendrá que obtener un permiso de mi comandante —repuso.

Se dirigió a la cabina de la radio y allí se puso al habla con sus superiores.

La orden de que cooperara al trabajo de investigación de Doc le fue dada con una rapidez tal que le sorprendió profundamente. Desde luego, conocía de oídas al hombre de bronce, pero no sospechaba que tuviera tanta influencia.

Dos marineros de guardia, trasladaron el herido desde el «cutter» hasta el aeroplano de Doc.

La barquilla utilizada para su salvamento se mecía todavía blandamente, junto al costado del buque. Doc se metió en ella y ordenó a los marineros que le condujeran junto a los restos del yate. Tan imperiosa era su voz que se apresuraron a obedecer.

El hombre de bronce se apoderó de un trozo de escotilla, lo examinó y lo desechó al punto. Lo mismo hizo con un cinturón salvavidas, con dos sillas de la cubierta, con la quilla de un bote y con los trozos diseminados del maderamen.

En todo ello invirtió poquísimo tiempo, porque sobre todo, deseaba llevar el herido al hospital. Pronto, pues, volvía a estar junto a Monk.

—Te he visto recoger pecios del naufragio —le dijo el químico —. ¿Qué deduces de su examen?

—Que la fuerza que los ha destrozado procede, no del interior del buque, sino de lo alto.

—¿Se le habrá lanzado una bomba.?

—Es muy posible.

Pero varió de opinión una vez que hubo hablado con el herido.

El establecimiento a que le condujo no era muy grande ni

tampoco muy lujoso; en cambio, gozaba de una fama que aumentaba con el tiempo y, sobre todo, en él se atendía a las gentes gratuitamente.

Sólo una docena de personas sabía que era él, quien había costeado los gastos de construcción del establecimiento y que le suministraba los fondos necesarios para su sostenimiento. Como se había erigido a la orilla del río, Doc pudo llegar casi hasta su puerta en el aeroplano.

Su aparición en compañía del paciente provocó un revuelo en todas las salas del hospital, y no porque Doc pagara a los cirujanos de su propio bolsillo.

Ellos no sabían esto. Lo que les excitaba era la idea de verle operar, pues en tal arte no tenía rival.

La sala de operaciones, escena de las más delicadas obras maestras, era circular. Y tenía el techo de cristal. Así, a través de él, los espectadores presenciaban las operaciones que se llevaban a cabo en la sala.

Todo cirujano que podía disponer de unos momentos de libertad, se situaba detrás del cristal armado de unos potentes prismáticos y contemplaba los hábiles dedos de Doc Savage durante la operación.

No fueron decepcionados. ¿Cómo se las compuso Doc para reanimar a Lacy? Esto fue comprendido solamente por sus colegas. Para Monk y Ham, que también se hallaban presentes en la operación, fue incomprensible. La atención de las personas colocadas en lo alto de la galería, les dijo que su jefe estaba llevando a cabo una operación poco común.

Lacy habló un poco, al cabo de una hora.

—¿Tiene idea de lo que puede haber provocado la explosión? —le preguntó Doc.

—No, señor —le respondió el oficial, con voz bastante sonora.

—Por lo visto fue una bomba, ¿no?

—¿Arrojada quizá desde un aeroplano?

—Eso es.

—No, señor. Me parece imposible que pasara por allí un aeroplano poco antes de la explosión, porque yo estaba justamente a la mira, y no oí el ruido del motor.

—Ya sabe que los hay silenciosos…

—No; es imposible —repitió Lacy—. Además, por orden expresa del señor barón, se habían apagado todas las luces del yate.

Las doradas pupilas de Doc despidieron súbito fulgor.

—¿De qué tenía miedo el barón? —deseó saber.

—La vendad es que no lo sé —replicó sencillamente Lacy—. Yo era un subordinado y por esto, cuando pretendí interrogar al barón, me mandó a paseo.

—Bien. Ahora no hable más —Le dijo Savage—. Más tarde discutiremos el asunto con calma. Es muy posible que haya olvidado manifestar algún pequeño detalle. Mas tenga presente, por insignificante que le parezca, que podrá arrojar alguna luz sobre el misterio del hundimiento del yate.

—¿Saldré con bien de esto?

—Completamente bien.

CAPÍTULO IV

LA PRINCESA

DOC se engañaba, mas no por falta de experiencia.

La carrera espectacular que había emprendido, atraía sobre su persona la atención general. Cada una de sus hazañas era digna de figurar en la plana central de un periódico o revista. Por ello tenía terminantemente prohibido que se hiciera mención de sus actos ante la Prensa.

Uno de los cirujanos que había presenciado la operación llevada a cabo en el cráneo de Lacy, llamó después por teléfono a un amiga —repórter casualmente de un periódico muy conocido— y le notificó en términos encomiásticos, lo que había visto.

Poco después el periódico en cuestión imprimía la noticia en grandes titulares con la consiguiente desesperación de sus rivales.

AL cabo de una hora de haberse puesto el periódico a la venta las enfermeras de guardia del hospital oyeron un disparo procedente, al parecer, de la habitación de Lacy. Ellas estaban habituadas a presenciar escenas desagradables; sin embargo, la vista del infortunado oficial les arrancó un grito de espanto. Una bala de revólver le había penetrado por la sien izquierda, atravesando por la mitad casi el cerebro y salido por el oído derecho. La oreja estaba arrancada de su sitio.

Una ventana abierta junto a la escala de escape para caso de incendio, que ostentaba la fachada del hospital indicaba el camino seguido por su asesino para entrar y salir de la habitación.

El cirujano hablador, palidísimo y tambaleándose al andar, fue quien participó la noticia a Doc, presentándole de paso su dimisión.

—No quiero aceptarla —respondió el hombre de bronce.

—Tenga en cuenta que la historia narrada en el periódico, es la

que ha ocasionado la muerte del infeliz —observó el cirujano, reprimiendo con trabajo un gemido.— Yo soy quien ha enterado al asesino de su paradero, yo quien le he asesinado en realidad.

—Es muy sensible —replicó Doc Savage—. Pero ¿qué adelantamos con que yo le acepte esa dimisión? En usted hay madera. Será, andando el tiempo, un gran cirujano. Su trabajo en el porvenir podrá reparar la falta cometida hoy.

—No puedo expresarle... lo mucho que le agradezco... esas palabras, —replicó el cirujano, con apagado acento. Y colgó el auricular.

Doc Savage estaba todavía en su despacho y por ello, una vez hubo concluido de hablar con el cirujano, enteró de lo acaecido en el hospital a Monk y a Ham.

—¡Por el amor de Mike! —exclamó el químico—. Han asesinado al infeliz para taparle la boca. Debía saber algo más. Presiento, Doc, que se nos presenta un caso de los más impresionantes.

—Pues yo juraría que Lacy ha dicho lo que sabia —murmuró Doc—. Claro que, de haber podido interrogarle otra vez, hubiésemos sabido más detalles del hundimiento. Y precisamente para impedir esto se le ha asesinado.

Un gigante de bronce de proporciones tan colosales que empequeñecían, por comparación, el mobiliario del despacho, pareció Doc a sus compañeros en el momento de entrar en la biblioteca. Una vez en su interior se aproximó al sillón en que había estado sentado, leyendo todo el tiempo que duró la visita de la vieja calbiana, y abrió la llave del aparato de radio.

—Renny, Johnny, Long Tom —llamó al micrófono.

Como no obtuviera respuesta, les llamó otra vez.

Monk y Ham le miraron, dando al olvido su perpetua contienda: ante la gravedad de la situación. Sabían que aquel aparato era un transmisor y receptor de radio de onda corta.

Similares aparatos, propiedad de Doc, se mantenían abiertos en los puntos frecuentados por sus cinco camaradas: en sus habitaciones, en sus automóviles, en sus aeroplanos...

—¿Qué es lo que pretendes? ¿Por qué llamas a nuestros camaradas? —deseó saber Monk.

—¿Os acordáis de la mujer que estuvo aquí esta mañana al propio tiempo que el barón? —le dijo Doc.

—Ya lo creo. Jamás he visto rostro más vulgar —comentó Monk.

Ham le miró con sorna.

Pero Monk se hizo el desentendido.

—Y bien, Doc: ¿qué tienes que decir de ella? —interrogó.

—Mientras estaba aquí hablé por radio con vuestros compañeros sin quitarle ojo de encima y por su expresión comprendí que no entendía la lengua maya. En esta lengua, pues, ordené a Johnny, Long Tom y Renny que la siguieran apenas hubiera salido del rascacielos.

Monk abrió una boca de a palmo y el bastón se le escapó a Ham de la mano.

—¿Conque era una espía?

—Precisamente. Su historia era un tejido de falsedades.

—Pero ¿cómo te diste cuenta de ello? —dijo, sin dar crédito a lo que oía.

—Por las señas que me dio. Estas son: calle Catorce, número setenta y ocho y treinta y dos. Ahora bien; en esa calle no existe una casa con dos números. Además, su volubilidad me pareció excesiva.

Doc miró el aparato de radio.

—Renny, Johnny, Long Tom —tornó a llamar.

Nadie le respondió y dejó el aparato, observando:

—Los tres le siguen los pasos. Se hallaban en el garaje cuando se la describí..

Monk sonrió. La sonrisa le llenó el rostro de arrugas. Ham desenvainó a medias el estoque y tornó a enfundarlo.

El hecho de que Doc permaneciera inmóvil en la silla no les engañaba, así como tampoco su cara impasible. Comenzaba ya a actuar; estaba dispuesto a desenredar los hilos de aquella maraña de crímenes y misterio. Si los acontecimientos del pasado podían servirles de experiencia, los futuros iban a rebosar de acción y de aventuras.

La perspectiva les agradó sobremanera. Para ellos esto era vivir.

Sonó un «clic» perceptible; un micrófono penetraba en el radio de la voz.

—¿Doc Savage? —dijo una voz bien modulada, por el aparato.

Doc se acercó.

—Soy yo, Johnny, ¿Qué hay?

—Que la vieja ha terminado su errático paseo —le comunicó Johnny.

—¿Qué es lo que ha hecho hasta ahora?

—Pues ha estado andando un buen rato por las calles de la ciudad, interrumpiendo por tres veces el paseo para hablar por teléfono. Siento decirte que ninguna de las tres, nos ha sido posible saber lo que ha dicho.

—¿Dónde está en este momento?

—En un antro. No encuentro otra palabra para calificar su mísera vivienda.

—¿Se encuentra ésta, por casualidad, en la calle Catorce?

—No. En la Mervin Street de Brooklyn.

—Bueno, vigiladla, muchachos —les ordenó Doc—. Dentro de poco estaremos ahí los tres.

—¿Piensas interrogarla?

—Eso es. Estamos mezclados en un complot infernal, aunque aun no tengo la menor idea de lo que se trama. El embajador de cierto país de los Balkanes, así como la tripulación de su yate, acaban de ser asesinados, y…

Le cortó la palabra un timbrazo del teléfono.

Monk tomó el auricular, se lo llevó al oído, parpadeó y exclamó:

—Pronto, Doc, ven aquí.

—Un momento, Johnny.

—Es una mujer —le susurró Monk al oído, mientras le cedía el auricular.

—Savage al habla —anunció Doc a la desconocida.

Procedentes del otro lado de la línea llegaban a sus oídos golpes sordos, continuados.

—¿Diga? —repitió vivamente el hombre de bronce.

—En este momento están echando la puerta abajo —le dijeron muy deprisa, en voz baja.

—¿Qué?

Aparentemente, la mujer no le oyó, porque su voz, apagada, se vertió en el auricular como si fuera presa del delirio.

—«Ajutor» (socorro) —exclamó, en idioma extranjero—. Al penetrar en esta habitación me he desembarazado de ellos, pero ya vuelven a la carga. La puerta cederá pronto, no obstante haberla cerrado con llave. Ignoran que hay aquí un teléfono y voy a

esconderlo. Pronto, ayúdeme usted, Doc Savage.

—Pero, ¿quien es usted?

Otra vez se perdieron sus palabras en el vacío. La voz continuó susurrando:

—«Ce rusine» (ya están aquí), «Ajutor».

Se oyó un sonido singular como si, en efecto se ocultara, el aparato telefónico al otro lado de la línea, ya fuera por casualidad, ya intencionadamente, no se volvió a colgar el receptor.

Así, prestando atento oído, Doc se dio cuenta de la escena que se desarrollaba lejos de su despacho. El crujido de la madera rota le anunció que se acababa de echar abajo la puerta y a su derrumbamiento sucedió el rumor de una rápida carrera, chilló una voz femenina, sonaron golpes, se oyeron jadeos y exclamaciones en idioma calbiano.

—«*Ma bucur*» (bueno) —dijo una voz masculina. Su acento era sonoro, agradabilísimo, juvenil—. Ahora la ataremos.

—«*Da domnuie*» (sí, señor) —replicó otra voz también de hombre —. Y nos la llevaremos a escape de aquí.

—¿Por qué?

—Por si acaso se han oído sus lamentos o el fragor de la lucha.

—«*Nu*» (no). La casa está vacía. La trasladaremos a la otra habitación.

Volvieron a sonar pasos, murmullo de voces contenidas, el golpe de una puerta que se cerraba. Luego nada, profundo silencio.

Doc pasó al despacho y se sirvió del aparato telefónico allí instalado para rogar a la telefonista, que averiguara qué línea había usado la desconocida durante la reciente conferencia.

Mientras la telefonista, se apresuraba a complacerle, volvió a situarse delante del aparato de radio.

—Johnny, Renny, Long Tom —dijo a sus hombres—. Apoderaos de la vieja. Monk y Ham van a quedarse aquí. En caso de apuro recurrid a ellos.

Monk y Ham parpadearon como si se les hubiera echado encima una ducha de agua fría. Les desagradaba sobremanera la perspectiva de permanecer inactivos.

—Ocupaos del teléfono —les recomendó Doc,— pero no salgáis de casa mientras no os lo pida Long Tom.

—O.K. —murmuró Monk.

Un momento después sonó el timbre del aparato situado en el despacho. El edificio ocupado por la desconocida en el momento de la llamada, se hallaba situado al Noroeste de la isla de Manhattan.

Monk y Ham se quedaron solos y melancólicos. Incluso el cerdo se sentó a los pies de su amo con aire abatido.

A expensas de Doc y siguiendo sus instrucciones, se habían llevado a cabo determinadas reformas en el piso del rascacielos.

El primer objeto reformado fue el ascensor particular, que se movía a una velocidad vertiginosa. Su descenso desde el piso ochenta y seis era una verdadera caída en el vacío; su detención jamás se verificaba sin una sensible conmoción.

Este ascensor dejó al hombre de bronce en el garaje de los bajos —otra de sus reformas— Allí, alineados, se veía toda una colección de coches: grandes «limousines», «roadsters», pequeños «coupés» y tres camiones de distintos tamaños. Ninguno de ellos eran especialmente lujosos, pero todos tenían potentísimos motores poco usuales.

Doc eligió un «roadster» de carrocería oscura y alargada, que tenía, un motor silencioso, sobre todo si avanzaba a mediana velocidad, y en él emprendió el camino del Norte. Más de un transeúnte se detuvo o volvió la cara sorprendido por el aspecto poco común del hombre de bronce.

Más de un guardia del tráfico corrió atropelladamente con objeto de abrirle paso, y no a causa precisamente del número —uno de las más bajos— que ostentaba el coche, como símbolo de la influencia de su dueño.

Casi todos los agentes le conocían de oídas y sabían que desempeñaba un cargo honorífico en el Cuerpo.

La casa de la desconocida estaba en una calle lateral, poco frecuentada. Doc pasó de largo, pero detuvo el coche un poco más arriba, al volver de la esquina, y le dejó allí estacionado.

En la misma esquina vió un estanco con las luces encendidas. El resto de la calle estaba a oscuras. De momento no se veía un alma.

Doc se acercó al toldo enrollado de un comercio y, valiéndose de su marco de hierro como de escalón, se asió a la ornamental cornisa de piedra de la fachada. Entre sus ladrillos quedaban pequeñas rendijas que sirvieron de asidero a sus dedos nerviosos y así, a pesar de que la casa tenía cuatro pisos de elevación, ascendió por ella con

la misma facilidad que otro, hubiera desplegado para subir por una escalera.

Nadie le vió.

Un silencio sepulcral acompañó su paseo a través de los tejados. AL cabo llegó delante de la casa que le interesaba. Ésta era más bien un cuerpo de edificio dividido en muchos departamentos.

Doc empujó la ventana de una bohardilla. Estaba cerrada. Retrocedió y se dirigió a la parte posterior del edificio sacando de entre sus ropas una larga cuerda de seda provista de un gancho de hierro. Fijando este gancho por detrás de una chimenea, dejó caer al patio el sedoso cabo de la cuerda y se descolgó por ella.

Bajando, bajando, llegó delante de otra ventana que trató de abrir inútilmente.

Entonces, diestra y silenciosamente cortó un cristal con una herramienta de punta de diamante y, para que no se cayera al patio, la sujetó durante la operación con una ventosa de goma.

Una vez realizada la obra se deslizó por la ventana, semejante a fluida sombra de matiz bronceado.

Al llegar a la habitación depositó en el suelo el cuadrado de cristal recién cortado. El piso olía a pintura y, en efecto, a la luz de la luna, que se derramaba por la abierta ventana, le pareció ver que acababa de ser decorada recientemente. Sólo que carecía de mobiliario todavía.

De dos rápidos tirones se despojó del calzado y, a continuación, de los calcetines de seda Los amplios bolsillos de su americana dieron cabida a ambas prendas y echó a andar descalzo.

Incluida en las dos horas de ejercicio diario o de ritual que Doc hacía, desde la infancia, había toda una serie de movimientos gimnásticos destinados a desarrollar la sensibilidad de los dedos de sus pies. Así aquellos dedos no eran relativamente inútiles como los de un hombre cualquiera, sino, por el contrario, sumamente sensibles y dotados de fuerza adherente.

Muchos individuos privados del uso de sus brazos demuestran públicamente en el tablado de un teatro o circo que han aprendido a afeitarse, a clavar clavos o a volver las páginas de un libro con el uso de los dedos de los pies.

Doc Savage no sólo podía hacer todas estas cosas sino que, además, desplegaba otras actividades que ninguno de sus

competidores hubiera podido igualar. Por ejemplo: sabía coger una cuerda con los dedos de un solo pie y, con ellos, hacer en ella un nudo.

Esta facilidad de movimientos desarrollada mediante el ejercicio continuado, le sirvió en aquella ocasión para descubrir una materia sólida en que sentar la planta durante el descenso de la desgastada escalera.

Mientras la bajaba oyó una exclamación y un gruñido que partían —observó cuando hubo descendido un poco más— de los bajos de la casa.

—«*Ba gati deseaman*» (Cuidado. No hagas tanto ruido) —decía la voz.

—¡Bah! Nadie nos oye —replicó otra voz juvenil, petulante, que ya había oído Doc por teléfono.

Ambas frases habían sido pronunciadas en el idioma calbiano, que Doc entendía, lo mismo que todas las lenguas del mundo, gracias s su reconocida sabiduría.

Las dos personas que así hablaban se hallaban en el interior de una pieza vecina a la puerta de entrada de la casa. Doc siguió descendiendo velozmente y sin hacer ruido.

El pasillo no estaba iluminado por ninguna bombilla, pero no estaba oscuro gracias a los rayos de luz que se escapaban de la vecina habitación, cuya puerta estaba entornada.

De entre las ropas sacó Doc un pequeño periscopio de su propia invención y se valió de él para escudriñar el interior de la pieza.

Vió en ella a ocho personas, ocho hombres.

Siete de ellos iban vestidos de manera exacta: con el uniforme oscuro y sencillo de la marinería. Pero ni en sus gorras, ni en las mangas de sus trajes ostentaban las insignias de una posible graduación, ni el nombre del buque a que pertenecían. ¿Serían marineros de verdad?

Por de pronto sus rostros carillenos, sus ojos oscuros y los labios abultados sin exageración denunciaban su origen calbiano.

Aquellos rostros parecían compungidos en el momento de ser descubiertos por el hombre de bronce.

—«Rusino» (qué vergüenza) —exclamó la voz juvenil:— Animo, caballeros. No corremos peligro.

—Tiene razón el capitán Flancul —murmuró uno de los

marineros.

El capitán encarnaba la idea que suele hacerse el director de una empresa cinematográfica, del oficial de un ejército europeo. Estaba erguido como si se hubiese tragado un pelo delante de sus compañeros, actitud que realzaba sus seis pies de estatura. Vestía traje gris de calle.

Tenía los cabellos rizados, oscuros, la frente elevada, los ojos brillantes, de expresión inteligente, los labios delgados, llenos de expresión. Varias cicatrices que aparecían diseminadas por su semblante indicaban que no era extraño a la costumbre nacional de dirimir sus contiendas a estocadas.

Doc paseó en torno el periscopio. Por ninguna parte descubrió a la desconocida.

Entonces dirigió una mano al bolsillo de la americana y de él extrajo varios objetos que, a simple vista, hubieran podido tomarse por bolitas de cristal. En realidad eran recipientes llenos de una materia líquida, de distintos colores.

Doc eligió uno verde, y lo tiró dentro de la habitación, donde estalló, produciendo un sonido semejante al de un huevo que se casca.

Una vez hecho esto, contuvo el aliento.

Los ocupantes de la habitación miraron en la dirección de donde partía el ruido, mas, como no distinguieron el proyectil, se quedaron sin comprender lo ocurrido.

—«*Bagan desearna*» (cuidado) —recomendó la voz agradable del capitán a sus compañeros. Y adelantó un paso. Apenas lo hubo hecho cayó cuan largo era al suelo.

Con excepción del ligero salto dado por su cuerpo en el momento de chocar con la tierra, ya no se movió más, y sus labios exhalaron un ronquido prolongado que se producía a intervalos.

Era él quien se hallaba más cerca, del punto donde había caído la bola de cristal.

Casi tan súbitamente se desplomaron los siete hombres que quedaron en pie.

De éstos, únicamente dos consiguieron dar un paso antes de caer y, sin excepción, los siete quedaron sumidos en profundo sueño.

Doc seguía reteniendo el aliento.

La bolita de cristal de que se había servido para dormir a los

calbianos contenía un gas anestésico, muy activo, cuyos vapores originaban en el hombre un estado letárgico que duraba de diez a quince minutos. Las bolas restantes, cargadas de gases más fuertes, provocaban un vapor cuya duración variaba, entre dos o más horas.

Este gas tenía una peculiaridad: la de incorporarse al aire. Un minuto después se tornaba inofensivo.

Doc dejó, pues, que transcurriera el minuto de rigor y pasado éste penetró en la habitación.

Al momento distinguió a la desconocida.

De ordinario le dejaban frío los encantos de la mujer. La educación recibida le desviaba de tan peligrosa dirección. Mas, aun así, miró estupefacto a la bella. El gesto le entreabrió los labios, puso al descubierto los blancos dientes…

EL elegante traje sastre, confección parisina a juzgar por su corte; el sombrerito «chic», las uñas de las manos confiadas recientemente al cuidado de la manicura, los pies pequeños exquisitamente calzados, la transparente media de seda, todo lo apreció Doc de una sola ojeada.

Las facciones de la desconocida parecían esculpidas en cálido mármol.

Tenía los cabellos del color de la miel; fina la nariz; los labios en forma de arco perfecto.

No podía ser más hechicera, en suma.

Ocupaba una silla a la cual estaba ligada con varios cinturones suministrados, al parecer, por los marineros calbianos y se había dormido bajo los efectos del gas.

Doc la desató y comenzó el registro de la casa. Halló el teléfono escondido bajo un montón de papeles en un dormitorio adyacente recién pintado y barnizado; el papel marrón extendido a modo de alfombra protectora, por los pintores, cubría el suelo todavía.

El receptor del aparato continuaba descolgado. Doc lo tomó.

—¡Monk! ¡Ham! —llamó luego.

—¡Hola! Seguimos en el despacho —le participó la voz infantil de Monk.

—Por aquí todo va bien —dijo el hombre de bronce—. ¿Han llamado Johnny, Renny o Long Tom?

—Todavía no.

Doc colgó el auricular de su gancho.

Una vez que hubo vuelto a la habitación de la fachada, registró la persona del capitán Flancul y de los siete durmientes. En los bolsillos de cada uno halló una cantidad respetable de moneda calbiana, pero ningún documento que pudiera identificarles.

Los siete llevaban idéntico peinado: cabellos erizados, cortados casi a ras de la cabeza. En torno a la muñeca izquierda ostentaba cada uno un ligero surco, la señal de la correa del reloj —o por lo menos así lo parecía,— sólo que más estrecha. La señal reveló a Doc la existencia de pulseras militares de identidad, arrancadas recientemente de las muñecas.

Aquellos individuos eran soldados.

Con los cinturones, quitados a los tobillos y las muñecas de la bella, aumentados con las tiras arrancadas de las propias prendas de vestir, Doc ligó a los hombres fuertemente. También colocó una mordaza improvisada entre las mandíbulas superior e inferior de cada uno.

Los cinco minutos que siguieron a la tarea de atar y amordazar a los ocho individuos fueron dedicados a un segundo examen de los mismos y a una nueva inspección del piso.

Debido probablemente a su colocación, lejos de la puerta junto a la cual había estallado las bolitas de cristal, la primera que recobró el conocimiento fue la desconocida. Sus ojos cerrados se abrieron. Eran grandes, oscuros, de largas pestañas, protegidos por finas cejas arqueadas.

De momento actuó como todas las personas que se encuentran en una situación similar: aguardan en silencio, a poder hablar de manera coherente.

—¿Es usted Doc Savage? —fue lo primero que dijo al recobrar el uso de la palabra.

Doc afirmó con un gesto.

—Y usted, ¿quién es? —interrogó a su vez.

—La princesa Gusta. Gusta le Galbin.

Doc conocía a fondo el estado actual de la política europea y se sabía al dedillo los nombres de los miembros que integraban las casas reinantes.

—¿Le Galbin? —repitió—. ¿Vuestra Alteza es hija de Dal le Galbin, monarca de Calbia?

La exquisita y bella dama replicó:

—«*Da*» (sí). Justamente.

Indicó a Doc la puerta con un movimiento de cabeza, y agregó:

—Pasemos a otra habitación. Allí podremos hablar sin que nos oiga esta gentuza.

Doc le ofreció cortésmente el brazo; ella lo tomó, bamboleándose un poco, y salieron al pasillo.

Mientras andaban, la princesa, respiraba con anhelo, como si le faltara el aliento, y se llevó una mano al bolsillo de la chaqueta. Sus dedos le registraron un momento. Luego miró a Doc a hurtadillas. ¿Se habría él dado cuenta de la acción? Aparentemente, no.

Cuando la mano tornó a caer, inerte, junto al costado izquierdo ocultaba en la palma una pequeña jeringuilla hipodérmica.

—¡Escuche! ¿Se oye algo? —Interrogó, conteniendo la respiración..

Doc se volvió a medias, con objeto sin duda de aplicar el oído.

La princesa le pinchó entonces en el brazo con la aguja de la jeringuilla. Su punta atravesó la epidermis bronceada de Savage.

Casi en el acto se bamboleó y cayó al suelo, donde quedó inmóvil.

La princesa le examinó un instante.

—«¡*Buna*!» (Bueno) —exclamó—. No creí que se dejara engañar así.

Tornó a entrar en la habitación y, comenzando por el capitán, desató y quitó la mordaza a los ocho hombres.

—¡Qué! ¿Vuestra Alteza ha conseguido dominar a ese hombre? —interrogó, ansioso, el capitán en su lengua nativa.

Tenía la voz débil, porque acababa, de sobreponerse a los efectos del anestésico.

—Sí. Es muy sencillo —repuso la princesa—. ¡Sencillo!

Flancul se estremeció.

—¡Oh, no lo crea Vuestra Alteza! Recuerde que nos ha tenido en su poder. ¿Qué cree Vuestra Alteza, que habría sucedido de no estar preparados?

—No habría caído en el lazo, naturalmente.

—A Vuestra Alteza se debe la idea de capturarle a su llegada, captura que de no poder llevarse a cabo por mis hombres, emprendería Vuestra Alteza con ayuda de la jeringuilla. En fin, pasemos ahora a la habitación contigua y nos cuidaremos de ese

Doc.

CAPÍTULO V

LA «VIEJA»

LOS tres camaradas de Savage que iban siguiéndole la pista a la vieja, llevaban ya algún tiempo detenidos delante de la vivienda, donde ella se había metido.

Johnny, el flaco arqueólogo, decía:

—¡Qué vergonzosa inacción! ¡Estamos perdiendo un tiempo precioso!

—¡Calla! —le rogó Long Tom—. Renny está a la mira. Cuando vuelva entraremos.

—¿Qué diantres motivará su enigmático proceder? —ponderó, verboso, Johnny.

—¿Te refieres a Doc? —Long Tom se encogió de hombros, pero su ademán pasó inadvertido a causa de la oscuridad del matorral que le cobijaba—. ¡Que me registren! Doc quiere que le llevemos a esa bruja y se la llevaremos. ¡Chist! ¡Allí viene Renny!

De la oscuridad tenebrosa surgió a poco, en efecto, una mole de carne. Era el ingeniero.

—El edificio es en realidad, un albergue nocturno —confió a sus compañeros, esforzándose por hablar bajo,— y la vieja ocupa una habitación del segundo piso, situada en la parte de atrás del albergue. Venid conmigo y la veréis, como yo, por la ventana.

Para avanzar adoptaron todo género de precauciones y de este modo cruzaron el matorral y llegaron a la parte posterior del edificio. Una de las ventanas de la fachada, estaba iluminada a la sazón.

—¡Miradla! —recomendó Renny a sus camaradas.

Cerca de la ventana había una mesa y sobre el tablero de esta mesa se hallaba un aparato telefónico. La mujer hablaba por él en el

momento en que la contemplaron Johnny y Long Tom.

—A propósito: vamos a escuchar lo que dice —gruñó el mago de la electricidad.

Y se lanzó adelante, rápido como una flecha, luchando entretanto para sacar de un bolsillo interior una pequeña caja de metal. Una vez extraída y abierta, resultó que era un aparato eléctrico provisto de discos y llaves y de un receptor semejante, por el tamaño, a un reloj de bolsillo.

Long Tom se lo aplicó al oído, abrió llaves, dispuso discos y con el aparato en la mano se aproximó a la pared posterior de la casa.

—Es posible —susurró, mirando a sus camaradas—, que de la casa desciendan los hilos conductores telefónicos y que pasen encerrados en una cañería por debajo de la calle. Voy a ver si descubro el punto de salida de la cañería.

Lo descubrió poco después, en efecto, y aplicando el oído los tres hombres oyeron, reunidos en torno del aparato, la conversación sostenida en la casa.

Evidentemente, la vieja había pedido un número y aguardaba, porque el aparato receptor transmitió a los tres hombres el sonido persistente de un timbre al otro lado de la línea y luego el ¡clic! de un auricular que se levanta de su gancho.

—¡Diga! —rogó una voz áspera y dura.

—Soy Muta —explicó la vieja, con su voz temblorosa y estridente—. Llamo por tercera vez a nuestro jefe. ¿Es que todavía no ha llegado?

Renny aprobó estas palabras con una solemne inclinación de cabeza.

—Esto explica las veces que ha entrado la vieja, a telefonear en las farmacias durante su paseo —observó.

—Calla o de lo contrario vamos a perder parte del diálogo —le advirtió Long Tom, con un gruñido.

—¿Está ahí ya el jefe? —preguntaba entretanto, la vieja intrigante.

No —le contestó la voz áspera—. Salió a desempeñar una comisión particular.

—¡Diantre! ¿Y qué haré yo?

—¿Qué es eso, vejestorio? ¿Te consume la nostalgia?

—«¡*Sainete*!» (Perro) ¡Responde! —exclamó Muta.

—Ven y aguarda en nuestra compañía el regreso del jefe —le propuso la voz áspera.

—Eso es. Estad a la mira para cuando llegue. Es cuestión de un instante —replicó Muta. Y un nuevo ¡clic! puso fin al diálogo.

De la oscuridad surgieron apagados cuchicheos.

—Lo que acabamos de oír —decía Long Tom a sus camaradas—, prueba que ese saco de huesos es persona de poca importancia, mero subordinado, que recibe órdenes de un jefe. ¿Qué os parece? La seguimos… para tratar de apoderarnos de esa segunda persona?

—¡No es mala idea! —murmuró Renny.

—¡Excelentísima! —aprobó Johnny.

Renny se quedó junto a la parte posterior del edificio. Long Tom y Johnny le rodearon y fueron a estacionarse delante de la puerta de entrada.

Por ella salió a la calle un hombre, un individuo bajito, casi enano, de tez arrugada; echó a andar y al llegar a la esquina, la luz de un farol le mostró a las dos personas que le espiaban.

—¡La vieja! —exclamó, confundido, Johnny—. ¡Nunca lo hubiera dicho!

¡Qué vieja ni qué narices! —rezongó Long Tom—. ¡Es Muta, un enano!

Apresuradamente corrieron a prevenir a Renny y después fueron en busca de los coches. Los dos de que se servían en aquella ocasión para su labor detectivesca eran de un tipo exprofeso que pasaba inadvertido.

Uno hacía las veces de taxi, difiriendo poquísimo de los coches de alquiler que pululan por la ciudad; el otro era un cochecito de transporte que ostentaba el rótulo de una famosa lechería.

Renny guiaba el primero. Long Tom y Johnny entraron en el segundo.

Poniendo en marcha los dos coches continuaron avanzando y alcanzaron a su presa antes de que ésta pasara por debajo de un segundo farol de la calle.

Renny dedujo de su actitud que iba en busca de un coche de alquiler y aproximó a la acera el que guiaba.

—¿Taxi, caballero? —interrogó al enano, asomando la cabeza.

Muta se volvió. Su estatura exigua le movió a empinarse sobre la punta de los pies para mirar el interior del taxi.

Aprovechando la coyuntura que se le ofrecía de poder examinarle de cerca, Renny le dedicó una ojeada y quedó mal impresionado. La blandura, de aquel rostro surcado de arrugas parecióle una incongruencia.

Y por ello mismo le hizo pésimo efecto.

El individuo era un rufián de la peor especie, que había sufrido una completa transformación al despojarse del chal, de la peluca gris y del usado vestido femenino. Su torso vigoroso denunciaba una fuerza poco común.

Respondió a la pregunta de Renny con un gesto feroz, en opinión del ingeniero, que quería ser una sonrisa y se metió en el taxi, dándole una dirección.

Renny se apoderó otra vez del volante procurando no exhibir demasiado sus grandes puños y puso el taxi en movimiento. La dirección que acababa de darle le llevó cerca del puerto.

Detrás, a una distancia prudente del taxi, iban Johnny y Long Tom en el pequeño auto de transporte.

Siempre que desempeñaban una misión peligrosa, los hombres de Doc solían comunicarle el lugar donde se hallaban con frecuentes intervalos si lo creían conveniente.

El pequeño coche de transporte iba dotado de un aparato de radio receptor —transmisor, y mientras Johnny guiaba, lo abrió Long Tom—. Casi al punto pudo comunicarse con el rascacielos que ocupaban todavía Monk y Ham.

—La vieja no es tal vieja —explicó a ambos el mago de la electricidad—, sino un hombre, un enano cuyo nombre es Muta. En este momento le seguimos la pista con la esperanza de poder atrapar a su jefe.

No hizo mención de la orden dada por el hombre de bronce en obediencia, de la cual debían apoderarse del propio Muta. En aquella ocasión obraban por iniciativa propia, caso dado ya en ciertas ocasiones, porque sabían que así lo deseaba, también Doc.

La calle descendía en suave pendiente y el aire comenzaba a saturarse de olores salinos, de las usuales emanaciones de la brea, que denuncia la proximidad de los puertos. Las casas vecinas, ruinosas, destartaladas en su mayoría, clamaban a voces por una capa de pintura.

Tras ellas apareció la bahía, surcada en aquella ocasión por una

flotilla de remolcadores que, con el ronco sonar de sus sirenas, acompañaban a un trasatlántico hasta la boca del puerto La campanilla de una boya sonaba a distancia.

Sobre la bahía, en sentido horizontal, se extendía Manhattan con su atalaje de torres que se destacaban, puntiagudas, en el fondo de los cielos. Debajo de ellas, las ventanas salpicaban de blancas motas el resto de los edificios.

Las nubes y la luz de la luna pintaban el cuadro de matices plateados y de color sepia.

Johnny y Long Tom vieron apearse al enano del taxi de Renny; doblaron la esquina más próximas y dejaron allí el coche. Poco después se les reunió el ingeniero. Acababa de describir un semicírculo en torno de la manzana y dejó también el taxi en la esquina.

Luego los tres hombres reanudaron, a pie, la marcha.

Muta se había acercado a un pequeño muelle junto al cual, vieron atracada una gasolinera pintada de oscuro, esbelta de líneas que tendría, posiblemente, unos sesenta pies de eslora.

Al extremo del muelle se alzaba una casa —almacén a la cual se había agregado la casilla de un teléfono.

Mientras Muta avanzaba por el muelle sonó un timbre en el interior de la casilla.

Muta se detuvo.

A bordo de la gasolinera aparecieron diversos individuos que no podían ser identificados por efecto de la oscuridad y uno de los cuales llamó al enano valiéndose del idioma musical de Calbia. Evidentemente le indicó que se ocupara, de responder a la llamada telefónica, pues el enano retrocedió y penetró en la casilla.

Como se hallaba muy cerca de ella Renny, Johnny y Long Tom oyeron lo que decía.

—«¡Halló!» ¿Habla el jefe? ¿Qué desea? ¿Que se ha...? ¿Qué?. ¿Apoderado de Doc Savage? «¡Ma bucur!» (Espléndido)

Hubo una pausa durante la cual prestó oído el enano y, naturalmente, ni Johnny ni sus dos camaradas se enteraron del diálogo.

—«Da domnule» (sí, señor, ya comprendo) —gruñó Muta al cabo —. Yo debo permanecer aquí con mis compañeros; usted solo se basta para retener a Doc Savage. ¡Bueno, bueno!

Colgó el auricular de su gancho, giró sobre los talones y tornó a bajar por el muelle en dirección del punto donde se hallaba atracada la gasolinera. Los tres hombres presenciaron su llegada a bordo y le vieron desaparecer bajo la cubierta.

—¡Por el toro sagrado! —exclamó Renny, oculto en la sombra de la casa—. ¡Doc se halla en un aprieto!

—¡Bah, no lo creas! —murmuró el pálido Long Tom—. Doc sabe manejarse solo, jamás nos ha fallado en esto.

Johnny envolvió con cuidado el monóculo en el pañuelo de bolsillo y se lo guardó como si temiera que pudiera romperse.

—Me decido por una acción inmediata —declaró—. ¿Qué os parece? ¿Nos lanzamos al asalto de esa lancha?

—¿Qué pretendes? ¿Que agarremos al enano y le obliguemos a declarar dónde está Doc? —deseó saber Renny.

Las palabras de que se valía para manifestar su pensamiento no descubrían su educación, tan refinada, como la del ampuloso Johnny.

—¡Eso es! Hagámosle declarar también lo que sepa de todo este embrollo.

—¡Pues en marcha! —exclamó Long Tom.

Y por vía de preparación los tres empuñaron una sola arma, que sacaron de su funda sobaquera correspondiente. Era un revólver automático inventado por Doc Savage, cuyos proyectiles producían la rápida inconsciencia del ser al cual herían.

Luego avanzaron agachados sobre el embarcadero para no ser descubiertos desde la gasolinera, cuya cubierta se hallaba por debajo del nivel del muelle.

Long Tom remoloneaba. Situado a la retaguardia, metió la mano en el bolsillo varias veces y regó el camino de pequeños objetos. Una vez hecho esto, corrió a reunirse a sus camaradas.

Llegados junto a la gasolinera, tomaron impulso y se dispusieron a saltar sobre cubierta.

—Les daremos tiempo para una rendición —murmuró Renny, con grave acento.

—¡O. K. ¡ —exclamó Long Tom—. Ep, ¡saltemos! ¡Hola! ¿Qué es eso?

El rumor de una precipitada carrera les hizo volver la vista hacia el extremo del muelle próximo a la costa.

—¡Por el toro sagrado!

Las sombras confusas de varios individuos corrían a su encuentro con las armas en las manos.

¡Esta gente ha apostado vigías a lo largo de la costa! —gritó Johnny, olvidándose por aquella vez de manifestar su pensamiento con palabras rebuscadas.

CAPÍTULO VI

LA LAGUNA ESTIGIA

UN miembro del grupo de asaltantes gritó:

—«¡Opriti!» (alto) ¡Manos arriba! —Renny exhaló un rugido cavernoso y se dispuso a hacer uso del revólver.

—¡Aguarda, aguarda! —exclamó, conteniéndole, Long Tom—. Tira el revólver y retén el aliento.

Comprendiendo, Renny le obedeció, secundado por Johnny. Los tres se inmovilizaron apenas se hubieron llenado de aire los pulmones.

Los bandidos se acercaban con aullidos de triunfo. Ya se distinguían sus rostros morenos, mofletudos, que denunciaban un origen común. Las armas que empleaban eran revólveres automáticos del tipo usado por el ejército calbiano.

Inesperadamente —para la víctima, desde luego,— tropezó y rodó por el suelo uno de los individuos que marchaba a la cabeza del grupo y en rápida sucesión fuéronse desplomando sus compañeros sobre el suelo de tablas del embarcadero. En cuanto daban en él con sus huesos extendían piernas y brazos y se inmovilizaban. Respiraban acompasadamente, alternando la profunda respiración con alguno que otro ronquido.

Long Tom se rió entre dientes.

—He esparcido de antemano por el suelo unas cuantas bolitas llenas del anestésico de Doc —explicó a sus acompañantes—, y esas bestias las han roto con los pies.

—¡A la gasolinera! —exclamó Renny con su voz retumbante.

Y, con grandes saltos, los tres se lanzaron a la cubierta.

Un hombre asomó la cabeza por une escotilla. En la diestra empuñaba un automático.

Apenas tuvo tiempo para alzar el cañón.

Del puño cerrado de Renny surgió un estampido semejante al croar de una rana, digna de Gargantúa y el mecanismo de su revólver escupió cartuchos vacíos.

El tirador de la escotilla desapareció, quedó fuera de combate, antes de que hubiera podido disparar un tiro o exhalar un grito.

Aullando, embistió Renny la escotilla. Johnny, semejante por su aspecto a un esqueleto animado, buscó la cámara de la toldilla, cuya puerta halló cerrada. Esta puerta resistió a los esfuerzos que hizo para derribarla. Long Tom se las había con otra toldilla, mas en vano.

—Por lo visto únicamente hay abierta una escotilla —observó el mago de la electricidad—. ¡Sigamos a Renny!

Y se metieron tras él, en el interior de la embarcación. Al otro lado de la abertura descubrieron una escalera de metal por la que descendieron a la bodega. Esta estaba a oscuras, pero, en su fondo, un paño rectangular luminoso denunciaba una puerta abierta. Renny, Johnny y Long Tom volaron en dirección a ella.

La luz desapareció de pronto al cerrar la puerta.

—¡Aquí hay trampa! —tronó el ingeniero, retrocediendo de un salto.

Su diestra asió la escala de metal. ¡Clic! hizo ésta y se soltó de la escotilla.

—¡Pícara escala! —gruñó Renny, observando sus peldaños en movimiento.

—¡Que me apaleen si lo entiendo! —gimió Johnny—. Señor, ¿dónde nos hemos metido?

Renny se encogió ligeramente y saltó en el aire. Su mano se asió al borde de la escotilla.

Simultáneamente un hombre moreno armado de un automático se asomó por el hueco abierto y miró a la bodega. El puño inmenso de Renny surgió de improviso de las tinieblas y chocó con la mandíbula del hombre. Puño y cabeza, no se diferenciaban gran cosa de volumen. El desconocido retrocedió patinando sobre cubierta y, privado de conocimiento, se dobló como un trapo sobre la borda.

Renny acabó de elevarse por encima de la escotilla y, puesto de codos sobre cubierta, aconsejó a sus camaradas:

—Cogeos a mis piernas, y arriba.

Lo mismo Long Tom que Johnny poseían una agilidad extraordinaria. Así, se asieron a las piernas del ingeniero y treparon por ellas como por una cuerda muy gruesa. A Renny se le rompió el cinturón al agarrarse Johnny a él, pero al cabo de un instante los tres volvían a hallarse sobre cubierta.

Hasta aquí, escotillas y toldillos habían vomitado hombres armados. Sus revólveres y escopetas comenzaron a tronar y a sus estampidos se mezclaba el fulgor de los fogonazos. Para colmo, por el muelle avanzaban dos hombres a la carrera. Evidentemente formaban parte del grupo situado en tierra. Y se habían quedado a la retaguardia para cuando llegara la ocasión oportuna.

—¡Abajo! —ordenó Renny, arrojándose de bruces tras de la albardilla de la escotilla.

Una mano desconocida les arrojó una granada, con tal mala puntería que el proyectil botó sobre la cubierta y cayó al río sin haber explotado. La ola que levantó inundó la cubierta calando las ropas de los tres camaradas y la gasolinera dio dos bandazos, uno de babor a estribor, otro de estribor a babor.

Gimió entonces la ametralladora de Long Tom; dos calbianos cayeron y rodaron por la cubierta.

Renny alzó la cabeza y la bajó mientras pasaba, silbando una bala.

—Se pasan las granadas de mano en mano —anunció a sus compañeros—. ¡Condenados! ¡Van a hacernos trizas! Lancémonos al agua.

De común acuerdo saltaron por la borda de la lancha motora y se zambulleron en el río. Long Tom lanzó un grito de dolor al chocar con un pilar; luego, de dos brazadas vigorosas se reunió a sus camaradas en la selva formada por los pilares y maderas del malecón.

—Bueno, trabajo les doy si han de venir a buscarnos aquí —dijo Renny, sonriendo.

Sus enemigos juraban y maldecían en calbiano. Les arrojaron varias bombas, pero las explosiones destrozaron la madera del embarcadero y nada, más. Incluso una de ellas volvió, saltando atrás y abrió un boquete respetable en la cubierta de la motora.

A continuación se encendió una lámpara de bolsillo, que Johnny

apagó de un tiro agujereando, de paso, las piernas de dos calbianos.

Un silencio completo descendió sobre el muelle.

—Bueno, ha llegado la hora de la reflexión —comentó el ingeniero, riendo entre dientes—. El tiroteo y las explosiones van a llamar la atención de la policía.

Los calbianos reflexionaban, en efecto, pero con un resultado distinto al que Renny suponía. De la gasolinera surgió un ruidillo singular, al que siguió fuerte siseo, y por el malecón se esparció un líquido que iba acompañado de un pronunciado olor característico.

—¡Esos bandidos nos están rociando de gasolina! —gimió Renny —. Habrán conectado unas mangueras al depósito y van a abrasarnos vivos si no salimos de aquí. Pero en cuanto salgamos nos expondremos al fuego de sus revólveres.

A sus oídos llegó la voz chillona, temblorosa, de Muta.

—¡Eh, vosotros tres —decía,— fuera de aquí, ¡rendios! De lo contrario le prenderemos luego a la gasolina.

—¡Por el toro sagrado! No se ha perdido todo. Estamos de suerte.

—Sí, salgamos —aconsejó Long Tom a sus dos camaradas.

Los tres se acercaron a nado a la gasolinera, tirando antes las armas, y se les izó a bordo sin mucha suavidad.

—¿Dónde están vuestras armas, esos revólveres especiales con los cuales tiráis tan rápidamente? —les preguntó Muta.

—En el fondo de la bahía —le contestó el ingeniero.

—EA, bajadles a la bodega —ordenó Muta a sus hombres—, y salgamos de aquí. De un momento a otro llegará la policía.

Se obligó a descender a los prisioneros empujándoles con la boca de los revólveres y se pusieron en marcha los potentes motores de la gasolinera.

A continuación se largaron las amarras y la embarcación surcó, rauda, las aguas de la bahía. Ya era hora. Conforme a lo previsto por Renny, el tiroteo había llamado la atención de la policía y comenzaban a sonar las sirenas de sus coches a lo largo de la ribera.

Las tinieblas de la bahía se engulleron la motora. Para su tamaño y velocidad no tenía unos motores muy ruidosos. Apenas se oía, el gemido de las aguas tumultuosas, el chocar de las olas contra la proa mientras se encaminaba, no a la boca del puerto, sino hacia el Norte, río arriba.

Sobre cubierta todo era bullicio y alboroto, rumor de pasos precipitados, chirridos de cadenas, órdenes dadas en voz baja. Renny cogió al vuelo palabras suficientes para darse cuenta de lo que ocurría.

—Bajan dos lanchas —murmuró—. ¿Para qué lo harán?

Lo descubrió muy pronto, cuando Muta descendió a la bodega con otros bandidos, cargados de cadenas, candados y alambres, con los cuales ligaron fuertemente los miembros de los prisioneros, asegurándoles a las pilastras de la bodega mediante candados y cadenas.

Luego el enano retrocedió y contempló, satisfecho, la obra llevada a cabo.

Abstraído, metió la diestra en el bolsillo de su americana y sacó un disco rojo de mármol que pasó de una mano a otra.

Mas, como sorprendiera la mirada que Renny le dirigía, se guardó apresuradamente el disco.

Con gesto deliberado consultó la esfera de su reloj de pulsera.

—Caballeros: es posible que vivan ustedes cinco minutos, las subsiguientes a nuestra salida de la gasolinera —les anunció, con grave acento—. —Quizá algo más, pero, desde luego, no mucho más.

—¡No se saldrá con la suya!— —exclamó Long Tom, interrumpiéndole—. A estas horas la policía, habrá encontrado ya a los individuos sometidos a los efectos de nuestros gases y ellas cantarán.

—«¡Nu!» (no) —protestó Muta, desengañándole—. Les tenemos aquí y ahora vamos a embarcarles en las lanchas.

Long Tom no supo qué contestar.

Muta giró sobre los talones semejante, a la luz que iluminaba la bodega, a un gnomo grotesco y deforme.

—Lamento que no puedan estar sobre cubierta —agregó, con calma—, para presenciar el espectáculo que se prepara. Tengo entendido que los ayudantes de Savage son hombres muy ilustrados y por ello capaces de interesarse por lo que va a suceder.

—¿Qué quiere decir con esto? ¿Qué se oculta detrás de su actuación? —quiso saber Long Tom.

—Algo grande, muy grande. El complot más atrevido del siglo, amigo mío —le explicó el enano.

Se había inclinado un poco y en sus ojos ardía la llama del fanático.

—¿Sí, eh?

—Les matará un arma desconocida, arrojada no se sabe de dónde. Nadie puede esquivarla, ni las tinieblas, ni la niebla, ni el humo bastan a proteger al hombre contra ella.

Long Tom meditó la frase y sólo se le ocurrió una respuesta:

—¡Doc Savage os ajustará las cuentas, bribones!

Muta se rió en sus barbas.

—Doc Savage está preso-dijo —. Pronto morirá también.

Y con estas palabras salió de la bodega con sus compañeros. La velocidad de la motora disminuyó, pero no se detuvo. Luego se botaron al agua las lanchas y se procedió a su carga.

Poco después quedaba abandonada la gasolinera por todos, con excepción de los tres prisioneros encerrados en la bodega, y se mecía blandamente sobre las aguas del Hudson. Ya no avanzaba. Sin embargo, todavía funcionaban las máquinas. Mas se había roto su conexión con la hélice.

CAPÍTULO VII

«FATTY» AL RESCATE

EN las habitaciones recién pintadas y empapeladas de la casa situada al extremo oeste de la ciudad de Nueva York, la princesa Gusta Le Galbin, de la Casa reinante de Calbia, se mantenía muy erguida y con el pie daba impacientes taconazos en el suelo.

Cerca de ella se hallaba el capitán Flancul favoreciéndola, de vez en cuando, con miradas llenas de admiración. En una ocasión señaló, con un ademán, el cuerpo inmóvil de Doc Savage, observando al propio tiempo.

—¡Excelente trabajo, querida!

—Por favor, absténgase de dirigirme palabras afectuosas —le rogó secamente la princesa.

Pido perdón a Vuestra Alteza —dijo el capitán inclinándose exageradamente—. Si se me permite rogaré a Vuestra Alteza que me deje solo un instante y procederé al interrogatorio de este sujeto.

Los dos conversaban en calbiano.

—«*Nu*» (no) —replicó la joven—. Le interrogaré yo.

—Pero...

—¡Silencio! —ordenó la princesa asumiendo ese tono imperioso que es, al parecer, prerrogativa de las personas reales—. Usted, capitán Flancul, es el consejero de mi padre, pero, sobre todo, un acaudalado industrial calbiano. Téngalo muy presente y no sea tan aficionado a dar ordenes de <motu propio>.

El capitán hizo sonar las espuelas con la brusca unión de sus talones, saludó muy tieso y respondió a la princesa:

—¡Entendido, Alteza! Con el permiso de Vuestra Alteza, me retiro. Voy a ver si vigilan mis hombres como deben.

Y salió.

La princesa se sumió en la contemplación de Doc Savage. Más de un hombre pierde la personalidad, convirtiéndose en un ser blando y desaliñado.

No le sucedía lo propio al hombre de bronce. Inmóvil, como permanecía en el suelo, era tan maravilloso personaje como si hubiera estado en pie, moviéndose por la habitación.

La atractiva princesa de la Casa de Calbia estaba impresionada.

—¡*Minunat*! (¡Es maravilloso!) —Exclamó sirviéndose del vocablo más expresivo de su lengua. A poco tornó a entrar en la habitación el capitán Flancul, satisfecho de la disciplina de sus hombres, que continuaban de guardia.

A falta de cosa mejor que hacer, mientras se aguardaba que Doc Savage recobrase el conocimiento, la princesa Gusta sacó el estuche que contenía la jeringuilla y tornó a llenarla con la droga anestésica.

El capitán preguntó, empujando al propio tiempo, con la punta del pie el vigoroso tronco de Doc Savage:

—¿Tardará mucho en despertarse?

—Media hora, lo menos —le aseguró la princesa—. Para entonces se habrá sobrepuesto a los efectos de la droga.

El capitán recorrió a grandes zancadas la habitación. Su marcha se distinguía por el ruedo peculiar de dar los pasos, que formaba parte de la educación militar recibida por el ejército de Calbia.

De pronto sonó un grito en el pasillo; luego golpes, el rumor de una contienda. La puerta se abrió como impulsada por la fuerza de una explosión.

Por el hueco abierto asomó la cabeza de un hombre. Éste levantó el brazo armado de un revólver y con acento dramático ordenó:

—¡Manos arriba, pero muy arriba! ¿Eh?

Parecía hecho de pompas de jabón, tan hinchado estaba. EL estómago era una pompa, el pecho otra que sobresalía por encima de la primera, otra, la cabeza... Tenía la tez aceitunada y rojiza; la boca agradable, los ojillos muy vivos. Su atavío, ostentoso en demasía, no estaba desprovisto de garbo. En suma: su blanda y oronda persona era el prototipo del hombre gordo y alegre.

Pero, nada de blando o de alegre inspiraban, la vista las dos grandes pistolas de que venía armado ni la firmeza de roca con que

las empuñaba.

—«¡*In sus*!» (¡Arriba!) —ordenó.

Poseía una voz singular en la que vibraba la risa.

El capitán alzó los dos brazos, con espontáneo movimiento como aquel a quien amenaza un peligro mortal.

La princesa Gusta sostenía en la mano la jeringuilla en el momento señalado por la aparición del intruso en la puerta de la habitación. Tuvo la presencia de ánimo admirable de volver la mano y, como era pequeña, la aguja hipodérmica pasó inadvertida. Teniéndola sujeta en la palma, levantó ambas manos de manera tal que nadie reparó en ella.

—¡Espléndido! —exclamó «Fatty»—. Sus hombres, mi valiente capitán —agregó, dirigiéndose a Flancul,— son poco eficientes, de un porrazo he quitado de en medio al centinela colocado a retaguardia. Con unos cuantos más me he librado de los perros que he encontrado en la antesala. Le aconsejo que busque otros más luchadores.

La princesa, se encaró con el hombre gordo.

—¡Conde Cozonac! —exclamó, ardiendo de ira—. Pagará con la vida el ultraje que me hace.

—¡Querida princesa, aquí no estamos en Calbia!

Y, tras de decir estas palabras, el obeso Cozonac comenzó a reír, expresando su alborozo con trinos, gorgoritos y cordiales chillidos. Era una risa extraña, tan poco común como la voz del gordinflón.

Finalmente, cuando se hubo extinguido su hilaridad, el conde Cozonac señaló con un leve movimiento de la pistola el cuerpo tendido de Doc Savage.

—¿Qué le han hecho ustedes a mi amigo? —interrogó.

—¡Ah! ¿Trabaja con usted? —saltó la, princesa—. Para saberlo deseábamos interrogarle.

—No trabaja conmigo —le aseguró riendo entre dientes el conde —. Pero albergo la esperanza de procurarme su ayuda.

—¡Embustero! ¡Savage le ayuda ya!

—¡Ah! ¿No me cree Vuestra Alteza?

—Jamás le creeré —le aseguró la princesa.

El gordinflón se irguió con cierto aire de dignidad ofendida que, a propósito, convertía en un absurdo.

—¿Es un insulto? —dijo—. No, es un cumplido, ya que sale de

labios de uno de los parásitos que disponen de los destinos de Calbia.

La princesa se mordió los labios.

—¡El cumplido que gustosa le hubiere dirigido años ha —replicó,— hubiera sido colocarle, al amanecer de un buen día, ante un pelotón de soldados!

La ocurrencia provocó un nuevo acceso de hilaridad del hombre gordo.

¡Cosa rara! El insulto pareció divertirle, y si la alusión del pelotón de soldados despertó en él algún otro sentimiento, no lo demostró. Cuando al cabo cesaron sus carcajadas, adoptó una actitud orgullosa.

—¡Yo soy el hacedor de reyes! —exclamó.

—¡Es el bribón más empedernido de Calbia! —replicó la princesa.

El capitán Flancul hizo un ligero movimiento; por lo visto había concebido la idea de sacar un revólver.

El obeso Cozonac se le colocó al lado de un salto y le amenazó con las dos pistolas.

—¡Cuidado, excelente consejero del monarca de Calbia! —Apenas salieron estas palabras de sus labios cuando extendió el brazo la princesa y sacó la aguja hipodérmica, que se clavó en el cuello del conde, a corta distancia de una oreja.

El gordinflón lanzó un grito, uno solo, se bamboleó y cayó al suelo. EL pinchazo de la aguja había bastado a inyectarle parte del contenido de la jeringuilla.

El capitán saltó sobre el conde Cozonac.

—¡No! —dijo la princesa Gusta—. Ahora es inofensivo. Permanecerá insensible por espacio de una hora.

Rehaciéndose, el capitán unió ruidosamente los talones y saludó a la princesa.

—Si me lo permite, diré a Vuestra Alteza que es una mujer valerosa. No he conocido otra igual.

La princesa Gusta se hizo la desentendida.

—En la casa se ha gritado y peleado mucho —observó, en voz baja,— y quizá los vecinos hayan llamado a estas horas a la policía. Propongo, pues, que partamos, ya que hemos conseguido apoderarnos de Doc Savage, como deseábamos.

—Pero, ¿y los prisioneros?

—Vendrán con nosotros.

El capitán titubeó.

—Es que, Alteza... el camino que siguen los traidores...

La princesa replicó inclinando la cabeza.

—Tienes razón...

—Entonces, ¡no hay más que hablar! —exclamó el capitán, con el rostro sombrío—. Dejaré aquí a dos de mis hombres y sus puñales...

—¡No! Aguarda. ¡No serán ejecutados!

El capitán enrojeció.

—Pero, Alteza, esos dos hombres son...

—¡Calla y no discutas! —le mandó la joven, con majestuosa dignidad—. Les conservaremos la vida, mientras se busca la solución de la situación política actual en Calbia... solución que no tardaremos en hallar ahora que tenemos cogido al conde.

El capitán saludó de nuevo.

—Está bien —repuso.

Dio media vuelta y se aproximó a Doc Savage para levantarle, sin duda, del suelo y sacarle de allí.

Inesperadamente, distinguió un bronceado manchón. El grito con que acogió la aparición se extinguió bruscamente al asirle por la garganta los dedos nerviosos de Doc. Fue en vano que tratara de desasirse, que asestara grandes puñetazos en el vacío. En las manos musculosas de su adversario, se sentía sensación desconocida para él hasta aquellos momentos —tan débil e indefenso como una criatura.

Separando una de sus manos del cuello del capitán, Doc le registró rápidamente y le desarmó. Luego le arrojó con violencia lejos de sí.

El capitán cayó como una rana al suelo paralizado en parte por la terrible presión que se acababa de ejercer sobre su cuello.

La princesa corrió a apoderarse de la jeringuilla.

Enderezándose y con una soltura de movimientos que pareció increíble a Gusta, Doc se apoderó antes de la jeringuilla y la levantó en el aire.

—¡Oh! —exclamó la princesa, retrocediendo.

—La respeto en atención a que acaba de salvarme la vida —

declaró Doc, en tono seco.

La bella pareció aturdirse.

—Pero la droga de esa aguja... a estas horas tendría usted que continuar aletargado... —balbuceó.

El semblante del hombre de bronce continuó impenetrable.

—Puesto que le interesa le comunico que no había droga alguna en la jeringuilla cuando me aplicó usted la inyección.

La sorpresa hizo abrir la boca a la princesa, poniendo de manifiesto la blanca dentadura.

—¿Quiere decir... que no estaba dormido? —interrogó.

—Eso es —le aseguró Doc—. La jeringuilla me llamó la atención mientras la desataba y la vacié por vía de precaución...

—Pero, entonces...

—El hombre puede informarse de un hecho cualquiera, apelando bien a la violencia, bien a la astucia —continuó diciendo Doc—. Yo me he servido del segundo método. Eso es todo.

La princesa se encogió de hombros, no sin cierto respeto.

—¡Y yo que me creía tan lista! —exclamó.

El capitán Flancul que había cesado de retorcerse, apenas se dio cuenta de la jugada de Doc. Se sentó, mas no intentó levantarse del suelo.

Doc examinó las dos armas de fuego que le había quitado al capitán, las despojó de los cartuchos y, con presteza, las golpeó una contra otra. Saltaron chispas de los aceros puesto en contacto y aplastados sus mecanismos se inutilizaron. Entonces las arrojó al suelo junto con la aguja hipodérmica previamente despuntada.

La princesa Gusta le estaba mirando. La facilidad con que acababa de mutilar las pistolas, el caudal de energía física que caracterizaba hasta sus menores acciones, la hicieron palidecer ligeramente.

—¿Qué piensa hacer con nosotros? —le interrogó.

—Dirigirles varias preguntas —repuso Doc—. ¡Ojalá me respondan con sinceridad!

—¿Es eso una amenaza?

—No, Solamente un buen consejo.

Inesperadamente, el capitán Flancul se puso de pie y se acercó a Doc Savage.

En sus ojos brillaba una luz particular.

Sólo por una fracción de segundo se preguntó Doc lo que significaba aquel avance.

Luego comprendió.

Rápido como el pensamiento, retrocedió haciendo eses, agachándose o dando saltos.

La sala retembló por el pistoletazo y un proyectil que cruzó el punto que Doc, acababa de dejar, arrancó parte de la pintura de la pared medianeja.

Uno de los hombres derribados por el conde en la antecámara había recobrado ya el conocimiento y, arma en mano, acababa de asomarse a la puerta de la sala.

Le había visto el capitán y por ello había tratado de distraer la atención de Doc.

El último salto de Doc le situó junto a una de las armas destrozadas. En recogerla y arrojarla, pareció emplear un solo movimiento, pero tan rápido, que no dio tiempo a que esquivara el golpe al hombre de la puerta.

Por ello el arma le dio en mitad de la cara y le derribó al suelo.

El capitán Flancul y la princesa Gusta se abalanzaron, como de común acuerdo a la antecámara. El salto de Doc le había alejado de ambos y, a pesar de la velocidad de sus piernas, no logró interceptarles el paso. Sin dejar de correr, el capitán se agachó, apoderándose del revólver abandonado por su servidor.

Mientras volaba en pos de ellos, comprendió Doc que no podía impedir la acción de Flancul, por lo cual se asió al marco de la puerta, cuya solidez le detuvo en su carrera, extendió un brazo, su mano buscó el pomo, a tientas, y cerró la puerta de golpe.

El proyectil disparado por el capitán astilló la madera de la puerta y le abrió un boquete a una altura regular.

De un nuevo salto retrocedió el hombre de bronce, levantó del suelo al obeso Cozonac, cargó con él y ganó la escalera, cuya ascensión emprendió.

Llevaban al conde bajo un brazo, inclinándose hacia el lado opuesto para mantener el equilibrio, y no parecía molestarle mucho la carga.

A su espalda, se dispararon varios tiros.

Por lo menos tres revólveres hacían fuego sobre él. Probablemente habrían revivido más hombres de los derribados en

la antecámara.

En el «hall» del segundo piso probó de abrir la puerta de una habitación de la fachada. Estaba, cerrada con llave, pero se astilló y abrió bajo el tremendo impulso de sus hombros.

En la calle sonaba, estridente, un silbato de alarma. El tiroteo había llamado la atención de un agente de policía.

Comprendiendo el hombre de bronce que las personas que seguían en el piso de abajo tratarían de escapar por la parte posterior del edificio, salió de la habitación y echó abajo la puerta de otra que daba al patio. Una vez que pudo entrar en ella, se dirigió a la ventana y le quitó un cristal mediante una rápida, cuidadosa presión.

De pronto ladeó el cuerpo, el feo ¡pac! de un automático respondió, casi simultáneamente, a su acción. Por lo visto ocupaban ya el patio los hombres del capitán Flancul y hacían fuego continuado.

Protegidos por él huyeron el capitán, la princesa Gusta y sus acompañantes.

De éstos fueron llevados en brazos los que no podían andar todavía.

Doc Savage aguardó el tiempo suficiente para asegurarse de que todos iban a apelar a la huída y entonces, cargando siempre con el obeso Cozonac, continuó subiendo por la escalera hasta la bohardilla, levantó la barra que atrancaba la ventana y salió al tejado.

Después de recoger el cordón de seda, que seguía atado todavía a la chimenea, corrió por los tejados hasta llegar al extremo norte de la manzana de edificios. Allí estaba la calle a oscuras. Como era muy fuerte la cuerda de seda, se deslizó por ella, sin abandonar su carga y llegó a la acera. De un hábil tirón separó el garfio de hierro del alero del tejado y se guardó la cuerda.

Todo el mundo corría por la calle lleno de excitación. A dos manzanas o cosa así de distancia, vibraba el motor de un coche, que arrancó estrepitosamente, hasta que el sonido se perdió absorbido por el tráfico nocturno de la ciudad.

Doc transportó al conde hasta el estacionado <roadster>, llegado que hubieron junto a él, le dejó sobre el asiento, se apoderó del volante y volvió a su despacho de rascacielos.

CAPÍTULO VIII

LA EXPLOSIÓN MISTERIOSA

EN él habían entablado una discusión Monk y Ham. El hecho de que no hubiera curiosos a su alrededor, no alteraba en lo más mínimo la complacencia con que ambos sostenían tales polémicas.

—¡Mico sin rabo! —decía Ham, enarbolando el bastón—. ¡Engendro de la naturaleza! ¡Sólo esto me faltaba!

Monk se ocupaba en reunir los componentes de su laboratorio químico portátil, que llevaba siempre consigo en las expediciones a que acompañaba a Doc. El laboratorio ocupaba poquísimo espacio y, sin embargo, encerraba toda especie de materias químicas.

Miró a Ham y le dijo, suspirando:

—¿Qué es lo que intentas?

Por toda respuesta Ham levantó el estoque y descargó con él un golpe formidable. El objeto de sus atenciones era el cerdo Habeas Corpus. Pero Habeas le conocía muy bien. Cuando se abatió sobre él el estoque, había saltado a un metro de distancia.

—¡Eh! —exclamó Monk—. ¡Descarga en mí tu ira, si te parece, pero deja en paz al cerdo!

—¡Os asesinaré a los dos! —prometió Ham.

Señaló con un ademán acusador el lomo pintado de rojo de Habeas, y agregó:

—¡Le has pintado esa insignia con la deliberada intención de hacerme rabiar!

Era increíble que Ham, tan observador de ordinario, no hubiera descubierto con anterioridad el pendón escarlata. Más probable era que hubiera aplazado el hablar de ello hasta aquellos momentos.

—Yo no he pintado esa bandera para enojarte —protestó Monk, con aire de ingenuidad—. Al cerdo le agrada el color rojo.

—¡Harvard es una gran Universidad! —declaró Ham, con calor, — y no veo por qué insultas su insignia pintándola en el lomo de un cerdo!

Monk replicó, sonriendo:

—¿Cómo voy a conocer yo sus colores?

—¡Bueno, bueno, quítaselos ya!

Sin hacerle gran caso, se acercó Monk a un teléfono. El aparato estaba conectado con la Jefatura de Policía del distrito y proveía a Doc de una copia impresa de todos los sucesos diarios.

De ordinario Monk no prestaba mucha atención al aparato, mas se le ocurrió mirar, porque estaba preocupado por la tardanza desusada de Renny, Johnny y Long Tom, que llevaban ya algún tiempo sin comunicarle su paradero.

Miró, pues, el rollo impreso y dejó escapar un grito.

—¡Ham! ¡Ven aquí!

Ham miró por encima del hombro de Monk y leyó:

«Atención. Parte del distrito marítimo.

»Ha habido misterioso tiroteo a bordo de una lancha motora atracada a un pequeño muelle de Brooklyn. La embarcación es grande, estrecha de bao y está pintada de negro. Ha huido, internándose en la bahía. Se desea conocer su paradero.

»Próximos al lugar de la lucha, se han hallado abandonados, dos coches cuyos números de matrícula son respectivamente, S.3 y S.4.»

—¡S.3 y S.4¡ —repitió Monk—. ¡Son los números de matrícula de dos coches de Doc! De los mismos que se han llevado Renny, Johnny y Long Tom.

Ham alargó el brazo y descolgó el sombrero de la percha.

—Investiguemos lo ocurrido —propuso a Monk—. Me parece lo más conveniente.

Ambos corrieron a la puerta. Habeas saltaba, gruñendo, delante de ellos. En el corredor encontraron a Doc Savage que llegaba cargado con el conde Cozonac, quien no había recobrado aún el uso de los sentidos.

—Doc —gritó Monk, al verle—. Johnny y los otros dos camaradas que le acompañaban se hallan en un aprieto.

Con su voz infantil dio parte a Doc del mensaje transmitido por el teletipo.

Savage nada dijo, pero entró en la biblioteca con su carga

pesada. Allí instaló al conde cuidadosamente, colocándole las manos sobre los brazos del sillón que ocupaba.

Dos bandas resplandecientes de acero surgieron de aquellos y se cerraron herméticamente en torno a sus muñecas en obediencia a la presión del índice de Doc. Otras dos bandas iguales ocultas en las patas de la silla, le sujetaron los tobillos.

Sólo un cortafríos podía libertar a Cozonac de sus ligaduras.

Doc cerró todas las puertas que eran de acero, aunque no lo parecían.

—Es preciso que continúe aquí a nuestro regreso —explicó a sus camaradas—. Por él sabremos muchas cosas.

Llevando a Monk y Ham a la zaga, entró en el ascensor especial y éste le dejó en el garaje de la planta baja. Los tres se metieron en el <roadster> y en un vuelo, el coche les dejó delante del hangar con apariencias de almacén que tenían en el puerto.

—¿Tienes ya idea de la que está sucediendo? ¿Doc? —le preguntó el químico.

—¿Has oído hablar de Calbia? —interrogó a su vez el hombre de bronce.

Monk hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, es un país balkánico, cuya población asciende de diez a doce millones de habitantes. Una de las pocas monarquías absolutas que todavía quedan en Europa.

Doc observó:

—Te olvidas de un punto importantísimo. Calbia se halla ahora sometida a la tragedia de una revolución.

Monk parpadeó.

—¿Eh? —murmuró—. Ignoraba ese detalle, del que tampoco hablan los periódicos.

—Ello se debe a la censura —explicó Doc—. El Gobierno de Calbia procura que no se divulgue por el extranjero la noticia de posibles manejos políticos. Y no es sólo ella. Todas las naciones hacen lo mismo.

—¿Por qué?

—Es muy, fácil de comprender. Esa inestabilidad de un gobierno afecta al crédito de la nación en el extranjero, disminuye el valor de sus obligaciones, etc. Naturalmente, ningún gobierno responsable desea entablar negociaciones monetarias con otro destinado a un

derrumbamiento.

—¿Así la revolución calbiana es cosa seria?

—Muy seria —le aseguró Doc—. Desde largo tiempo atrás vengo relacionándome, en todas las naciones, con personas adictas al régimen y a diario ellas me enteran, por cable de la marcha, de los acontecimientos. De aquí proviene el conocimiento que hoy tengo de la política extranjera.

Abstraídamente, dio Monk un tirón de orejas al cerdo, que se le había encaramado a una rodilla.

—¿Y tú crees que el caso que nos ocupa actualmente tiene algo que ver con esa ahora futura revolución?

En lugar de responder directamente a la pregunta, Doc interrogó a su vez:

—¿Qué dirías si supieras que la princesa Gusta, hija única del monarca, calbiano, está aquí, en Nueva York, acompañada del capitán Flancul, capitalista y principal consejero de la corona y que ambos han tratado hoy de capturarme?

—¿De veras?

—Como te lo cuento.

Monk hundió los dedos en la roja mata erizada de sus cabellos.

—¡Diantre! —exclamó—. Pues diría, diría... ¡que andamos mezclados en un lío muy enredado! '

Los tres llegaron al hangar, dejaron en su interior el <roadster> y entraron en el gran trimotor. Poco después zumbaba la nave aérea sobre las aguas del río y se elevaba rápidamente en el espacio.

Las paredes acolchadas de la cabina permitían que se conversara en ella en un tono de voz usual.

—Entonces ¿quién es ese caballero obeso que hemos dejado en tu despacho?— —interrogó Monk a Doc, reanudando el diálogo entablado en el rascacielos.

—Es el conde Cozonac comandante en jefe de las fuerzas revolucionarias que tratan de desposeer de su trono al rey de Calbia —replicó Doc.

Lo mismo a Monk que al abogado les sorprendió la respuesta, pero no le efectuaron a Doc cómo era que sabía también aquello. Doc estudiaba, siempre la política emprendida por todas las naciones del globo.

Y no tendría nada de extraordinario que les dijera los nombres de todos los conspiradores, aun los de aquellos más oscuros, que luchaban por derribar un gobierno cualquiera. Probablemente se hallaba bien informado. Sus conocimientos vastísimos abarcaban todas las materias.

—En cuanto al barón Dimitri Mandl, el mismo que ha perecido hace días a causa de la misteriosa explosión de su yate, era embajador de Calbia en los Estados Unidos. Sí, hermanos, la cosa huele a intriga, una intriga, de los más altos vuelos.

Así diciendo, el hombre de bronce abrió la llave del aparato de radio y buscó la longitud de onda empleada por la estación de radio de la policía.

Una vez captada la onda pidió que se le ampliasen los informes concernientes a la fuga de la gasolinera. Pero de éstos sólo uno era digno de tenerse en cuenta.

—Según cuentan las personas a quienes atrajo el tiroteo al muelle de Brooklyn —le comunicó el operador,— la gasolinera se dirigió a la boca de la bahía y de ésta a alta mar.

Doc hizo virar el trimotor sin pérdida de tiempo y se lanzó en opuesta dirección.

—Me parece que erramos el camino —gruñó Monk.

—No lo creas. Es muy probable que haya retrocedido la gasolinera y remontado el Hudson y eso es lo que vamos a ver. De todos modos no creo que la alcancemos antes de rayar el alba.

Los motores de la gran nave aérea estaban bien almohadillados y su sonido se reducía así a un potente siseo. Mientras ascendía a mil pies de altura y emprendía su vertiginosa carrera hacia el septentrión, cabía dudar de que le oyeran las gentes que transitaban por las calles de la ciudad o los marineros, que en aquellos momentos se hallaban a bordo de los buques anclados en el puerto.

Poco después de haber despegado, Doc movió una palanca y ésta puso en movimiento un paracaídas luminoso. Como Monk y Ham, se valió de unos prismáticos para recorrer la superficie del río con la mirada, sin que ninguno de los tres descubriera la motora que buscaban.

Tres millas más allá se volvió a lanzar al espacio otro paracaídas.

La exclamación de Monk, el grito de Ham y el gesto brusco de

Doc fueron simultáneos al divisar, de pronto la embarcación.

—¡Está inmóvil en mitad del río! —explicó innecesariamente Monk.

La isla de Manhattan, el Bronx, Yonkers, componían, a su derecha, la ribera iluminada. Hoboken y la playa de Jersey que se extiende hasta Englewood por el Norte, un manchón resplandeciente, a la izquierda. Iluminado por la luz blanca del paracaídas, el río se extendía a sus pies semejante a curvada cinta de un azul acerado.

Doc hizo descender el aparato sobre la motora.

—No se ve nadie a bordo —dijo Monk.

Y Ham expresó su conformidad con un movimiento de cabeza. Uno y otro se servían de los prismáticos.

El aeroplano amaró junto al esbelto negro casco de la embarcación y mucho antes de que disminuyera la velocidad que conservaba, se zambulló Doc en el agua y, de dos vigorosas brazadas ascendió a la superficie. Sobre su cabeza oía zumbar el motor de la gasolinera.

Monk y Ham consiguieron detener en seco al trimotor y a continuación botaron al agua uno de los botes extensibles.

Doc se mantenía con la cabeza fuera del agua, procurando, al nadar, no taparse la vista con los brazos. Sin embargo, no salía el menor ruido, no se veía movimiento alguno en la gasolinera.

Doc alcanzó la popa. De ella, no pendían cadenas ni amarras, circunstancia que hubiera demorado a un hombre dotada de menor energía o agilidad. Para los musculosos pies bronceados, sin embargo, codaste y timón ofrecieron valiosos puntos de apoyo.

Aplicó el oído, pero sólo percibió la monótona vibración de los ociosos motores Diesel.

—¡Renny!... ¡Johnny!... ¡Long Tom!

Su llamada originó una débil sacudida de cadenas en algún punto distante.

Doc se lanzó a la carrera, halló al paso una escotilla abierta y por ella penetró en la embarcación. Como por ensalmo apareció al propio tiempo una luz eléctrica en sus manos que arrojaba vivo resplandor. Iba metida en una caja impermeable y era de un tipo poco común. En lugar de batería la proveía de corriente una dínamo unida a un motor movido por un mecanismo de relojería al que se

daba cuerda dando vueltas a la parte posterior de la caña del reflector.

Fuera del barco, se posaba en el agua la luz arrojada desde el aeroplano, ardía con breve chisporroteo y se apagaba entre nubes de humo.

Doc halló a sus tres hombres amordazados y ligados con cadenas.

Colocando la luz en el suelo de la bodega, les arrancó de un tirón las mordazas y luego atacó los eslabones de las cadenas que les aprisionaban con una pequeña lima que sacó del bolsillo.

—¡Por el toro sagrado! ¡Deja eso! —exclamó el ingeniero.

—¿Qué sucede, Renny?

—¡Que vamos a morir aquí todos antes de que hayan transcurrido diez minutos!

—Se ha dicho diez minutos o más —puntualizó Johnny.

—Pero el caso es que no bromeaban —observó Renny.

—Ha sido ese enano, Muta, quien nos ha hablado de una arma misteriosa que no tiene rival en el mundo —explicó Long Tom.

Doc no dijo una palabra. Continuó trabajando activamente. Por fin consiguió romper el eslabón de una cadena, luego el de otra, y el de otra, y Renny quedó libre.

El ingeniero movió ambos brazos con objeto de desentumecerse un poco.

—Ahora se nos presenta ocasión de ver operar esa arma infernal —observó.

—Espero que no sea muy de cerca —murmuró Long Tom.

—Oíd: me sorprende que hayan dejado corriendo los motores. ¿Tendrá algo que ver con nuestro asesinato?

Doc no hizo ningún comentario, sino que continuó limando apresuradamente los eslabones de la cadena.

—Sal, Renny. Tírate por la borda al río y nada.

Renny no dio señales de haber oído. Asió con ambas manos la cadena que sujetaba a Johnny, tiró de ella y logró romperle un eslabón. Sus grandes puños se hallaban dotados de un vigor poco común, vigor que excedía únicamente la fuerza desarrollada por el hombre de bronce.

Doc consiguió, por fin, libertar a Long Tom y luego a Johnny. Los tres corrieron a la escotilla, salieron sobre cubierta y se

zambulleron en el agua.

—Te digo que Muta no bromeaba, Doc —repitió Long Tom, azotando el agua con tal fuerza que la hizo saltar a gran altura.

Distarían unos cincuenta metros de la motora cuando Doc se detuvo bruscamente y exclamó:

—¡Escuchad!

Sus compañeros aplicaron el oído, pero no oyeron nada.

—¿Qué ha sido, Doc?

—Un silbido extraño, tan agudo que por ello no lo han captado vuestros oídos.

—¿Qué querrá decir? —interrogó Renny.

La respuesta llegó de un modo inesperado, catastrófico.

Cielo y agua parecieron arder, de pronto, con súbita llamarada deslumbradora. Aquella luz cegó a los cuatro hombres. Luego el aire les taponó los oídos y el agua azotó sus cuerpos con violencia aterradora.

El punto ocupado por el barco estaba lleno de astillas, hierros y objetos flotantes, no identificables, que saltaban en el aire. El agua del Hudson se dividió de momento y una oleada espumosa, salpicada por los restos del naufragio, cayó sobre los hombres y les engulló.

Con unas cuantas brazadas vigorosas logró volver Doc a la superficie y pronto aparecieron en ella sus tres camaradas. Simultáneamente contemplaron los cuatro el lugar ocupado hasta entonces por la motora.

Nada restaba de ella, únicamente burbujas de aire, maderas destrozadas, el agua hirviente del río…

—Apostaría cualquier cosa a que la motora ha corrido una suerte idéntica a la del yate del barón Mandl —musitó Long Tom.

—¡Por el toro sagrado! —exclamó Renny, con su voz estentórea —. ¿Qué habrá sido? Quiero decir que se acaba de producir una explosión, pero ¿de dónde ha llegado el explosivo? ¿Y quién lo ha colocado?

—Posiblemente habrá sido una bomba de relojería —insinuó Johnny.

De un punto cercano, invisible a causa de la oscuridad, surgieron los gruñidos del cerdo Habeas Corpus y los gritos de Monk y de Ham, que disputaban.

—¡Ha estado en un tris que no hayas volcado el bote! —acusaba Ham al químico.

—Por el contrario, de no haberle balanceada a estas horas estaría quilla arriba —protestaba Monk.

A juzgar por sus voces sonoras, la pareja no se hallaba muy lejos y, por lo visto, habían salido del aeroplano sirviéndose del bote plegable. Ambos se acercaron, remando, cuando Doc les hubo indicado, a voces, el lugar donde se hallaba.

—¿Qué diantre ha ocurrido? —le interrogó Monk, mientras les ayudaba a subir a bordo.

—Se ha puesto una bomba en la motora —le contestó Johnny, que seguía aferrado a su idea.

Pero se equivocaba, y lo descubrió poco después.

—¡Escuchad! —dijo Doc, en tono viv. ¡¡Vuelve a oírse otra, vez el silbido estridente!

Esta vez lo oyeron también sus camaradas.

—¡Aguardad! —les ordenó Doc—. Es posible que nos hiera la explosión o de lo contrario…

La llamarada incandescente, el silbido desgarrador, la montaña de agua provocada por la explosión, se repitió nuevamente y el bote zozobró y quedó panza arriba, enviando a los seis hombres, al fondo del río, envueltos en oleadas espumosas.

Doc empuñaba todavía el reflector y, en cuanto logró salir a la superficie, la inundó de rayos luminosos.

Monk surgió inesperadamente junto a él, miró con fijeza en torno y exclamó:

—¡Ay! ¡Nuestro aeroplano!

El trimotor había quedado destrozado. De él era visible únicamente una aleta que flotaba sobre las aguas, pero pronto se hundió en ellas, tras de lo cual, desaparecieron las burbujas que indicaban el punto ocupado por el aparato. Las aguas recobraron su plácido aspecto.

—Ningún aeroplano podría lanzar uno o dos proyectiles con tanto acierto en esta oscuridad tenebrosa —observó Doc, pensativo.

Renny erraba de aquí para allá hasta que sus manos vigorosas palparon el magro cuerpo de Johnny.

—Caballero de las palabras altisonantes —le preguntó—. ¿Te convences ahora de que no ha podido ser una bomba lo que ha

originado esta explosión?

—¡Menuda amalgama! —exclamó el geólogo.

CAPÍTULO IX

HABLA EL HACEDOR DE REYES

UNA hora después estaban los seis hombres en el rascacielos donde tenían instalado su cuartel general.

Ha sido una bomba —entró diciendo Johnny, con una terquedad nunca vista.

Lanzada tal vez, desde un aeroplano dotado de un equipo moderno de óptica.

—No puede ser. Ten presente que no hemos oído el zumbido del motor —le recordó Doc.

—Es muy cierto —convino Renny—. Pero convengamos, sea lo que quiera, en que es un arma formidable. Asistí en calidad de actor a la guerra del 14, después he estado en otras guerras, y jamás he visto otra capaz de destrozar, como la presente, el pequeño blanco que ofreció nuestro aeroplano en la oscuridad de la noche.

Razonando de esta suerte entraron en la biblioteca, impresionante por su serie inagotable de estanterías cargadas de gruesos volúmenes que, en su mayoría eran obras científicas.

Por la entreabierta puerta del fondo se veía el estucado resplandeciente, los metales bruñidos y las vitrinas de cristal del laboratorio.

El deforme montón de grasa que denunciaba a la persona del conde continuaba ocupando el asiento al que le habían ligado. Había reaccionado ya y miró despabilado a Doc.

¡Cosa rara! Mirándole, enseguida se advertía claramente que tomaba a broma su secuestro. Por lo menos brillaban sus ojos con burlona expresión y, al moverse, se le agitó la panza, como si contuviera la risa. Mas no podía afirmarse que lo hiciera en realidad.

—He gritado varias veces —les anunció, con acento jovial—. Pero, a lo que parece, tienen ustedes acolchadas las paredes.

Doc se le aproximó; con el índice pulsó botones situados fuera del alcance de la persona sentada, y se abrieron las bandas de acero que sujetaban los tobillos y muñecas del conde.

Cozonac, sin embargo, no intentó ponerse de pie.

—¿Querría explicarme lo ocurrido en la casa después de haberme yo dormido? —rogó a Doc.

EL hombre de bronce se lo contó.

—Conque la chica no logró vencer a usted con la jeringuilla, ¿eh? —exclamó el conde. Y dejó oír los trinos y gorgeos singulares de su risa—. Entonces, míster Savage, mi tentativa de rescate era inútil.

Doc clavó en él las doradas pupilas.

—¿Entró usted en la casa con la deliberada idea de librarme? —inquirió.

—¡Pues claro está!

—¿Por qué le intereso tanto?

—Voy á decírselo.

Asumiendo un aire inesperado de dignidad, se cuadró el conde ante el hombre de bronce.

—¡Doc Savage, saludo en usted al futuro rey de Calbia!

Los cinco camaradas de Doc reaccionaron de manera distinta ante aquella declaración. Monk se sonrió incrédulo, y continuó ocupándose en rascar el nacimiento de las orejas al cerdo; Ham describió un molinete lento con el bastón; Long Tom y Johnny cambiaron una mirada.

—¡Por el toro sagrado! —gruñó Renny.

—Otras ofertas se me hacen a menudo —observó pausadamente Doc—, bajo la forma de repentina muerte, tiros y puñaladas. Esta es la primera proposición halagüeña.

—Hablo en serio, ¿eh? ¡Muy en serio!

—Veamos. Explíquese un poco mejor.

Cozonac hizo un gesto de asentimiento.

—Supongo que conocerá a fondo la situación política de Calbia —dijo, con gravedad—. Hoy ha estallado ya la revolución y yo, conde de Cozonac, soy el generalísimo de las tropas rebeldes.

—Lo sabía —confesó Doc, en voz baja.

—¿De qué más está enterado?

—¡Oh! De poquísimo más —exclamó Doc.

El conde le miró fijamente.

—¿Qué le parece mi proposición? —deseó saber.

—¡Hum! Es descabellada. Un gobierno nacional es más conveniente.

El conde denegó con pausado ademán.

—No creía hallar en usted esta resistencia —exclamó—. Oiga: voy a contarle una atrocidad de las varias cometidas en Calbia...

—Las cuestiones políticas no se resuelven nunca en los Balkanes sin derramamiento de sangre...

—Sobre todo cuando ocupa el Poder uno como Dal le Galbin —puntualizó el conde—. Para colmo, le apoya un grupo de consejeros bribones, el peor de los cuales sin duda es el capitán Flancul.

—He oído aplicar a usted el mismo epíteto —le recordó en tono seco Doc.

El conde se entregó a un nuevo acceso de hilaridad.

—Y de no haber sido listo, me hubieran situado también frente al pelotón —observó después—. ¡Claro, como soy el que piensa arrojarles de Calbia a puntapiés!

—¿De veras?

—Como lo oye. ¡Yo soy el hacedor de reyes!

—A propósito de reyes: yo tenía entendido que un soberano debe ser siempre oriundo del país que rige bajo su cetro...

—Lo cual, dicho en términos más vulgares, significa que usted no es calbiano, ¿eh?

—¡Precisamente!

—Yo puedo hacer un rey —replicó, riendo, el conde—. ¡Y no habrá, necesariamente, nacido en los Balkanes!

Doc guardó silencio. Largo rato permaneció pensativo, como si pesara el pro y el contra de la proposición que acababan de hacerle. Dando de momento, al olvido su perpetua discordia, Monk y Ham miraban atentos al conde. Profundo silencio reinaba en la biblioteca y sonaba al unísono el tictac acompasado de tres relojes por lo menos.

—El pueblo de Calbia acogerá con grandes transportes de alborozo a su nuevo soberano —dijo luego el conde, gravemente—. Su fama ha llegado hasta allí y bastará una sola palabra mía para

que cientos de seres vean en usted al hombre que ha de regir sus destinos. La opinión pública estará de su parte en cuanto azote las espaldas del tirano y de sus corrompidos satélites.

—Es decir, que no se trata de llegar y colocarme en el trono, ¿eh?

El conde crispó los labios sin que el resto de su semblante perdiera su jovial expresión, y repuso:

—Con franqueza, <doro nule> Savage, primero tendrá usted que ganar la revolución.

—¡Ah, ya!

—Dos motivos me han movido a salir de Calbia. El primero, procurarme la ayuda de usted —Vaciló un instante Cozonac y enseguida continuó diciendo:— El segundo, pedirle al barón Mandl que levantara nuevos planos y me hiciera, un modelo del arma diabólica que había inventado.

Doc se inclinó hacia el conde.

—¿El barón Dimitri Mandl era el inventor del artefacto causante de las explosiones misteriosas? —interrogó vivamente.

—Eso es —El conde enlazó los dedos de ambas manos sobre su pecho—. Es un arma terrible. Antes de que se corrompiera el Gobierno, ofrecióle su invento el barón y en el archivo de guerra calbiano se guardan fotografías de las pruebas hechas por aquella época. AL hacer la cesión el barón puso como única cláusula que se utilizara el invento exclusivamente en caso de guerra.

—¿En poder de quién se halla actualmente?

—Del rey Dal y de su camarilla. Sus espías descubrieron que venía yo a América para ver al barón, el cual simpatizaba con mis ideas revolucionarias, y por ello le han matado. Por fortuna, logré dar con su pista y la seguí hasta la casa que usted ya conoce.

EL conde hizo una pausa destinada a subrayar sus palabras.

—Ellos han tratado también de asesinar a usted, míster Savage, y no le quepa duda de que volverán a intentarlo.

—¿Tiene idea del carácter de esa arma misteriosa? —le interrogó Doc.

—No. En absoluto.

El obeso personaje bajó ambos brazos, desunió los dedos y se retrepó levemente en el respaldo del sillón. Su rostro carilleno asumió repentina expresión ansiosa, sombría e interrogadora.

—En fin: ¿cuál es su decisión, míster Savage? ¿Quiere ayudarnos? Aceptará la corona de Calbia apenas haya concluido nuestra revolución?

Doc no dijo nada.

El conde se humedeció los labios con la lengua.

—Después, si lo desea, podrá, naturalmente, abdicar en favor de una persona digna de confianza. Esto depende exclusivamente de usted.

—Concédame el tiempo necesario para meditar una respuesta —le rogó Doc.

CAPÍTULO X

A BORDO DEL «SEAWARD»

UNA semana, después, por el Mediterráneo navegaba el «Seaward», buque perteneciente a la línea transatlántica, de vapores calbiano —americana. Desde su salida de Nueva York había efectuado una travesía, exenta de incidentes dignos de interés si se exceptúa, la predisposición del «Seaward» a batir el récord de su carrera transatlántica.

Ello no quiere decir que pudiera, competir en velocidad con sus émulos italianos, americanos u otros corredores oceánicos. Su marcha era moderada, aunque no lenta, desde luego.

El sol despedía un calor de horno, la cubierta del buque ardía, casi levantaba ampollas en los pies de los pasajeros que se servían de la piscina instalada a bordo. Por otra parte, el agua salada de la piscina, recién extraída del mar por las bombas, era suficientemente fresca para proporcionarles alivio.

Monk, sentado de cualquier manera en el saloncito de un Camarote, se enjugaba el sudor de la frente y dirigía furtivas miradas al gigante de bronce.

—La verdad es, Doc, que no obstante tu calidad de futuro rey llevas una existencia muy aburrida —gruñó de pronto—. ¿Por qué estás tan recluido? Con seguridad que no has salido una sola vez del camarote durante la travesía.

—No quiero atraer un peligro innecesario sobre nuestras cabezas —respondió Doc—. AL aceptar, siquiera sea a modo de prueba, la corona de Calbia, llevo a cabo grandes designios. Este buque es calbiano. Quizá tengamos enemigos a bordo.

Abanicándose, Monk se levantó y se aproximó al punto donde descabezaba el cerdo un sueño, con idea de inquietarle, pero

Habeas abrió un ojo y tornó a cerrarlo enseguida sin hacer caso de la interrupción.

EL químico continuó el paseo hasta llegar junto a la puerta del camarote; allí asomó la cabeza y anunció:

—Ahí viene el conde Cozonac.

El individuo señalado por Monk, parecía un chino, voluminoso, bien alimentado, de cuya espalda pendía una larga coleta. Su blusa, semejante a una túnica, le llegaba a los tobillos y llevaba los pies calzados con bordadas zapatillas de raso. Avanzaba arrastrando los pies, con las manos metidas en las amplias mangas. El disfraz no podía ser más notable. Ni siquiera le hubiera reconocido un amigo íntimo.

—Doc se ha lucido con ese disfraz —comentó el químico.

Renny, Ham y Johnny abandonaron los asientos y se agruparon delante de la puerta. Llevaban encerrados en el camarote tantos días que acogían con alborozo la diversión más pequeña que se les ofrecía.

Long Tom, el mago de la electricidad, no se hallaba entre ellos. El hecho era insólito, ya que voluntariamente, jamás había dejado de aprovechar la ocasión de correr aventuras en compaña del hombre de bronce.

—Me parece que voy a quedarme en Nueva York para trabajar en mi invento sobre la eliminación de insectos —había declarado antes de que zarpara el <Seaward>.

El interés que le inspiraba su invento, aparato de inestimable valor para la agricultura, ciertamente, aunque profundo, no excedía, ni excedería a su amor por las aventuras.

Monk y sus compañeros habían discutido largamente, entre sí, aquella inesperada preferencia de Long Tom sin que Doc tomara parte en la discusión.

Ahora se sumó al grupo que miraba al conde desde la puerta.

El conde avanzaba tranquilamente pegado a la borda como perdido en la contemplación de las olas. A popa tocaba una orquesta y el obeso chino comenzó a llevar el compás con las manos; sus labios se movían. El curioso pasajero que le hubiera observado hubiera creído que repetía las palabras de la canción musicada.

Doc examinó aquellos labios con atención. Entre sus muchos

conocimientos poseía el don de leer las palabras pronunciadas de aquel modo.

El conde no cantaba la letra de la canción. Modulaba en silencio frases enteras.

—Acabo de dar una vuelta por el buque —decía—, y no he divisado ningún enemigo. Por ello me parece que puede arriesgarse a salir del camarote. Esta noche atracaremos en el primer puerto de Calbia. Tras él, sobre las montañas, se levanta la ciudad de San Blazúa. En ella tomaremos el tren que ha de llevarnos hasta la capital.

Doc agitó la mano delante de la puerta, como prueba de que había comprendido. Esta acción fue la primera noticia que tuvieron sus camaradas de que el movimiento de labios del conde fuera para transmitir un mensaje secreto.

—¡Menuda amalgama! —exclamó Johnny—. ¿Qué ha querido decirnos con esa pantomima labial?

—Nada importante —replicó Doc—. Que no hay enemigos a bordo y que esta noche sin falta llegaremos a Calbia.

Johnny limpió, pensativo, el monóculo con el huesudo pulgar.

—Me alegro —declaró—. Comenzaba a encontrar ya abominable esta reclusión digna de un ermitaño.

—Sal y date un paseo —le dijo Doc—. Claro que no es improbable que te peguen un tiro.

El flaco arqueólogo meditó aquellas palabras y evidentemente resolvió en su fuero interno correr el albur de que le pegaran el tiro, porque replicó:

—Me voy a pasear.

—Antes será conveniente que me dejes disfrazarte —le advirtió Doc.

El hombre de bronce eligió una maleta de las varias que componían su equipaje y procedió a adornar a Johnny con un gran bigote blanco, un sombrero a lo Van Dyck y unos lentes de vidrios corrientes.

Unas almohadillas colocadas de manera ingeniosa en los hombros y torso del geólogo le daban el aspecto de un hombre mucho más grueso.

Johnny trató de asegurarse, además, la posesión del estoque de Ham, apoyándose en el hecho de que era el complemento de su

disfraz y un aditamento indispensable dado su atavío.

Pero Ham no quiso prestárselo. Rara vez dejaba el elegante estoque de la mano.

Dejando el saloncillo, Johnny marchó cubierta adelante. El <Seaward> era un buque muy hermoso; Por ello era poco probable que un nuevo semblante llamara la atención. Disfrutando de la brisa marina que se había levantado y atraído por las exclamaciones gozosas de los bañistas que ocupaban la piscina, fue avanzando hacia popa.

Se hallaría aproximadamente al nivel de la última chimenea del <Seaward>, cuando se detuvo en seco y sus ojos, desorbitados de súbito, parecieron dispuestos a hacerle saltar los lentes de la nariz.

Pues delante de sí y paseando, como él, por la cubierta, vió al enano Muta.

Dos cosas le impulsaron a actuar del modo que lo hizo. Ante todo su carácter activo y excitable; después, el prolongado encierro en el camarote que le pedía movimiento en compensación. Y por ello, sin pararse a considerar las funestas consecuencias que podría acarrearle su imprudencia, se lanzó rápido como una centella sobre su adversario.

Muta no le oyó llegar. Tenía concentrada toda su atención en un individuo, un chino obeso, que bajaba en aquellos momentos de popa.

Sin duda meditaba la manera de hacer víctima a Cozonac —que éste era, en realidad, el amarillo— de algún atropello o por lo menos así lo creía Johnny.

Sin pensar más se arrojó sobre Muta y le sujetó por detrás con sus largos brazos.

La sorpresa arrancó a Muta un alarido; luego, estirándose, logró asir con ambas manos los cabellos de Johnny y tiró con violencia.

El arqueólogo atajó la maniobra insertando, como por casualidad, uno de sus pulgares en el ojo izquierdo de Muta.

El enano le mordió y sus dientes le arrancaron piel de la garganta. Johnny entonces le agarró por una oreja y se la retorció como si pretendiera arrancársela. A juzgar por el chillido de Muta, estuvo en un tris de conseguirlo.

El enano le dio de puntapiés en la espinilla con tan extraordinaria violencia que el huesudo geólogo cayó debajo y

chocó con la cubierta haciendo un estrépito semejante al de un montón de loza que se derrumba.

La lucha no era desigual, pues aunque Johnny era dos veces más alto que su antagonista, pesaba sobre poco más o menos lo mismo.

Ambos rodaron por la cubierta perneando, mordiéndose, tirándose de los cabellos. La contienda íbase convirtiendo, poco a poco, en libre exhibición de tácticas diversas. Muta conocía una serie interminable de sucias artimañas.

Johnny le devolvía con creces cada uno de sus golpes. En aquellos momentos no se parecía en nada al atildado caballero que, en cierta ocasión, había ocupado la cátedra de Ciencias en una famosa Universidad de los Estados Unidos.

El conde Cozonac se había puesto a mirarles en el momento de su encuentro, con la boca abierta y los ojos desencajados por el asombro.

Lentamente fue sacando las manos de las mangas de su hopalanda hasta que cayeron inertes a lo largo de su cuerpo.

—¡No hay que mezclarse a este lío! —le gritó Johnny, valiéndose, cosa rara, de un medio usual de expresión—. Yo me basto y sobro para darle a este tunante su merecido.

La advertencia iba dirigida al conde y produjo el efecto deseado. El conde se había inmovilizado y les contemplaba lo mismo que si fuera, en realidad, un acomodaticio obeso hijo del Celeste Imperio.

Johnny aprovechó la ocasión que se le ofrecía y le descargó un puñetazo al enano. Muta cayó. Otro golpe le privó de movimiento.

Un pequeño disco de mármol rojo se le salió del bolsillo y rodó por la cubierta.

Johnny se enjugó el sudor de la frente. Lleno de curiosidad contempló el disco de mármol. ¿Qué significaría?

Ya el capitán del buque se acercaba, corriendo desde el puente, en compañía de dos oficiales. Los tres le dirigieron preguntas en calbiano.

—¡Este bribón trató de asesinarme en Nueva York! —dijo Johnny mostrándoles al enano.

El capitán recogió del suelo el disco rojo.

—¿A cuál de los dos pertenece? —interrogó.

Muta señaló a Johnny con el índice acusador.

—¡A ése! —exclamó.

—¡Embustero! ¿Qué significa ese disco? —rugió el arqueólogo.

Hubo una conmoción en el hueco de una puerta vecina al lugar de la pelea, Johnny volvió la cara.

Desconocía a la princesa Gusta Le Galbin y al capitán Flancul. Pero Doc le había descrito a los dos. Por ello reconoció en el acto a la pareja.

La princesa y el capitán salieron del camarote. La princesa, lanzó una exclamación ahogada.

—¡Detened a ese hombre! —ordenó con el brazo levantado—. ¡Es un enemigo de Calbia!

CAPÍTULO XI

NÁUFRAGOS

EL capitán del «Seaward» y sus oficiales la miraron atónitos.

—¿*Cum*? (¿Cómo?) —interrogó el primero.

—¡Ese individuo es un subordinado de Doc Savage! —replicó la princesa.

—¡Soy ciudadano americano! —exclamó Johnny con los dientes apretados.

—¡Que le detengan, capitán!

—¡No! ¡No!

Los dos oficiales se le acercaron.

—¡No me toquen porque les pesará más tarde! —les advirtió el arqueólogo en son de amenaza—. Repito que soy americano.

—¿Y qué importa eso? —gruñó el capitán—. Este es un buque calbiano, y yo soy súbdito fiel de Dal Le Galbin. ¡Será usted sometido a vigilancia!

El conde tornó a esconder las manos en las amplias bocamangas de la túnica, agitáranse aquéllas y como resultado les surgieron unos bultos, sospechosos; cualquiera, hubiera dicho que el chino empuñaba un par de pistolas.

—¡Me custodiaré yo mismo… en provecho del conde Cozonac! —gritó Johnny.

Comprendía la conveniencia de que no se descubriera el conde mientras le fuera posible.

Dicho eso emprendió una prudente retirada. Dándose cuenta de ello Muta, aprovechó la ocasión que se le ofrecía para escabullirse.

—¡Detengan a ese pájaro! —aulló Johnny.

No le hicieron caso.

Inesperadamente el capitán Flancul sacó un automático del

bolsillo.

—¡*Caincle*! (¡Perro!) —dijo entre dientes—. No perdamos tiempo en discusiones inútiles —Y apuntó con el arma a Johnny.

—¡*Nu*! —exclamó la princesa, asiéndole por el brazo armado—. ¡No! Eso nos acarrearía complicaciones internacionales.

Johnny se aprovechó de la intervención de la princesa para embestir al capitán y apoderarse de la pistola. Luego los dos forcejearon.

La princesa asestó con su puño delicado un directo que iba dirigido a Johnny, pero este le esquivó ladeándose, y fue a dar sobre el capitán Flancul, al cual dejó sin respiración.

Johnny se valió de aquella ventaja que se le ofrecía para coger la pistola.

Con ella amenazó a los oficiales del «Seaward».

—¡Atrás! ¡Arriba las manos!

Ellos titubearon, le miraron iracundos, mas al cabo retrocedieron.

Johnny ganó la primera puerta que halló a sus espaldas y se metió por ella.

Se encontró en el «foyer» de entrada al salón del «Seaward», lo cruzó en dos saltos, corrió por el pasillo, descendió por una escalera y penetró en el camarote ocupado por Savage.

—Doc, me las he compuesto de manera tal, que acabo de complicar la situación —le confesó—. ¡A decir verdad me he conducido aturdidamente!

Y sirviéndose de una serie de atropelladas frases, jadeando, balbuciente, explicó a Doc lo ocurrido.

—He obrado con demasiada ligereza —confesó al concluir su historia.

—Nada más natural que quisieras coger a Muta —replicó Doc sin perder la calma.

Renny unió con fuerza los puños, estos sonaron como dos pedernales.

—Ahora tratarán de atraparnos, Doc, no lo dudes —observó—. Y si lo consiguen ¡estamos perdidos!

—¿Crees que nos colocarán delante del pelotón? —quiso saber Monk.

—Probablemente no —replicó Doc—. Sobre todo después que

hayamos ejercido en ellos cierta influencia, pero su intervención echará a perder nuestro estilo.

Se hizo evidente que reinaba gran agitación en el transatlántico. Se oían gritos y carreras por todas partes. Doc se asomó a la ventanilla del camarote y por ella vió surgir muchos hombres armados de rifles; algunos de ellos eran marineros del «Seaward», pero el grupo estaba formado, sobre todo, de los componentes de la lista de pasajeros.

—Dime: ¿cómo es que se han unido a los marineros? —interrogó Monk, que miraba en dirección a cubierta, por encima del hombro de Doc.

—Lo ignoro —repuso el hombre de bronce:— es muy posible que sean calbianos residentes hasta ahora en los Estados Unidos, que se dirigen a Calbia para sacarla de la crisis que atraviesa.

—¡Vaya, un grupo lucido! —comentó el químico—. Si habitaran, realmente, en los Estados Unidos, ¿crees tú que saldría de ella para luchar en su país?

—Si te hallaras en Calbia —dijo Ham, en tono sarcástico,— ¿qué harías, di, en el caso de que estallara la guerra en América?

—¡Toma! ¡Volaría en su socorro! —confesó Monk, con un gruñido.

Doc vigilaba los preparativos que se llevaban a cabo en el exterior.

—Van a lanzarse a un asalto —comunicó a sus compañeros.

—¡Mira que tener aquí a la princesa, y al capitán, Flancul! —gimió Johnny, apesadumbrado.

—Si, ¡es el colmo de...! —comenzaba a decir Monk.

—¡...la mala pata! —concluyó Johnny.

Doc abandonó la ventanilla, deshizo el equipaje y procedió a hacer de él una selección. Sus efectos estaban encerrados en cajones de metal fuertes, ligeros e impermeables, cada uno de los cuales ostentaba un número de orden.

De entre ellos escogió unos cuantos, tomó en sus brazos la mitad y señaló la otra restante a sus camaradas..

—Traed eso vosotros —dispuso.

Luego abrió la puerta del pasillo. Simultamente a la apertura sonaron varios disparos y ruidosamente penetraron las balas en el quicio de madera.

Doc dejó las cajas en el suelo, abrió una de ellas, se apoderó de las granadas de gas anestésico que encerraba y tiró dos al pasillo, en opuesta dirección.

Ambas produjeron apagados estallidos al caer.

Los cinco hombres retuvieron el aliento por espacio de un minuto, transcurrido el cual salieron al corredor cargados con los cajones. En el corredor dormían a pierna suelta los marineros y pasajeros que acababan de hacer fuego.

Los cinco hombres bajaron por el corrector.

—Nuestro objetivo es el cuarto de máquinas —les indicó Savage.

Monk había instalado al cerdo sobre la caja que llevaba a cuestas.

—¡Cuantísimo disfrutaría Long Tom si se hallase ahora aquí! —Observó, mientras le dilataba, los labios una franca sonrisa—. Lamento que le retengan en Nueva York los experimentos y ensayos relativos a su invento.

Llegados que hubieron al cuarto de máquinas, les bastó con arrojar en su interior una sola granada del gas anestésico para que se durmieran los fogoneros e ingenieros que allí había.

Las calderas del «Seaward» se alimentaban de aceite. Avanzó Doc apresuradamente para ajustar las válvulas del combustible y movió varias palancas. De esta manera ya no se corría peligro de que estallaran las calderas. Luego levantó otras palancas y la hélice del buque cesó de dar vueltas.

Situándose delante de los tubos acústicos que comunicaban con el puente, silbó en ellos hasta llamar la atención.

Desde el puente le respondió, ¡cosa rara! el capitán Flancul.

—¡Le concedo un minuto para que salga de ahí! —dijo a Doc, con un gruñido.

—Oiga: no podemos exponernos a que nos lleven ustedes a Calbia…

—¡Pues irán! «¡Da!» Y por esta nueva hazaña, que es en el fondo, un acto de piratería, acabarán sus días delante de un pelotón.

Doc no trató de argumentar.

—Diga al capitán del «Seaward» que tenga la bondad de colocarse ante el tubo —rogó a Flancul.

—Les concedo un minuto…

—¡Exijo que el capitán venga a ponerse al otro lado del tubo! —

repitió Doc, interrumpiéndole.

Quizá se debiera en parte al tubo que le ahuecaba la voz. Lo cierto es que impresionado Flancul por el imperio con que era hablado, se apresuró a obedecer.

—¿Diga? —preguntaba poco después a Doc la voz del capitán de la nave.

—Quisiera que cerráramos un trato —le explicó Doc.

—Diga usted.

—Que se bote al agua una gasolinera con el motor en marcha y provista del combustible necesario y que se nos deje salir del buque sin ser molestados.

—«¡*Nu*!» (¡No!) —respondió con impetuoso acento el capitán.

—No es una amenaza la que voy a dirigirle —replicó Doc, en un tono incisivo,— mas permítame que le diga que me he apoderado del cuarto de máquinas y que, además de los gases anestésicos, dispongo de otras armas diversas. ¡Piénselo bien!

Siguió una espera de dos o tres minutos durante la cual, aplicando el oído al tubo acústico, Doc percibió el rumor de dos voces que conferenciaban. El capitán Flancul protestaba de algo con acento caluroso, pero el capitán se le impuso.

—¿Dejarán el transatlántico desarmado? —preguntó luego a Doc.

—Sí.

—Entonces, ¡trato hecho! Dentro de cinco minutos les aguardará al pie de la escalera una lancha con el motor en marcha.

Doc se apartó del tubo y reunió las cajas del equipaje.

—¡Pero, Doc! —protestó Monk—. ¡En el mismo momento en que pisemos las tablas de la gasolinera ofreceremos un blanco excelente a los rifles de nuestros adversarios! Yo conozco un poco a esos fanáticos. Es posible que haya sido sincero contigo el capitán del «Seaward», pero apuesto a mi cerdo contra esa corbata de Ham, que dicho sea de paso, me parece muy impropia, a que apenas nos mostremos sobre cubierta harán fuego sobre nosotros.

Doc no le oyó, tal vez, porque guardó silencio. Salió a la cabeza del grupo del camarote y, delante de él, bajó por un corredor que olía a un lubrificante.

Nadie les molestó. Tras de emprender la ascensión de una escalera, torcieron a la izquierda, aguardaron inmóviles un

momento y, transcurrido éste, avanzaron de nuevo. En el casco del buque hallaron abierta una escotilla y tendida una escalerilla para su desembarque.

Al pie de ella zumbaba el motor de la gasolinera.

Monk tornó a, murmurar:

—Pero, Doc, esos rifles…

El hombre de bronce abrió uno de los cajones de equipaje. Encerraba varias esferas de metal tan grandes como la cabeza de mazorca de Monk. Doc levantó las palanquitas de dos o tres y las arrojó al mar. Densa nube de humo negro se esparció al instante sobre el punto donde acababan de caer.

—¡Por el amor de Mike! —exclamó el químico, con una risita particular—. He aquí lo que va a inutilizar esos rifles.

Las bombas continuaban humeando y la oscura caja vaporosa, surgía sin cesar de su seno hasta que envolvió casi por completo al «Seaward». No llegó a envolverle totalmente a causa de la brisa, que se lo llevaba transformado en larga, ondulante serpiente negra, cuya panza, del matiz de la sepia, se arrastrase sobre la superficie del Mediterráneo.

Oculto por el humo, y sin hacer ruido, penetró Doc con sus hombres en la lancha. Al sonar con más fuerza el motor, en el momento de arrancar, les saludó una salva de disparos de rifle que procedía del «Seaward». Sólo dos proyectiles penetraron en la lancha; sin embargo, se incrustaron en las bordas de popa.

En el puente del «Seaward» lanzó el capitán un juramento y corrió en busca de los tiradores. Era hombre capaz de mantener su palabra.

Flancul murmuró, entre dientes:

—¡Son listos esos demonios! Nunca pensé que se valieran de una artimaña así.

Sumamente molesta por el humo, exclamó la princesa, que se hallaba a su lado:

—¿Así has sido tú el que ha dispuesto que se disparen los rifles?

—¡Yo no! —protestó el capitán—. Pero lo sospechaba.

—¡A veces me pareces un ser sediento de sangre, capitán! —dijo, pensativa, Gusta.

—Es porque pienso ante todo, en conservar el trono a la casa de Calbia —repuso con acento solemne su acompañante.

—Y, al propio tiempo, eres hombre rico. Por consiguiente; Si la revolución triunfa perderás mucho —le recordó la princesa.

Pasado algún tiempo la brisa disipó la columna de humo que envolvía al «Seaward», pero antes de que se la llevara del todo ocurrió algo inesperado.

El sonido del motor de la lancha era perceptible todavía, aun cuando la embarcación continuara invisible.

<¡Poon!> una explosión aterradora se dejó oír en el punto mismo que indicaba la situación de la lancha. El vivo resplandor que la acompañó penetró la cortina de humo y la conmoción hizo cabecear al «Seaward».

Sobre las mesas del comedor saltaron al propio tiempo las jarras del agua.

Después ya no volvió a oírse el motor de la gasolinera.

El viento soplaba con cierta violencia, sin llevarse del todo la nube de humo a la que empujaba, ora de aquí, ora de allá, rodándola sobre la superficie de las aguas como a una gran bola negra de algodón.

Las máquinas del «Seaward» se pusieron en movimiento y el transatlántico avanzó y llegó al lugar donde sonara la explosión. Entonces se bajaron los botes. Sus tripulaciones encontraron, diseminados, trozos pequeños de madera, el mayor de los cuales tendría el volumen de la mano de un hombre.

Nada más.

—Una, explosión misteriosa ha dado fin de Doc Savage y de sus acompañantes —fue el veredicto pronunciado al regreso a bordo de los botes.

La princesa Gusta se tornó pálida al anuncio de la nueva que confirmaba la destrucción de la lancha y, excusándose, volvió apresuradamente a su camarote. Una vez dentro de él, se encerró bajo llave y se tiró sobre el lujoso lecho.

De pronto comenzó a sollozar sin consuelo.

El «Seaward» había reemprendido la interrumpida marcha. Detrás de él, en sentido lateral, continuaba todavía suspendida en el aire la nebulosa columna de humo. Aquella enorme masa negra se parecía de manera singular al paño con que se cubre un ataúd.

CAPÍTULO XII

EL AEROPLANO

EL «Seaward» navegó por espacio de tres horas antes de que se perdiera, de vista la humareda. Sobre el puente del transatlántico se deliberó seriamente y se expusieron los trozos de madera de la motora. El tema que se sometió a discusión fue qué artefacto habría podido destruir la pequeña embarcación.

Según el serio informe del capitán, la lancha no llevaba a bordo ninguna bomba explosiva. La explosión se había originado con incalculable violencia; pero, aparte de ello, ningún oficial del buque pudo determinar lo que la había motivado.

Poco tiempo después de haberse perdido de vista el «Seaward», apareció un aeroplano en el soleado cielo del Mediterráneo. La nave aérea describió, lentamente, una espiral a una altura de casi veinte mil pies y podía sospecharse que si se mantenía a tal elevación sobre el nivel del mar era con el deliberado propósito de pasar desapercibido. Desde luego, sólo unos ojos extraordinariamente penetrantes podían haberle distinguido desde abajo.

El aeroplano era un hermoso trimotor, muy veloz, evidentemente nuevo.

Pertenecía a un tipo moderno de aeronaves y era de fabricación inglesa.

Alzándose bruscamente de cola, el aeroplano descendió, gimiendo, en prolongada zambullida. Cuando recobró su posición horizontal, el mar distaba de él unos cientos de pies solamente y tenía la masa negra de humo ligeramente cortado.

La nave era anfibia. Mientras planeaba para posarse en el mar, el observador interesado en materia de aeronáutica hubiera notado que los tubos de escape del motor iban provistos de unos

silenciadores cuyo tipo era desconocido todavía en Europa, a pesar de ser visiblemente el aparato un producto británico.

El aeroplano patinó hasta llegar cerca del negro palio vaporoso. El piloto sacó un brazo por la ventana de la cabina; en la mano empuñaba un revólver.

Aplicando los silenciadores a los tubos de escape, disparó tres veces el arma. Contó cuidadosamente hasta veinticinco y tornó a disparar. Las balas cayeron al agua.

Un bote plegable, impulsado por un motor de exiguo tamaño, se destacó del remanente vaporoso de la primitiva mampara de humo.

En el bote iban sentados Doc Savage y sus cuatro amigos.

Monk, que llevaba asido al cerdo por una oreja, se puso en pie en mitad del bote y contempló el aeroplano, pero más al piloto.

—¡Por el amor de Mike! —exclamó.

Su semblante reflejaba un asombro profundo.

—¡Por el toro sagrado! —Renny elevó los brazos al cielo—. ¡Long Tom!

Ham miró a Doc y describió un molinete involuntario con el estoque.

—Has acertado en tu previsión de hacernos pasar a este bote desde la gasolinera momentos después de haber abandonado el «Seaward» —Señaló luego el aeroplano y su piloto—. Pero, ¿de dónde ha salido nuestro camarada, el simpático mago de la electricidad?

—Yo creía que se había quedado en Nueva York entregado a sus experimentos —añadió Johnny.

—Ha sido un pretexto —explicó Doc—. Long Tom pasó a Inglaterra en un transatlántico más ligero que el nuestro; Allí compró ese aeroplano y ha venido así al Sur.

El hombre de bronce hizo una pausa y tocó una de las cajas de metal.

—Aquí dentro llevo un aparato portátil de radio —dijo.

—Te he oído hablar por él hará así como unas dos horas —admitió Ham.

Doc hizo un ademán de conformidad.

—Justamente llamaba entonces a Long Tom.

Franca sonrisa iluminaba el pálido rostro de Long Tom mientras les ayudó a transportar primero el equipaje, luego el bote plegable

al aeroplano.

—¿Por qué has tenido el gato encerrado dentro del saco, Doc? —murmuró Monk, con acento plañidero. Lo cual equivalía a: ¿por qué has guardado el secreto de tu actuación?»

—Perdonadme —rogó Doc a sus camaradas—. El capitán y la princesa son sagaces en extremo y temí que se valieran de algún medio ignorado para descubrir nuestro plan.

—Sí —contestó Monk—. De haber sabido todo esto, lo hubiéramos descubierto discutiéndolo tontamente.

Long Tom se sentó delante de los mandos, abrió el trío de válvulas y despegó el aparato del agua. Una vez en el aire tomó la dirección del Nordeste, que era la de Calbia, elevándose incesantemente hasta alcanzar veinte mil pies de elevación.

Renny se acarició, pensativo la barbilla.

—¿Contabas, Doc, con que se desarrollaran de ese modo los acontecimientos? —inquirió.

—No tan exactamente, pero si presumí que iba a suceder algo parecido.

—En fin. Ya es una ventaja la de que nos crean muertos los pasajeros del Seaward.

Monk observó, riendo:

—¡Cómo vuelvan a vernos, verás qué sorpresa se van a llevar!

Por el Oeste, en la dirección de Italia y de España, todo indicaba una rápida puesta de sol. Ya el Mediterráneo comenzaba a variar de color. Delante de ellos, por encima de Calbia, surcaban el espacio innumerable profusión de nubecillas.

Doc abrió la llave del aparato de radio.

—¿Qué vas a hacer? —deseó saber Monk.

—Ponerme en relación con las fuerzas revolucionarias —le explicó el hombre de bronce—. Éstas tienen una estación emisora y, por su mediación, voy a enterar al conde de que nos hemos salvado.

—¿Y después?

—Amararemos antes de llegar a la costa, aguardaremos a que se haga de noche y protegidos por ella le haremos una visita a Cozonac, pues deseo concertar con él un plan definitivo de operaciones.

CAPÍTULO XIII

EXPERIMENTO

CERRÓ la noche.

Las nubes, diseminadas sobre la costa habían extinguido la luz de la luna y de las estrellas y a la altura de nueve mil pies a que se hallaba el aeroplano, las tinieblas asumieron matices levemente rojizos.

La formación de vapores afectaba la forma de un nimbo, de una oscura capa informe provista de muy pocas aberturas. De ese tipo de nubes se desprende usualmente la lluvia, pero de momento no llovió, aunque las nubes estaban saturadas de agua y prometían para más tarde, ya bien entrada la noche, una lenta, pero continua precipitación.

El aeroplano se mantuvo entre las nubes. Sus ocupantes habían amarado sobre las olas, bien lejos de la playa, y se había aguardado largo rato en la mayor inmovilidad. Cuando hubieron transcurrido algunas horas tornó a despegar el aeroplano.

Los seis hombres se hallaban segurísimos de que nadie había reparado en ellos. No era posible que se pudiera descubrir el aeroplano, cuyos silenciadores eran altamente eficientes, de un tipo perfeccionado por el hombre de bronce que Long Tom se había traído de Nueva York.

Renny navegaba y Johnny se cuidaba de los mandos. Con frecuencia se volvían los dos a mirar a Doc por encima del hombro.

Doc se ocupaba en la cabina, de llevar a cabo una operación que intrigaba a todos, sobre todo a causa de la reticencia desplegada por Doc en aquella ocasión.

Llevaba trabajando en su invento largo rato. Mas, al cabo, sus camaradas habían descubierto sus actividades en el momento en

que se disponían a cerrar una de las cajas metálicas de su equipaje.

¿Qué sería lo que habría metido en la caja? Todos lo ignoraban.

—Oye: ¿qué es eso? ¿Para qué sirve? —

Fue Monk, el curioso sempiterno, quien le dirigió la pregunta.

—Es un experimento —repuso Doc.

Y no consiguieron arrancarle otra explicación.

Sirviéndose de un trozo de cuerda de las que se utilizan para las arpas de un piano, enrollada en un enorme carrete. Doc confeccionó una brazada para la caja de metal, de modo que aquélla se balanceara al extremo de la cuerda. A continuación bajó el receptáculo por la portezuela y fue dándole cuerda.

Como el carrete estaba muy lleno, pudo desenvolver toda la cuerda que tenía arrollada.

La caja de metal se quedó atrás, lo menos a un cuarto de milla de distancia del aeroplano, y Doc apagó la luz del faro con que se había alumbrado durante la operación.

Monk pegó la nariz aplastada al cristal de la ventanilla. La curiosidad le manaba literalmente por los poros, pero no volvió a interrogar a Doc. Harto sabía que no iba a sacar nada. El hombre de bronce se hubiera hecho el sordo, como tenía por costumbre, cuando no quería dar explicaciones.

Fuera el que fuese el significado del remolque de aquella caja, debía ser muy importante en opinión de Monk. Doc había hecho cosas tan singulares en otras ocasiones y jamás se había equivocado en sus cálculos.

Ham les participó:

—Voy por la ración de sandwiches que me ha sido asignada después de la llegada de Long Tom. Vosotros os habéis engullido ya la vuestra. Yo voy a hacerlo más despacio. Es en el comer donde se diferencian las personas educadas de las que no lo son.

Se aproximó a su asiento y poco después emitía un alarido. Simultáneamente lanzó el cerdo un gruñido de dolor.

—¡Eh, Ham! —gritó Monk—. ¡Ya te he dicho que no andes dando de puntapiés a Habeas!

—¡Cómo le atrape le voy a arrojar por la ventanilla! Entonces veremos si le sirven o no esas largas orejas de paracaídas —replicó Ham—. Y como vuelvas a abrir esa boca tan grande que Dios te ha dado, irás detrás de él.

Monk trató de aparentar gravedad.

—Pues, ¿qué real te aqueja ahora? —le interrogó.

—¡Que ese condenado cerdo se me ha comido los sandwiches! —contestó Ham, refunfuñando.

Media hora después el aeroplano se había elevado por encima de las nubes.

Renny consultó la velocidad del viento, el compás, la posición de las estrellas y, a la luz de la lámpara de bolsillo, trazó varias cifras sobre un bloc de papel.

—Nos hallamos al norte de San Blazúa, capital de Calbia, de la que nos separan veinte millas justas. ¿No era éste el punto que habías elegido para nuestro aterrizaje, Doc? —interrogó.

El aeroplano seguía llevando a remolque la caja misteriosa y Doc se ocupaba a la sazón en asegurarse de que no se había desprendido del fuselaje la cuerda de piano.

—Justamente —repuso a Renny,— poco antes de nuestro forzoso amaraje había comunicado, como sabéis, con las fuerzas revolucionarias, y por ellas sé dónde se halla el cuartel general. Está aquí. Si ha atracado al muelle el «Seaward», habrá tomado el conde un aeroplano y posiblemente a estas horas debe estar ya aguardándonos.

—<Allright!> —dijo Renny a Johnny—. En ese caso, tenga la bondad de iniciar un aterrizaje, caballero de las palabras altisonantes.

El aeroplano descendió.

—No vayas deprisa —recomendó Doc a Johnny—. Nos conviene que esa caja se mantenga alejada de nosotros.

Johnny varió levemente la posición del aparato y su descenso adoptó la forma de una gran espiral de lentos círculos de casi el radio de una milla.

Renny tomó los prismáticos, abrió la ventanilla de la cabina, y miró al vacío. Un terreno singularmente accidentado se extendía a sus pies. Lleno de confusión, se preguntó cómo era posible efectuar un aterrizaje en tales condiciones.

—¿Te parece que lancemos al espacio un paracaídas luminoso cuando los altímetros nos indiquen que llegamos a tierra? —interrogó a Doc.

—No es preciso —repuso el hombre de bronce—. Según me han

informado por radio los revolucionarios tienen por aquí un campo de aviación. Hagamos una señal y en respuesta ellos delinearán el campo con linternas encendidas. La señal debe ser una C luminosa.

—C significa Cozonac, sin duda —observó abstraído Monk.

—¡Cien mil pares de demonios! —exclamó Ham—. ¡Al infierno vais a ir todos como no enseñéis al cerdo a que no se coma mis cosas!

—Habeas es muy juguetón —explicó Monk.

—¡Ya, ya! Pero, ¡qué casualidad! Jamás juega con los efectos de otro, ¿Y sabes por qué?

—No se me alcanza —replicó, con aire inocente el químico.

—¡Porque tú le enseñas a hacerme rabiar!

Monk abrió la boca para responder, pero en lugar de hacerlo se asió desesperadamente a lo primero que halló a mano.

Un ¡crac! catastrófico por su sonoridad penetró por la abierta ventanilla de las cabina, ahogando de momento el zumbido de los motores. Le siguió la repercusión semejante al monstruoso rodar de una avalancha por vastas estepas, o al trueno que irrumpe entre nubes densas. AL propio tiempo y como acompañamiento del sonido, una luz súbita, temblorosa, deslumbró la retina de los seis hombres.

Un aire agitado hizo bambolearse al aeroplano, le movió a inclinarse sobre una de las alas.

Johnny movió una palanca, pisó otra y logró restablecer el perdido equilibrio.

En el espacio a sus espaldas, habíase elevado un cohete colosal, estallando en forma de luminosa cascada, de la cual se derramaban fragmentos incandescentes chispas brillantes que caían girando pausadamente. Por lo menos ésta fue la impresión que produjo el espectáculo en los cinco camaradas de Doc.

—¡Otra explosión! —manifestó Monk, cuya débil vocecilla quedó ahogada por la detonación.

—Sí. Acaba de destruir la caja sujeta al extremo de la cuerda de piano —replicó Doc.

—¡Por el toro sagrado! —Renny trató en vano de distinguir el punto ocupado por Savage en la oscura cabina—. ¿Así, la caja era una añagaza?

—Eso es.

—¡Pues entonces, Doc, sabes perfectamente lo que motiva esas explosiones!

—¡Hola! ¿Y qué es ello? —deseó saber Monk.

—Renny: tu optimismo es un poco precipitado —dijo Doc al ingeniero—. Todavía no poseo una prueba definitiva respecto al origen de la explosión y por ello me he limitado a hacer un pequeño experimento.

Monk ponderó esta respuesta. La experiencia adquirida al servicio del hombre de bronce le decía que Doc no solía dar jamás una explicación de sus teorías. Ni tampoco hacía vanas conjeturas.

Por lo tanto, a menos que conociera la exacta naturaleza del misterio y la conociera con tanta precisión que le capacitara para crearlo de nuevo, no hubiera hecho la menor declaración.

—¿Qué había dentro de la caja de metal? —tornó a preguntar.

—¿Te acuerdas de las estufillas de alcohol que nos hemos traído para el caso de tener que acampar en plena naturaleza?

—¡Ya lo creo! Como que yo mismo las he perfeccionado y dotado de una mecha productora de un calor considerable para su tamaño.

—Bueno, pues las cuatro estaban dentro de la caja... encendidas.

—¿Encendidas?

—Sí. Si antes de ser destruida la hubieras examinado con los prismáticos hubieras reparado en que estaba al rojo blanco.

El diálogo quedó interrumpido aquí.

Dos reflectores, súbitamente, lanzaron el haz de sus rayos al espacio. Enseguida apareció un nuevo haz luminoso. El trío osciló, se cruzó y recruzó con una velocidad sorprendente. Exploraba la altura.

Por debajo de ellos guiñó su ojo rojizo un cañón antiaéreo. El proyectil luminoso vomitado por su boca se abrió semejante a fruto maduro por encima del aeroplano y su luz no solamente bañó el aparato sino también la tierra.

Debajo de él se extendía un terreno boscoso, una espesa alfombra de árboles. En su centro había un claro relativamente llano, al parecer.

Al caer el proyectil se iluminó la tierra con mayor intensidad y de una ojeada los seis hombres comprobaron que no había en ella un ser viviente.

¡Qué curioso!

Renny, que había prestado servicio durante la Gran Guerra en el Cuerpo de Ingenieros, estaba familiarizado con el <camouflage>.

—¿Veis esos árboles? —dijo a sus camaradas—. Pues muchos son tiendas pintadas de verde. Acampada a nuestros pies hay toda una fuerza militar.

—¿De cuántos hombres se compondrá? —le preguntó Monk.

—De diez, a quince mil hombres, si no yerro en mis cálculos. ¡Hombre! Se ve que poseen moderno material de guerra...

Dijo esto, porque en una gran tienda verde que se asemejaba a la copa de un árbol, había surgido un fogonazo y la bomba de un antiaéreo abrió un boquete en la punta del ala izquierda del trimotor.

Johnny le desvió apresuradamente del rumbo que llevaba, mientras desataba Doc el extremo de la cuerda de piano y lo lanzaba por la borda con objeto de que no dificultara la maniobra.

Una vez hecho esto sacó por la ventanilla el brazo armado de la lámpara y, rápidamente, hizo la señal convenida: raya, punto, raya, punto, o sea la letra C, conforme al sistema internacional de señales.

La réplica fue pronta. Se apagaron los reflectores y no volvieron los antiaéreos a disparar.

Poco después apareció una hilera de luces eléctricas, evidentemente que señalaban la posición del campo..

—¡Hum! Esto ya no me huele tan bien —observó, pesimista, Renny.

—Siempre sospechas de todo —le dijo Monk—. ¿No ves como han apagado los reflectores y dejado de disparar sobre nosotros? ¡Son los compañeros del conde Cozonac!

—Sí, pero la explosión esa... ¿Quién la habrá provocado? ¿Quién ha intentado matarnos?

—Los realistas, naturalmente. Ya recordarás que son ellos los que poseen el invento.

Renny observó, con acento incrédulo:

—¿Y cómo, es que conocen nuestra llegada?

—¿Para qué sirven los espías? ¿Lo has olvidado? —replicó, burlándose, Monk—. No es imposible que los realistas hayan colocado agentes secretos en la emisora del conde Cozonac.

—¡O. K., O. K.! —murmuró Renny.

Ahora Doc Savage se apoderó de los mandos del aeroplano. Sus compañeros esperaban un aterrizaje inmediato, pero recibieron una sorpresa.

El hombre de bronce llevó el trimotor a una respetable distancia del nutrido bosque donde acampaban las fuerzas revolucionarias.

—¡Monk! ¡Ham! ¡Venid acá! —gritó.

Monk y Ham corrieron junto a él y por espacio de unos segundos deliberaron los tres en el interior de la cabina del piloto.

Ni Renny, ni Long Tom, ni Johnny pudieron coger al vuelo una palabra de lo que allá se decía.

Luego Monk y Ham salieron del departamento de mandos y apresuradamente se sujetaron a la espalda los paracaídas, abriendo a continuación la puerta del aeroplano. Monk cogió al cerdo y se lo puso debajo de un brazo.

—¡Allá va! —murmuró, sacando un pie fuera del trimotor.

Ham le siguió, con la mano colocada sobre el anillo de la cuerda del paracaídas.

Las tinieblas engulleron los dos cuerpos en descenso.

Renny se acercó al sillón del piloto.

—¡Hombre, Doc! ¿Qué necesidad tienen de usar ahora los paracaídas?

—Venid todos aquí —dispuso Doc, sin responder a la pregunta.

Los tres se le acercaron, rodearon el sillón.

—Para la solución del caso que nos ocupa —explicóles—, emplearemos una política distinta a la usada hasta hoy. Voy a asignaros determinado trabajo a cada uno de vosotros de modo que, de no ocuparos juntos en una misma tarea, cada uno ignorará lo que hace el otro.

—Y eso, ¿con qué objeto? —quiso saber Long Tom.

—Con el de que en caso de captura, no pueda uno de vosotros descubrir a sus compañeros.

—¡Hombre! ¿Cómo es posible que...?

—¡Espera! Yo no creo que vayáis a descubriros voluntariamente. Pero sí que os obliguen a hacerlo. Ello puede lograrse mediante el hipnotismo, la inyección de sueros a propósito, etc.

—Tienes razón —le concedió Long Tom.

—Y lo mismo podría decirse de mí —acabó Doc Savage.

—¿Quieres decir?

—Por ello os ruego que no me comuniquéis vuestro paradero sino en última caso. No quisiera tener que descubriros si me capturan.

—Así, todos vamos a trabajar por separado, ¿eh?

—Sí, mientras no me convenga que lo hagáis por parejas.

Long Tom se paró a pensar.

—¡Pues no es mala idea! —dijo, luego de haber reflexionado.

—Monk y Ham han debido tocar tierra en algún punto distante del campamento —observó Doc, tras de mirar un momento a través de los prismáticos,— pues no veo en él movimiento.

—¿Deberán indicarnos que han aterrizado felizmente?

—No, porque podría verse la luz de sus señales —repuso Doc.

Y así diciendo, obligó a volver al trimotor al punto del campamento señalado por las luces eléctricas.

CAPÍTULO XIV

LOS PLANES DEL HOMBRE DE BRONCE

DOC Savage plantó el gran aeroplano en el claro sin dificultad. El uso de los focos colocados al extremo de sus dos alas simplificó el descenso. Los frenos del tren de aterrizaje le detuvieron. Una vez en el suelo hizo virar el aparato y le situó de manera que en caso necesario, pudiera despegar sin tropezar con obstáculos en el camino. No detuvo los motores, los dejó vibrando.

Empuñando las pequeñas ametralladoras cargadas con los famosos proyectiles de gracia, los cuatro hombres salieron de la cabina.

Los revolucionarios se les aproximaron. Avanzaban en pelotones, marcando el paso con precisión militar y llevaban los rifles en bandolera sobre el pecho.

Johnny asestó sobre ellos la luz de su lámpara, aumentando con su acción el brillo de las luces eléctricas que señalaban el campo de aviación.

Los soldados rebeldes iban uniformados de color verde aceituna. En conjunto llevaban un atavío brillante que demostraba el gusto de los pueblos balkánicos por los adornos complicados. Incluso el último ranchero llevaba un flamante cinto Sam Browne. Los oficiales ceñían espada.

En la manga, a la altura del codo, cada soldado llevaba una pieza circular de tela roja. Aquellos círculos eran, evidentemente, la insignia de los revolucionarios.

—¡Es gracioso! —comentó Renny, con su voz gruesa.

—No veo nada, que inspire gracia —observó Johnny.

—¿Recuerdas que llevaban idénticas insignias los tripulantes de la gasolinera que nos apresaron en Nueva York? —le dijo Renny—.

Y tú mismo has dicho, si no me engaño, que a Muta, se le escapó un disco rojo del bolsillo.

—Es muy cierto —Johnny se puso el monóculo—. Pero no veo la relación..

—Pues al reparar en las de estos soldados me ha chocado la coincidencia.

¡Esto es todo! —concluyó su camarada.

Los pelotones hicieron alto a la voz de mando.

—«¡Cine este acolo!» (¿Quién está ahí) —preguntó un oficial.

—Doc Savage —replicó el hombre de bronce.

—El conde Cozonac les aguarda —dijo, con grave entonación, el oficial.

EL cuartel general del general en jefe, conde de Cozonac, resultó que era una tienda circular cuyo pintado exterior imitaba la copa de un «jagul», árbol indígena.

En su interior veíanse diseminadas varias mesas con sus correspondientes aparatos telefónicos, modernos archivadores de metal y numerosos mapas en los cuales habían clavado alfileres que, evidentemente, indicaban la posición de las fuerzas militares. También había una mesa de despacho.

El conde dejó el sillón que ocupaba al otro lado y se acercó a saludar a Doc y sus hombres cuando aparecieron a la entrada de la tienda.

—Sean bienvenidos —les dijo, en correcto inglés—. Mucho me place verles sanos y salvos.

Vestía un deslumbrante uniforme de paño verde y llevaba el pecho cubierto de medallas. Sobre la cadera izquierda presentaba, enfundado, un automático; de la derecha pendía un espadín con el pomo centelleante, incrustado de pedrería. La daga metida en cinto completaba su belicoso atavío.

Sobre la manga derecha, a la altura del codo, lucia el rojo distintivo circular.

—Tras de la terrorífica explosión de los cielos temí que pudiera, haberles ocurrido algo desagradable. ¿Qué fue?

—Es un misterio —dijo Doc, secamente—. Otra de esas diabólicas explosiones acaba de producirse, hace un instante, detrás de nuestro aeroplano.

—¿Quiere decir... que se le ha amenazado con esa arma

misteriosa sin ocasionarle daño?

El conde parecía aturdido.

—Eso es, sin ocasionarnos daño.

—Es extraño, ¡muy extraño! Se dice que el arma esa es infalible. ¿Cómo me explica usted que no les haya tocado?

Si Renny y sus dos camaradas esperaban oírle explicar a Doc cómo había metido las estufillas de alcohol dentro de la caja de metal que iba, a la zaga del aeroplano, se llevaron un chasco.

—Las explosiones —dijo enigmático—, ofrecen muchos misteriosos aspectos. Por ejemplo, el de hoy. ¿Cómo se ha sabido que llegábamos esta noche? Yo contaba con que el enemigo nos tuviera por muertos.

El conde se echó a reír a carcajadas.

—¡Yo no veo que haya motivo para reírse! —protestó Renny.

El semblante del conde recobró al instante la gravedad.

—Justamente me hace gracia —explicó—, que no se haya logrado quitar a ustedes de en medio. Que yo sepa es ésta la primera vez que le falla al enemigo su arma infernal.

—Yo quisiera saber cómo ha logrado enterarse de nuestra llegada —observó Renny, pensativo—. ¿Había espías en el campamento?

—No. Justamente he escogido con sumo cuidado a mis hombres —dijo el conde, añadiendo después de un instante:— Yo creo que ignoraban el arribo de ustedes a estas costas. Pero, probablemente, habrán oído sonar los motores del aeroplano y, sabiendo que no habían despegado los suyos, supusieren con razón que se trataba de un aparato revolucionario.

—Sí, es muy posible —convino, sin estar convencido del todo, Renny.

El conde les examinó uno por uno y se le agitó la panza como si en su interior acabase de dar un salto de sorpresa.

—¿Dónde están los dos hombres que faltan? —interrogó—. ¿Dónde están el abogado Ham, el químico Monk y Habeas Corpus, su favorito?

—En este momento ambos desempeñan una misión que les he confiado —repuso Doc.

—¿Cuál es, si puede saberse?

Doc Savage guardó silencio un instante. AL parecer escogía los

términos que iba a emplear para responder a la pregunta.

—Cuando se trata de la seguridad de mis hombres —dijo, al cabo,— únicamente yo debo conocer lo que hacen.

Cozonac enrojeció.

—¿Desconfía de mí?

—No por cierto. En ocasiones yo mismo ignoro su paradero.

—Pero, ¿por qué?

—Por si les captura el enemigo. No quisiera que llegada la ocasión se descubrieran unos a otros.

El conde reflexionó aquella respuesta y unos treinta segundos después dirigía a Doc una amistosa sonrisa.

—La seguridad ante todo, ¿eh?

—Justamente.

—Usted no se arriesga nunca —observó, riendo, el conde—. En fin. Yo no le haré más preguntas. Después de todo es usted el futuro rey de Calbia.

Si le intrigaba la perspectiva de serlo, Doc no dio muestras de ello.

Varios oficiales entraron en la tienda. Sus uniformes y el brillo de sus galones indicaban su alto rango.

—Es mi Estado Mayor —le explicó a Doc el conde Cozonac.

El huesudo Johnny se fijó en las mangas de sus uniformes. Todas ostentaban el rojo distintivo. El hecho le movió a hacer la pregunta siguiente:

—Digo yo: ¿qué significado tiene esa circunferencia?

El conde le contestó con su risa singular:

—Es la insignia adoptada por el partido revolucionario, el símbolo de la libertad.

Johnny se quedó pensativo.

—¿Llevan sus hombres en el bolsillo rojos discos de mármol? —preguntó.

El conde hizo un gesto de afirmación.

—Nuestros agentes secretos, sí —explicó al geólogo—. Son un distintivo.

—¡Un distintivo!

—¿Por qué lo pregunta?

—Muta llevaba encima un disco de esos —dijo sombríamente Johnny.

El conde se puso en pie de un brinco.

—¿Qué?

—Se lo he visto dos veces.

El jefe de los revolucionarios se dejó caer en el sillón. Gruesas gotas de sudor le brotaron de la frente abombada. Sacó un pañuelo de seda y, pausadamente, se la enjugó.

—¡Intradevar! ¿De veras? —murmuró—. Ese es un informe valiosísimo, ya que demuestra que los realistas han alquilado gentes que lleven el distintivo para engañarnos, probablemente.

—¿Cree usted que ése es el motivo de que Muta posea un disco rojo?

—¡Da! (¡Sí!) No hallo otra explicación.

Doc intervino para decir muy tranquilo:

—Propongo que discutamos ahora un plan de acción.

El conde se serenó al punto.

—¡Muy bien hablado! —exclamó—. ¿Tiene alguno en proyecto?

—El régimen que impera hoy en Calbia es el más parecido a una monarquía absoluta de cuantas restan todavía en Europa —manifestó Doc a los circunstantes—. El Gobierno de la nación se halla, por completo, en manos de tres personas: del rey Dal, de la princesa Gusta, y de Henri Flancul, ¿no, es así?

—¡Da! Así es —replicó uno de los oficiales del Estado Mayor—. La pérdida de estos tres individuos desmoralizaría en el acto al ejército realista.

—Desde luego.

—Bueno, pues, tenemos que apoderarnos del trío —afirmó Doc.

La sugestión impresionó hondamente a los oficiales y cambiaron una mirada.

Nacidos en un ambiente legitimista habían sido educados conforme a la idea de que el «regente o rey» era un sagrado personaje, y por ello la idea de secuestrarle les chocó con la misma intensidad que hubiera sentido un ciudadano americano si se le hubiera propuesto el secuestro del Presidente de la nación.

La proposición aturdió incluso al conde Cozonac, pero se rehizo rápidamente aunque no lo bastante para prorrumpir en una de sus famosas carcajadas. Su rostro carilleno había adoptado solemne expresión.

—La idea es digna de un hombre de bronce, Doc Savage —

confesó formalmente—. Es perfecta. Si necesita, hombres podré proporcionarle… unos doscientos. Sobre poco más o menos un número igual de eficientes ciudadanos se han alistado en las filas de la causa revolucionaria.

—En faenas de esta especie tienen más probabilidad de éxito unos cuantos hombres —respondió Doc—. En crecido número serían derrotados por la propia incapacidad, por la imposibilidad de atacar con rapidez y sin ser descubiertos.

El conde indicó con un ademán a Johnny, Renny y Long Tom.

—¿Quiere decir que se bastan los cuatro para apoderarse del rey, de la princesa y del capitán? —interrogó.

—Esa es justamente mi idea.

En la tienda reinó un silencio, interrumpido en ocasiones, por el tintineo de alguna medalla cuando se movía un oficial o por el grito gutural de alerta del centinela apostado cerca de la tienda en las tinieblas.

Bruscamente sonó el tiroteo de unos rifles a distancia. Se le unió el tableteo de las ametralladoras, luego las pesadas descargas de la artillería y los estampidos de las bombas de mano. Aun cuando venían de lejos aquellos sonidos belicosos, retumbó el suelo de la tienda bajo los pies de los circunstantes.

—Me recuerda los años pasados —observó Renny, pensativo.

Sonó el timbre de un teléfono. El obeso Cozonac se inclinó sobre la mesa, tomó el auricular y le dejó tras de haber dialogado un instante en el idioma del país.

—Se ha llevado a cabo un raid realista en nuestras posiciones —anunció a la asamblea,— pero nuestros revolucionarios han conseguido rechazarlos.

En efecto: transcurrido que hubo algún tiempo se desvaneció el rumor de la batalla.

Doc había estado aguardando sin que se expresara un cambio visible en su semblante de bronce y ahora que hubo fracasado el raid proyectado volvió a tomar la palabra.

—Volviendo a nuestro tema —dijo,— ¿se han servido, los realistas, de su arma misteriosa para atacar a ustedes?

El conde asumió la expresión más sombría que darse puede en un hombre tan obeso.

—Ciertamente —dijo en tono firme—. En tres ocasiones distintas

volaron, en mil pedazos, según la expresión típica de ustedes, tres de nuestros aeroplanos, a bordo de los cuales iban oficiales del Estado Mayor. También han saltado motocars por los aires y en una ocasión resultó demolido un tren en marcha. Toda la fuerza explosiva se concentró, justamente, en la locomotora.

—Así la que padece siempre es la máquina móvil, ¿eh? —observó Savage.

—No siempre, aun cuando, desde luego, son preferidos, por lo visto, los vehículos en marcha. Puede citarse el ejemplo de los ayudantes míos, revolucionarios, sorprendidos por el infernal artefacto en pleno bosque y en el momento en que se hallaban guisando su comida.

—¿La pérdida de esos dos hombres afectó mucho la causa revolucionaria?

El conde denegó con pausado movimiento de cabeza.

—No mucho. De momento me parece que los realistas disponen de poquísimas armas de esa índole. Sólo que va a ser terrible cuando dispongan de tiempo para elaborarlas en gran escala.

Doc Savage había ocupado una silla de tijera. De pronto se puso de pie.

—¡Es preciso que nos apoderemos de esa arma cueste lo que cueste! —exclamó—. Nuestro deber es tornarla inofensiva.

El obeso Cozonac aprobó con la actitud las nobles palabras de Savage.

—Todo está en sus manos —concedió—. Disponga lo que guste.

Doc miró a sus tres camaradas.

—Venid —dispuso—. De aquí a mañana nos resta todavía mucho que hacer.

CAPÍTULO XV

EL «AS» CHINO

EL alba vió salir un sol frío, rojizo, tras de la mampara de nubes. Había comenzado a llover unas horas antes de romper el día. Era una llovizna sutil, poco más que una niebla, pero producía infinita molestia.

Renny se había metido en una de las tiendas disimuladas pare dormir un poco. La futura perspectiva de una aventura emocionante no le quitaba el sueño, aunque sí tuvo una pesadilla en la cual, convertido en un émulo de Gargantúa, se paseaba por un país fantástico poblado de reyes, princesas, y capitanes Flancul. En el saco que llevaba a la espalda los introducía sin cesar y sin que parecieran agotarse por ello.

Las manos de bronce de Savage le sacudieron, despertándole.

—¡Por el toro sagrado! —gruñó Renny, frotándose los ojos con unas manos casi tan grandes como la cabeza—. ¡Vaya sueño endiablado!

Aplicó el oído para escuchar los estampidos atronadores de la lejana artillería y observó:

—¿Sabes que esos cañones van a matar a mucha gente?

—Los reduciremos al silencio tan pronto nos sea, posible —le prometió el hombre de bronce—. Vamos, Renny. He estado trabajando toda la noche y ahora lo tengo todo dispuesto.

—Así, ¿no has dormido?

—No. Dormiré más tarde.

—¿Dónde están Johnny y Long Tom?

—Partieron ya con objeto de desempeñar su misión.

—¿Eh? ¿Puede saberse en qué consiste?

—Recuerda que ninguno de vosotros debe conocer lo que hacen

sus camaradas.

—¡Cierto, cierto! Se me había olvidado. —Renny palpó con la mano en torno y, como no encontrase su ropa, exclamó:— ¡Eh! ¿Qué ha sido del traje que llevaba puesto? ¿Dónde están mis zapatos?

—Yo los he cogido. Toma, envuélvete en esta manta —le dijo Doc.

El ingeniero obedeció. Siguió a Doc fuera de la tienda y cruzó en pos de él el campamento en dirección del claro. En uno de sus extremos, bajo el lienzo pintado de verde con que Doc le había puesto a cubierto de la lluvia, se hallaba el anfibio trimotor.

Renny le dirigió una ojeada.

—¡Por el toro sagrado! —exclamó.

El aeroplano estaba pintado de nuevo, en un matiz purpúreo especial; mas esto no era todo. Arrollado en torno del fuselaje vio un lampante dragón chino, de todos los colores del arco iris. Sobre sus alas, en el casco y cola del trimotor campeaban numerosas letras del alfabeto chino A cada lado del casco se había —pintado con grandes caracteres:

«CHAMP DUGAN» «EL TERROR PURPÚREO»

Renny se ciñó la manta empapada de agua.

—Oye: ¿Qué quiere decir eso? ¿Quién es ese Champ Dugan?

—Tú —le contestó Doc Savage.

—¿Eh?

El hombre de bronce extrajo entonces un puñado de pliegos amarillos de papel, de cablegramas cursados por él o recibidos por él y se los entregó a Renny.

—Toma. Entérate de su contenido y te darás idea de lo que se trata —le dijo.

Renny examinó los papeles. Eran despachos cursados por Doc mediante la potente estación de radio instalada, en el despacho del rascacielos neoyorquino antes de su embarque en el «Seaward». Muchos de ellos iban dirigidos a sus agentes de la China, India, Persia y Turquía.

Sus nombres eran casi todos desconocidos a Renny, mas sabía que estaban todos en deuda con el hombre de bronce y que harían cualquier cosa para demostrar su agradecimiento. Apresuradamente leyó los despachos, uno tras otro.

—Como ves, te he allanado el camino y no tienes más que seguirlo —díjole Doc una vez que se concluyó la lectura—. Cierto caballero, hijo del Celeste Imperio, alimenta la creencia de que ha contraído conmigo una deuda de gratitud y por ello se ha prestado, gustoso, a cablegrafiarle al rey de Calbia.

»En el mensaje que le ha enviado mi amigo desde China se menciona a un tal Champ Dugan, ex famoso campeón de aviación, antiguo combatiente, de fama mundial, cuyos informes acompañan al despacho cablegráfico. Como habrás reparado durante la lectura de las copias, han sido dados los informes por personas que cooperan, satisfechas a la farsa ideada por mí, cuyo resultado ha sido que el monarca haya alquilado los servicios del imaginario Champ Dugan.

—¡Diantre! ¿Y pensaste todo eso en Nueva York? —exclamó Monk, admirado.

—Champ Dugan se halla, en estos momentos, camino de Calbia, según se cree —siguió diciendo el hombre de bronce—. Y, hoy mismo, llegará a San Blazúa… si no mienten los telegramas firmados que ha enviado desde la India, Persia y Turquía.

Rara vez se permitía Renny el lujo de sonreír. Sin embargo, en aquella ocasión, una franca sonrisa iluminó su rostro grave y sombrío.

—Esa es la verdadera razón de que enviaras a Long Tom a Inglaterra para adquirir el aeroplano, ¿eh? —inquirió.

—Justamente. Champ Dugan va a asumir un alto cargo, cooperará en el mando de las fuerzas realistas del aire. Es notoria la buena opinión que el rey tiene de un mercenario yanqui. Repara en el sueldo que te asigna.

Renny consultó los telegramas.

—¡Mil dólares semanales! Pues no está mal —confesó.

—Tu carrera de ingeniero te proporciona, a diario, iguales emolumentos —recordóle en tono seco Savage—. Bueno, en calidad de Champ Dugan, vas a formar parte del cuerpo de aviación y podrás frecuentar el trato de la princesa Gusta y del rey Dal.

—¿Cuál es el plan? ¿Debo intentar el secuestro de ambos?

—Mucho más que eso. Deseo que averigües, si te es posible, lo que motiva las explosiones misteriosas.

—¡Ya! Desde luego, es lo principal.

—Bueno, en cuanto te indique cómo deberá conducirse Champ Dugan, podrás ponerte en camino. Pero antes ven, que voy a disfrazarte.

Tres horas después, el grotesco aparato chino surgía de entre las nubes aglomeradas a Levante y descendía sobre la capital de Calbia. Como era chino, era muy natural que llegara por el Este.

Poquísimas personas transitaban, en el momento de su aparición, por las estrechas calles de San Blazúa a causa de la llovizna que seguía cayendo sin interrupción. Pelotones diseminados de soldados las atravesaban de cuando en cuando. Por ellas circulaba un número reducido de automóviles. En mayor número se veían carros de mulas guiados por campesinos carreteros.

Como enjambre de avispas fuera del nido sacó a los samblazuístas de sus casas el zumbido del motor del aeroplano y todos levantaron a una los ojos para mirar al espacio. No eran extraños, evidentemente, a las incursiones aéreas y temían que el singular aparato fuera enemigo.

Penachos de humo que inesperadamente surgieron de las chimeneas de las fábricas y de locomotoras, dijeron a Renny que se daba la voz de alarma en la ciudad. Como había quitado de los tubos de escape los notables silenciadores de Doc Savage, el motor de su aparato hacía mucho ruido ahogando el silbido de las sirenas que sonaban a sus pies.

Una escuadrilla de aeroplanos de caza surgió del aeropuerto de San Blazúa y se elevó en el espacio. La flotilla se componía de nueve aparatos dispuestos en triángulos de a tres.

Renny la examinó de una ojeada. La persona poco entendida en la materia hubiera dicho, al verlos, que los pilotos calbianos eran todos ases de la aviación, mas el experimentado Renny opinaba de otro modo.

—¡Hum! ¡Pipiolillos! —murmuró, satisfecho de su examen.

Sus conocimientos excedían al de la carrera que había cursado, en la cual figuraba como uno de los mejores alumnos conocidos, pues además, poseía otros notables. Entre ellos iban incluidos muchas horas de vuelo bajo la eficiente tutela del hombre de bronce. Doc poseía una cualidad innata, que es propia, de los grandes maestros: la de dotar con una parte de su destreza, poco

común a las personas que instruía.

Pocos aviadores eran tan competentes como Renny y en aquella ocasión dio buena prueba de ello.

Los nueve aviones de caza se habían esparcido en sentido horizontal y avanzaban bajo la llovizna Los pilotos se contorsionaban los cuellos en sus cabinas con objeto de estudiar el fantástico aparato extranjero.

Renny voló como una saeta a su encuentro. Probablemente, a guisa de advertencia, dos de los aviones de caza dispararon las ametralladoras. Sus proyectiles pasaron por encima de la cabeza de Renny; le anduvieron muy cerca, realmente. Luego prosiguieron, arrogantes, el avance.

Renny les dejó llegar sin alarmarles y, en cuanto les tuvo cerca, con el pie pisó rápidamente el pedal del timón y movió los mandos. Objeto de la maniobra era uno de los aviones de caza, el que acababa de servirse de la ametralladora. El gran anfibio saltó, en realidad, sobre dicho avión.

El rostro empapado de aguas de su piloto, se tornó blanca al darse cuenta de que se le venia encima el aparato contrario. Se aturdió más, en realidad, de lo que Renny había supuesto y por ello se vió obligado a mover otra vez los mandos para evitar una colisión.

Enjugándose el sudor de la frente, el piloto del avión de caza se apartó del camino. Estaba asustado de verdad.

Renny se elevó con el trimotor sobre la escuadrilla calbiana y se le colocó a la zaga.

Los aviadores calbianos trataron de esquivar su acometida dejándole paso franco. AL fin y al cabo no estaban seguros de que fuera un enemigo. Pero la cosa era imposible. Sus aparatos eran mucho más pequeños, más veloces que el pesado anfibio de Renny.

Sin embargo, la habilidad y conocimientos acrobáticos del ingeniero eran tales que consiguió eclipsar a los pilotos calbianos hasta el punto de que parecieron «amateurs» en materia de aviación.

Ora arrojándose valientemente sobre ellos, ora manteniéndose a una prudente distancia de sus defensas, les persiguió con destreza sin igual por entre las nubes.

Luego, inició una zambullida. Los cabellos comenzaron a

erizarse sobre las cabezas de los habitantes de San Blazúa. Una corriente de agua atravesaba, ondulando, la ciudad. Era un largo río, que llevaba el nombre de «Carlos», en memoria del primer rey de Galbin, fundador de la actual dinastía calbiana.

Dos puentes se habían tendido sobre él, en un punto determinado de su curso, y, cerca de ellos, se alzaba el castillo que servía de morada al rey Dal.

Renny pasó en su vuelo por debajo del arco de ambos puentes y empujó hasta el interior del castillo con su aparato a un escuadrón de uniformados realistas. Luego voló en torno del edificio arrancándole parte del enyesado con una de las alas del trimotor.

Los centinelas trataron de hacer fuego sobre su persona. Él hizo bajar el tren de aterrizaje, cayó en rápido descenso sobre los centinelas y les obligó a emprender corta carrera en busca de un refugio.

La bandera de Calbia y el pendón de la casa real flotaban de un asta, sobre la puerta del castillo. Renny hizo un bello cálculo y voló tan cerca del asta que se llevó las dos banderas enganchadas en el chasis de aterrizaje. A continuación comenzó a hacer «loopins» y a dar volteretas picando en espiral por encima de palacio.

Luego desenganchó las banderas de las ruedas, hizo subir el tren y amaró en el río junto a las paredes del castillo.

El Renny que salió del aeroplano chino apenas tenía semejanza con el caballero del grave semblante que tan bien conocían los ingenieros neoyorquinos. Le habían teñido el cabello de rojo y tenía la cara llena de pecas. Pero, en conjunto, lo que más sorprendente parecía era la humorística, franca sonrisa, que ahora reemplazaba a su melancólica expresión.

Su atavío se componía de una túnica china, cuyas mangas perdidas ocultaban, con sorprendente eficacia los enormes puños. Llevaba amplios calzones a la turca y altas botas rusas.

Habíase disfrazado así con ayuda de Doc, para desempeñar el papel de «Champ» (el campeón) Dugan, el osado yanqui que habitaba en la China. Y por ello llegaba a San Blazúa al estilo de un «as» de la aviación.

En los tiempos medievales, las aguas del río habíanse vertido en un foso que rodeaba el castillo. Una avenida servía ahora de paseo en torno del foso.

Renny ascendió por la ribera y atravesó a grandes zancadas, dicha avenida en dirección de la explanada.

Un pelotón de guardias, tocados con altos gorros de piel, se lanzaron a obstruirle el paso desde dos lados opuestos de la avenida. Sus uniformes eran de lo más vistosos y Renny dedujo que debían formar parte de la guardia del palacio.

Representando hasta el fin su papel, acogió a los guardias con una sonrisa.

—¡Hola, soldados! —les gritó.

—Queda detenido —le dijeron en idioma calbiano.

—¿Sí? —dijo en son de burla Renny—. ¡Como me toquéis el pelo de la ropa os haré trizas esos bellos uniformes!

El oficial de guardia avanzó un paso y pretendió asirle por ambos brazos como para sujetarle.

Simultáneamente le asestaron un puñetazo en la barbilla y cayó de espaldas, abierto de brazos y piernas.

—Lo mismo que antes a las fuerzas del aire, estoy dispuesto a zurrar ahora a la guardia real —declaró en tono jactancioso Renny —. ¡Mostrencos! ¡Poco entendéis vosotros de pelear!

La llegada de un cortejo interrumpió lo que amenazaba convertirse en una batalla campal.

—¿Es usted Champ Dugan, el aviador recién llegado de China? —interrogó el mensajero a Renny.

—¡Ah! Se me conoce ya en Calbia, ¿eh? —A Renny se le iluminó el semblante.

—El rey Dal le concederá audiencia, al instante —le notificó el mensajero.

—¿Audiencia? ¡Ah, ya entiendo! Desea hablar conmigo, ¿eh? Está bien, vamos.

CAPÍTULO XVI

EL DESCONOCIDO

EL rey Dal presentaba una inmaculada masa rizosa de cabellos. Tenía azules las pupilas, vigorosa la mandíbula, la boca dura, la masculina perfección de sus rasgos explicaba la belleza de la princesa.

El monarca calbiano poseía unos hombros muy anchos y un talle muy esbelto y aun cuando rayaba en la cincuentena, nadie lo hubiera dicho.

Todavía era joven física y moralmente.

Vestía sencillamente de uniforme, y por cierto que le sentaba muy bien. No llevaba medallas en el pecho ni galones de oro en la manga, así como tampoco pistolas ni sable al cinto.

—Deme un avión de caza y verá qué pronto hago huir a las fuerzas del aire —le dijo Renny con arrogancia—. Carecen de entusiasmo.

El soberano sacó una pitillera de oro y le ofreció un cigarrillo. Todos los de la pitillera llevaban sus iniciales, observó Renny.

—¿Fuma, campeón Dugan?

Renny meneó la cabeza denegando.

—La lucha y la jactancia son mis dos únicos vicios —declaró.

Con gran sorpresa de su parte, descubrió que simpatizaba con el rey.

Dal Le Galbin aguardó a que un caballerete muy simpático se le acercara, ligero, y le encendiera el cigarrillo.

—Me parece algo original, Champ Dugan, ¿Qué defectos les encuentra a mis aviadores?

—Le diré a Vuestra Majestad. De los ejemplos que he visto, deduzco que no son acometedores. Se diría que tienen vergüenza de

combatir. Lo que Vuestra Majestad necesita es un cuerpo de aviadores mercenarios, hábiles y esforzados.

—Desde luego, hasta ahora no han logrado batir a los rebeldes —El rey le dio varias chupadas lentas a su cigarrillo.

—¿Quién los manda? —preguntó Renny.

—Uno de mis consejeros, el capitán Henri Flancul, es Ministro del Aire. Voy a rogarle que venga.

Renny hubiera pospuesto, de buena gana, la futura entrevista con el capitán Flancul, Era muy posible que Flancul le hubiera visto, ya en Nueva, York, ya a bordo del «Seaward», y podía reconocerle. Pero un encuentro de ambos era inevitable y lo mismo le daba, después de todo, que se efectuase ahora como más adelante.

El capitán llegó resplandeciente con su vistoso uniforme.

Y también entró la princesa Gusta en la sala de audiencias. Traía un sencillo vestido de corte militar y era, reflexionó el ingeniero, una de las bellezas más seductoras que le había sido dado contemplar.

El soberano procedió a su presentación.

—Este es el campeón Dugan, aviador americano, a quien confío la vigilancia de las fuerzas aéreas —dijo.

El capitán enrojeció.

—¿Qué significa esto? —interrogó—. ¿No soy yo quien las gobierna?

—No te destituyo, capitán —El monarca se apresuró a tranquilizarle—. Champ Dugan va a ser solamente un consejero. Pero te aconsejo que le prestes atención.

Renny clavó una mirada penetrante en el capitán y en la princesa. Ni uno ni otra parecían sospechar de él. El disfraz ideado por Doc era pues eficaz.

Durante el resto del día se condujo de modo calculado para atraerse el favor real.

Ni la persona más recelosa hubiera descubierto en sus actos al presunto secuestrador de Dal Le Galbin y posiblemente también del consejero y de la hija del monarca.

Renny se mantuvo sobre aviso, pues deseaba que se le presentara ocasión de pillar al vuelo cualquier palabra o frase relativa al invento del arma misteriosa que producía las

explosiones. E incluso sondeó a los oficiales de la Guardia Real. Evidentemente, ellos no sabían nada de aquel asunto lo cual sorprendió un poco al ingeniero.

Aquella tarde asumió el mando de un avión de caza y partió a la cabeza de una escuadrilla, internándose con ella en territorio enemigo.

—Si tropezamos con cualquier, aeroplano de los rebeldes, quédense a la expectativa, novatos —dijo a los pilotos realistas sin pararse a mirar su número—. Quiero demostrarles quién soy y que sé combatir sin ayuda ajena.

Se encontraron con los aeroplanos rebeldes, que eran once: dos de ellos eran de combate; el resto eran de caza. Solo, surgió Renny de las nubes y les hizo frente.

Por espacio de varios minutos y como hojas dispersas por el viento, voltearon los doce aparatos en el lluvioso espacio. Las hiladas plomizas de los proyectiles le surcaban, aquí o allá, como los hilos del finísimo tejido de una tela de araña. Los pilotos realistas circulaban por encima en obediencia a la orden, dada por Renny, que les prohibía mezclarse a aquella «riña de gallos». El pecoso yanqui fanfarrón les había prometido una exhibición de destreza y cumplió su palabra. Los aviadores vieron descender, caer en barrena, a cuatro aparatos enemigos, incendiados.

Claramente no se dieron cuenta de lo sucedido debido a la niebla reinante que se extendía como un velo a ras de tierra. Su existencia allí, fue realmente, una afortunada casualidad. De otro modo, alguno de ellos habría podido descubrir que ninguno de los aparatos enemigos se estrellaba contra el suelo y que el humo no salía de sus motores en realidad, sino de unas bombas de humo que llevaban ocultas junto al sillín del piloto.

Los aviadores revolucionarios cooperaban con Renny a fin de cimentar su fama en lo venidero.

Renny tornó a San Blazúa con su escuadrilla después de haber derrotado solo, en apariencia, a las rebeldes fuerzas del aire y en pocos minutos deshizo más planes del enemigo que desde la rotura de las hostilidades los aviadores del rey Dal.

La reciente proeza le transformó en un héroe y el rey en persona quiso felicitarle.

También la princesa Gusta, se le mostró muy amable,

escuchando con interés halagador los relatos espeluznantes que quiso hacerle Champ Dugan de sus proezas en China y en otras partes del mundo.

Más tarde, la princesa se ofreció a llevarle en coche a dar una vuelta por la ciudad con objeto de mostrarle sus calles y monumentos dignos de interés.

Renny no fingía cuando acogió tales favores con una franca sonrisa, Hacía excelentes progresos y sólo era cuestión de tiempo el que se le ofreciera la ocasión oportuna de llevar a cabo el rapto proyectado.

Además, no cabía soñar con una «cicerone» más hechicera y deseable que la hija del rey.

Durante el paseo, vino un incidente a nublar sin embargo la satisfacción que le embargaba.

La «limousine» real que ambos utilizaban tenía una carrocería esbelta y alargada pintada de negro. Su única nota de color la constituía el blasón de Calbia que ornaba ambas portezuelas.

El chófer que le guiaba era un plácido individuo de vocabulario limitado: —Sí, Alteza. No, Alteza— fueron las dos solas frases que le oyó pronunciar Renny durante el trayecto.

Como la princesa no había prestado oídos a una sugerencia de su padre, no llevaba escolta.

En el curso del paseo en el coche visitaron la antigua casa de piedra —convertida en museo por entonces.— donde naciera el primer Le Galbin varios siglos atrás. Renny supo de labios de la princesa que este primer monarca de Calbia había nacido de un campesino y se había alzado hasta el trono con su inteligencia y la fuerza de su trabajo.

Si se exceptúa el plácido chófer instalado en el interior de la «limousine», la calle estaba desierta cuando salieron del viejo edificio de piedra. Renny sostuvo un debate consigo mismo. ¿Seria aquél el momento oportuno de raptar a la princesa?

Un mendigo astroso dobló la esquina renqueando. Arrastraba la pierna izquierda y llevaba muletas. Cuando estuvo frente a ellos se quitó de los enmarañados cabellos un sombrero grasiento y arrugado y se lo presentó, en espera sin duda de una limosna.

Renny se sintió generoso y hundió ambas manos en los bolsillos del voluminoso pantalón. Intentaba pescar una moneda.

Con asombrosa rapidez levantó el mendigo una muleta y la abatió sobre la cabeza de Renny.

Aturdido, el ingeniero cayó de rodillas.

—«¡Grabitiva!» (¡Daos prisa!) —chilló su asaltante—. Ayudadme a cogerles.

Vecinas puertas se abrieron con violencia. Hombres astrosos surgieron por ellas, y se lanzaron al ataque. Arrollaron a Renny y se apoderaron de la princesa.

El chófer trató de escapar, pero le derribaron en tierra de un puñetazo y perdió el conocimiento.

La princesa pudo gritar una sola vez. Mas el grito no era muy fuerte y pasó desapercibido.

—¡Vivan les revolucionarios! —chilló una voz.

Renny, semidesvanecido, se agitaba bajo los cuerpos que le oprimían y expresaba gruñendo su disgusto. Aquellos hombres debían formar parte de una banda anónima de simpatizantes de la causa revolucionaria.

Bajo la impresión de que realizaban una gran cosa, iban a echar por tierra los bien elaborados planes de Doc.

Lo mismo él que la princesa fueron levantados a la fuerza del suelo, y empujados en dirección de la «limousine».

—¡Aguardad! —gritó el mendigo de las muletas—. Matemos aquí a los tiranos, si os parece.

—«¡Da!» —dijo, otro; y sacó un cuchillo.

Vino a trastornar el plan homicida la persona de un individuo voluminoso que acababa de doblar la esquina más próxima.

—«¡Plecati!» (¡Largo de ahí!) —gruñó con acento salvaje.

Renny le dirigió una ojeada y decidió en su interior que jamás había visto sujeto tan horroroso. ¡Era feísimo de veras! Alto, alto, con un corpachón enorme, tez oscura, casi negra, y cabellos de color de la mora, que llevaba caídos sobre la frente hasta los ojos, a la usanza de los montañeses de Calbia.

Vestía harapienta blusa, hecha jirones y calzones cortos ceñidos. Iba descalzo.

El desconocido gigantón cayó, como un bólido, en el lugar de la batalla, y sus puños abatieron a dos hombres. Saltando como ave enjaulada le dio un puntapié en el pecho a un tercer individuo, el cual cayó desplomado.

—<¡Plecati!> (¡Fuera!) —tornó a gritar el desconocido.

Un fanático blandió el cuchillo y se arrojó sobre él, pero erró el blanco y los puños llenos de cicatrices del gigantón le hicieron morder el polvo de la calle.

—¡Largo de ahí! —repetía el gigante con vehemencia infantil. Parecía imbécil.

La banda que se había apoderado de Renny y de la princesa comenzó a mostrar un deseo vehemente de obedecer. El atezado gigante era excelente luchador. Iba de uno a otro lado agitando los brazos y, en ocasiones arrancaba un arma de las manos del revolucionario fanático que pretendía usarla.

Que aquel monstruo no era extraño a los combates, lo indicaban las cicatrices que atravesaban en número crecido las abultadas facciones de su semblante y la nariz achatada, rota, al parecer, en distintas ocasiones.

Renny, que se había ido despejando, se levantó y asoció a la pelea. No era despreciable en calidad de luchador, pero el individuo del cabello echado sobre la frente le superaba en mucho. Era un prodigio, combatiendo.

Al cabo huyeron los presuntos asesinos.

Renny se enjugó el sudor que le nublaba la vista y miró al atezado gigantón.

Éste, en cambio, hizo caso omiso. Se dejó caer de rodillas delante de la princesa y humilló la frente hasta tocar con ella las húmedas piedras de la calle. Así, en tan humilde postura, permaneció un buen rato sin decir nada.

—¿Cómo te llamas? —preguntó al monstruo arrodillado la princesa Gusta.

—Bozetul —fue la respuesta.

El hombre tenía una voz gruesa, más gruesa y retumbante que la del propio Renny.

—¿Y quién eres tú Bozetul? —tornó a preguntar la princesa.

—Un montañés, Alteza. Yo oír hablar de revolución y venir a incorporarme al ejército de Dal Le Galbin. Yo avanzar por esta calle y presenciar pelea.

El gigante se expresaba en el dialecto de los montañeses de Calbia y parecía poseer un vocabulario limitado.

—Levántate, —le ordenó la princesa.

Bozetul obedeció, pero se mantuvo con la cabeza inclinada. Era tan grande que Renny se sintió pequeño a su lado.

—Así ¿te propones servir al rey, Bozetul?

—Sí, Alteza.

La princesa reflexionó un instante, luego se sonrió levemente.

—¿Te agradaría ser mi guardia, de corps, Bozetul? —interrogó.

Bozetul tornó prontamente a doblar la rodilla en tierra y a humillar la cabeza. No lo declaró, mas era evidente que la idea de ser guardia de corps de tan bella princesa le parecía de perlas.

Renny ahogó un gemido. Contemplaba un futuro desastroso en unión de aquel estúpido Bozetul. Renny era muy sagaz y estaba seguro de que el gigante podía, valiéndose de sus manos, propinarle una paliza a dos ingenieros de su talla.

Durante el resto de aquel día y del siguiente, se acentuó más y más la antipatía que le inspiraba Bozetul. Por su parte, el gigante había adquirido el hábito de lanzarle miradas ceñudas y de expectorar de la manera más soez cada vez que Renny se excedía en su papel de Champ Dugan, alardeando de su pericia en el aire y en la tierra en calidad de combatiente.

Renny se procuró una pesada llave inglesa, que halló en un mono de mecánico del aeropuerto y la ocultó entre los pliegues de la amplia túnica China. Si se le ofrecía ocasión estaba resuelto a asegurarse de los efectos ocasionados por la llave en el duro cráneo de Bozetul.

Llevaba ya despachados varios cablegramas que iban dirigidos a profesionales combatientes de las distintas partes del mundo y en nombre del gobierno calbiano se les ofrecía en ellos, una excelente soldada a cambio de sus futuros servicios. Doc Savage le había ofrecido una lista de los tales mercenarios y la llamada que ahora les dirigía formaba parte del papel que estaba representando. Los mercenarios no perderían nada con ello, ya que se les pagaría en cuanto se hubiera dado fin a la revolución.

Al propio tiempo, continuaba buscando subrepticiamente un rastro del arma espeluznante inventada por el Barón Mandl, sin descubrir absolutamente nada.

En la tercera noche de su permanencia en la ciudad de San Blazúa, decidió aprovechar la oportunidad que vislumbraba de capturar al rey Dal y posiblemente también a la princesa Gusta y al

capitán Henri Flancul. Una vez capturados, se verían obligados a revelar el secreto del invento del barón.

Era costumbre del rey, según tenía observado, encerrarse en un ala del castillo durante una parte de la noche con objeto de escuchar y leer informes, firmar documentos oficiales y hacer planes. Con excepción de la presencia real, el ala estaba generalmente vacía.

Además, había reparado que pasaban sin ser detenidos por las puertas del castillo las motocicletas y coches reales. Si lograba apoderarse del rey, y de los otros dos personajes de la Corte, ligarles y amordazarles, les colocaría en el interior de un coche y dejaría el palacio sin ser molestado. Valía la pena de probarlo.

Así, sobre la media noche, Renny se dirigió recatadamente al ala en cuestión. Ocultos en los pliegues de la ropa llevaba varias granadas de gas anestésico, diversas bombas llenas de humo y algunas cajas llenas de tachuelas. Esparciría el contenido de estas últimas a la retaguardia del coche en el caso de ser perseguido.

¡Oh, qué animado estaba! Había visto bastante de palacio y conocía bien lo que era el Gobierno de Calbia para sentirse seguro de que todo se derrumbaría en cuanto se llevase al rey Dal, a la princesa Gusta y a Henry Flancul. Estos tres personajes ejercían una dictadura sobre los asuntos civiles y militares de la nación y ningún otro inferior a ellos en categoría solía dar órdenes de relativa importancia.

O mucho se engañaba o había pocos de su talento y, desde luego, ninguno hubiera sido capaz de empuñar, sin previa preparación, el timón del Gobierno.

La captura del trío pondría también el secreto del Barón Mandl en manos de Doc. Renny estaba seguro de esto. Y Doc les obligaría a hablar.

Sin dificultad llegó a la cámara del rey. Los goznes de su puerta no chirriaron cuando atravesó el umbral porque les había engrasado aquella misma tarde sin que le vieran.

El atezado Botezul llevaba sin aparecer delante de él unas o dos horas. Era muy posible que se hubiera situado a hacer guardia delante de la puerta de la habitación de Gusta.

Razonando de esta suerte, avanzó, ligero. Un leve sonido —quizá el ruido de sus pies sobre el parquet— advirtió al rey de su

presencia y se volvió a mirar a sus espaldas.

—¡Silencio o le pesará! —gruñó Renny.

—¿Qué...?

Sin concluir la sorprendida interrogación, el rey Dal inició un directo. Era hombre vigoroso, pero Renny, dotado de una fuerza mucho mayor, esquivó fácilmente el puñetazo y antes de que hubiera podido el rey exhalar un grito, le descargaba el puño descomunal en la barbilla.

El rey Dal se vino al suelo.

«Ahora, pronto sabremos el secreto del Barón», se dijo Renny.

Sacando las cuerdas y una mordaza que traía encima, ató bien al monarca y le incapacitó de manera que no pudiera lanzar ni un grito. Como le quedara un trozo de cuerda, se la guardó en el bolsillo. Cargado con el soberano, se dirigió a la puerta. No creyendo que hubiera nadie en el ala aquella del palacio, salió atrevidamente de la cámara. Y con ello cometió un error.

Botezul, el atezado gigante, le acechaba al otro lado de la puerta. Al salir Renny cayó sobre él y sus largos brazos le ciñeron por el talle.

Esa lucha fue breve, la más breve entablada por Renny hasta aquel instante.

El ingeniero de los grandes puños se sentía indefenso. Le tiraron al suelo; del bolsillo le extrajeron el trozo de cuerda y le ataron con ella. AL propia tiempo le amordazaron con una manga que le arrancaron de la túnica.

CAPÍTULO XVII

BAJO LA CUSTODIA DE BOTEZUL

EL pesado gigante desató sin proferir una palabra al rey Dal, que ya había recobrado el conocimiento. Luego se postró de hinojos y se bajó hasta tocar con la frente en el suelo.

—Yo sospechar de este hombre, Majestad —dijo.— Yo vigilarle.

El rey se inclinó, vacilando todavía, le asió por un brazo y le obligó levantarse.

—Tu acción será generosamente recompensada, buen hombre — le dijo, con grave acento.— Yo no sospechaba de este sujeto.

—El no ser bueno —murmuró Botezul.

—Así parece, ¿Quieres llamar a mi hija y al capitán Flancul?

Botezul desapareció para reaparecer al poco rato trotando, como perro fiel, tras de la excitada princesa y del capitán.

En pocas palabras explicó el rey a los dos lo ocurrido; afirmando, al concluir:

—Es evidente que ese aviador yanqui ha intentado apoderarse de mí.

Botezul avanzó inesperadamente dos pasos, diciendo con su voz atronadora:

—¡Mire Vuestra Majestad!

Frotó con el dedo las pecas que manchaban el rostro de Renny y aquéllas comenzaron a borrarse. Luego valiéndose de un pañuelo, le restregó el cabello. El color que tiñó el blanco lienzo indicaba que aquel cabello estaba teñido.

—Vean —dijo Botezul—. Este hombre llevar pintura.

El capitán lanzó un grito, se colocó rápidamente junto a Renny, acabó de quitarle las pecas y le tocó el cabello; manoseándole el rostro le obligó a adoptar la melancólica expresión que le era

peculiar.

—¡Yo conozco a este hombre! —exclamó a continuación—. ¡Es uno de los cinco ayudantes de Doc Savage! Esta declaración produjo un efecto visible en la encantadora princesa. De momento palideció, una oleada de rubor le tiñó luego la frente, entreabriéronse sus labios y balbuceó:

—¿Este hombre acompañaba a Doc Savage cuando abandonó el «Seaward» en la gasolinera?

—Precisamente —respondió el capitán.

—¿Así, Doc Savage... vive?

—Espero que no —replicó el capitán, entre dientes.

La princesa le dirigió una mirada desdeñosa.

Interrumpió la conversación el ingeniero, debatiéndose y gimiendo.

Intentaba ponerse de pie. Botezul se le acercó, le dominó con su imponente estatura, tornó a derribarle de un empujón.

—¿Este hombre pertenecer a una banda que no ser buena? —interrogó, señalando al propio tiempo a Renny.

—Eso es, Botezul —le contestó el rey Dal.

—Es miembro de un grupo compuesto por cinco individuos, camaradas y colaboradores de un americano, de un tal Doc Savage, que ayuda a los revolucionarios en contra nuestra.

Botezul tornó a empujar a Renny, pues el ingeniero pugnaba por levantarse otra vez.

—¿Por qué no le hacéis cantar? —propuso—. Quizá sepa decirnos la manera de apoderarnos de ese Doc.

—<¡Ma bueur!> (¡Excelente idea!) —aprobó Flancul—. Obligaremos a este bastardo a que nos diga si vive Doc Savage y, si es así, a que nos revele el medio de hacerle caer en un lazo.

—Yo no apruebo la idea —dijo bruscamente la princesa.

El capitán frunció el ceño.

—¿Porqué no, alteza?

—No me agrada la idea de que se torture a ese hombre. Y no hablará si no se le tortura.

—¡Se preocupa en exceso para ese perro!

—Sí, Gusta —dijo el rey Dal, mezclándose en el diálogo—. Arriesgamos demasiado para andar con escrúpulos. Ese hombre no morirá, te lo prometo, hasta que no se le haya juzgado, pero

debemos apelar a la violencia para hacerle hablar.

—¡Yo, hacerle hablar! —murmuró Botezul.

La princesa dirigió al gigante una mirada de desaprobación.

—¿Qué es eso, Gusta? —interrogó, en tono caluroso, el monarca —. ¿Es que no quieres que se capture a ese Doc Savage?

La princesa se ruborizó levemente.

—¡Vaya una pregunta! —exclamó, con viveza. Luego, indicando a Renny con el gesto, añadió:— ¿Cómo conseguiréis hacerle hablar?

El capitán se encargó de responder a la pregunta.

—La vieja ciudadela de las afueras tiene en sus calabozos, numerosos instrumentos al que apelar.

La princesa se estremeció.

—¡Oh, qué espantoso! Esos calabozos medievales son cámaras de tormento.

—Esa ciudadela, Alteza —le recordó el capitán,— fue erigida por el primer Le Galbin, soberano de Calbia. Sugiero que metamos en un coche a este hombre, que le llevemos a la ciudadela y que allí le dejemos bajo la custodia de Botezul.

—«¡Da!» —aprobó Botezul, con visible ansiedad.

Renny le miró colérico, resuelto a habérselas en ocasión oportuna con el feo gigantón, aun cuando fuera por última vez.

—Bueno. Iremos a la ciudadela —decidió al cabo el rey Dal.

—Yo os acompaño —dijo la princesa.

Se discutió la conveniencia de que lo hiciese, pero ella opuso a todas las objeciones la resistencia del rey y se salió con la suya.

Renny fue transportado al garaje, situado en los bajos del ala opuesta, allí se le ató y amordazó bien y se le instaló en el interior de un gran «sedán».

Después se bajaron las cortinillas del coche.

El capitán guiaba. Botezul se sentó en el asiento delantero, junto a él. El rey Dal y la princesa se situaron detrás, al lado de Renny.

Dos coches de turismo llenos de agentes de policía les servían de escolta.

La noche era oscura. La lluvia iniciada el día de la llegada del ingeniero a San Blazúa había continuado con intermitencias, y, a juzgar por el aspecto del cielo, volvería a llover.

Los faros del «sedán» bañaban con su luz esplendente las fachadas de las casas que se alineaban formando las calles estrechas

de la ciudad. El motor producía un ruido desusado. Tras de describir vueltas y revueltas, dejó el coche los límites de la ciudad y se internó por la accidentada carretera.

Renny permanecía tendido e inmóvil en el interior del «Sedán»; no podía hacer otra cosa. Recordaba, eso sí, que había visto la ciudadela en varias ocasiones.

Era un edificio redondo, de piedra gris, que a distancia, se confundía con un tanque o depósito de agua. Sin embargo, contaba cientos de años y él no dudaba de que encerrara en sus calabozos espantosos instrumentos de tortura.

La época medieval calbiana los había producido en cantidad, si no recordaba mal su historia.

Además, había oído decir que se confinaba en la tal ciudadela a los presos políticos y que recibían en ella un trato muy poco cariñoso.

Quizá se guardaba tras de sus muros pétreos el invento del Barón… La ocurrencia no pasaba de ser una idea más o menos acertada, pues a decir verdad, él no había visto nada en los días transcurridos que le hiciera sospechar que la casa reinante poseyera el secreto del Barón.

Por otra parte, le sorprendía el mismo monarca, cuyo carácter tenía poco de cruel. Era, sobre poco mas o menos, como el de todo el mundo.

En fin: ya se vería esto al llegar a la ciudadela; allí se demostraría el verdadero modo de ser del monarca, la índole cruel de su carácter, que era muy cierta, según había afirmado el conde Cozonac.

Renny no iba a saber, no obstante, el tratamiento que pensaban darle sus apresadores en la ciudadela, porque de súbito, se precipitaron los acontecimientos; se desarrollaron, en principio, en la parte delantera del coche. El gigante Botezul se había allí inclinado bruscamente, parando el motor y aplicando los frenos.

El capitán gritó:

—¡Eh! ¿Qué diantres…?

Los enormes puños de Botezul ahogaron en su garganta el final de la frase.

Y no sólo le redujo a silencio el puñetazo sino que además, le privó del conocimiento. Perdido el sentido, cayó al suelo.

El coche detenido de momento por los frenos, se cruzó en el camino tras de patinar un poco y se detuvo. Sus ruedas delanteras descansaban sobre la cuneta.

Botezul se volvió entonces con la rapidez del rayo; de un segundo golpe hizo añicos la ventanilla interior que separaba la parte delantera del coche de la parte posterior y lanzó un directo a la barbilla del rey.

El soberano le esquivó, ladeándose, pero recibió en la frente toda la fuerza del golpe. Aturdido, cayó sobre los almohadones del asiento.

La princesa asió el bolso que llevaba, abriólo precipitadamente y metió una mano en su interior. Botezul tiró de él y se lo arrancó.

Como reparara en que contenía un pequeño revólver, lo arrojó por la ventanilla.

Los coches de la escolta se habían detenido, en cuanto se dieron cuenta los agentes de que ocurría algo anormal delante de ellos. Después se agolparon en las portezuelas y, revólver en mano, corrieron a socorrer al soberano.

Botezul inclinó medio cuerpo fuera de la ventanilla del «Sedán». En la mano derecha empuñaba varios objetos pequeños, mas, en la oscuridad, no podía precisar exactamente su naturaleza. Alzó la mano y arrojó los objetos sobre los agentes en movimiento.

El más rezagado del grupo comenzó prontamente a desplomarse. Y una vez en el suelo, todos quedaron inmóviles, dando muestras de profundo sueño.

Botezul aguardó hasta asegurarse de que el último agente había quedado inutilizado. Sólo entonces saltó al camino, sacó a Renny del interior del coche y procedió a desatarle. También le quitó la mordaza de la boca.

—¡Maldito! —rugió el ingeniero—. Ignoro tu juego, pero te aseguro que vas a pasarlo mal en cuanto pueda propinarte una paliza.

La princesa salió al camino por la opuesta portezuela y trató de huir al amparo de la oscuridad. Botezul se adelantó a ella en dos zancadas, la cogió y tornó a traerla, perneando, junto al coche. La muchacha poseía un vigor poco común, mas eso no afectó lo más mínimo al osado gigantón.

Reteniéndola en sus brazos, Botezul miró a Renny. El resplandor

de los faros del coche le iluminaban débilmente el semblante.

Renny no miró a Botezul; contemplaba atónito a los dormidos agentes. Se recordará que durante la rotura de hostilidades se hallaba tendido en el suelo del coche y por ello no se había dado cuenta de lo ocurrido.

De súbito surgió, al parecer, de la oscuridad, sin que pudiera adivinarse el punto exacto de su nacimiento, un sonido apagado, vibrante y melodioso, pero sin armonía, que recordó la escala musical. Era un grito fantástico, sobrenatural.

—¡Doc! —exclamó Renny, asombrado.

Sabía que sólo el hombre de bronce era capaz de lanzar aquel grito y que era un pequeño acto inconsciente que realizaba en distintas ocasiones. En aquel momento el trino singular significaba, probablemente, que Doc estaba contento.

Porque Botezul, el atezado gigantón, era Doc disfrazado.

Doc, señaló a los dormidos agentes con un ademán de la morena diestra.

—Bombas de gas anestésico —explicó a Renny—. El viento sopla en dirección favorable y todavía permanecerán dormidos una hora por lo menos.

—¡Por el toro sagrado! —Renny se puso en pie—. Pero aquella riña en la calle... Me refiero a tu intervención en el secuestro de la princesa.

Fué una riña fingida. EL mendigo que te golpeó con la muleta y sus compañeros son agentes que me prestó el conde Cozonac, miembros del partido revolucionario.

La princesa, que se hallaba presa todavía en los brazos musculosos del hombre de bronce, cesó de luchar. Doc la dejó en tierra.

—¿Usted es... Doc Savage? —balbuceó.

Como respuesta, Doc se despojó de la negra peluca, cuyos ásperos pelos le habían ocultado las doradas pupilas. De cada fosa nasal se quitó una placa cóncava de metal a la cual debía el aplastamiento de la nariz, y de la boca una almohadilla de cera.

—El tinte de la piel saldrá con una materia química —explicó a la princesa.

—¡Oh! —dijo ésta—. Ahora veo que es, verdaderamente, Doc Savage.

Y prorrumpió en llanto, como en otra ocasión, a bordo del <Seaward>, cuando se le comunicó la muerte de Savage, provocada según dijeron, por la misteriosa explosión de la motora.

Renny se frotó las muñecas que Doc —Botezul— le había ligado.

—¿Por qué te has apoderado de mí? —le preguntó, con rudeza —. Yo creo que he representado bien mi papel.

—Desde luego —convino Doc—. Pero, ¿sabias que la puerta de la cámara de Flancul tenía éste apostado un grupo nutrido de guardias?

—¡Diantre! No.

—Pues lo hay. Cogiéndote me era posible apoderarme del rey, del capitán y de la princesa.

—¡Y lo has conseguido!

Doc afirmó con una inclinación de cabeza.

—Mi idea era valerme para ello de los gases anestésicos, pero el capitán me propuso esta excursión a la ciudadela y pospuse la proyectada captura hasta después de haber salido de la ciudad.

Renny suspiró.

—Bueno, ya tenemos a los tres en nuestro poder, Doc. Supongo que ahora se terminará la guerra...

—¡Hum! ¡Te veo muy optimista!...

—¿Qué quieres decir con eso?

—Johnny y Long Tom realizan, no lejos de aquí, en estos momentos, un pequeño trabajo de exploración y debo mantenerme en constante comunicación con ellos. Cuando les oigas vas a llevarte una sorpresa.

—¡Una sorpresa! ¿De qué índole?

Doc le mostró el «sedán» con un gesto. Las pintadas cicatrices de su semblante no parecían ya tan horrorosas como poco antes.

—Entremos en él con el rey Dal, el capitán y la princesa —le propuso—. Tiempo tendremos después para dar y escuchar explicaciones.

La princesa Gusta subió sumisamente al coche cuando se lo pidieron y éste arrancó, obediente a la voluntad de Doc, que empuñaba el volante, abandonando en mitad del camino a los dormidos agentes de policía.

CAPÍTULO XVIII

EL TERROR OCULTO

A Long Tom, el mago de la electricidad, le había favorecido la naturaleza con un rostro tan pálido que ponía espanto en el ánimo.. Sobre todo entrevisto en la oscuridad de la noche asumía una lividez espectral. Para atenuar hasta cierto punto aquella palidez, se la había ennegrecido frotándose el rostro con un corcho quemado y, por vía de precaución, vestía además, de negro.

Johnny, el magro arqueólogo y geólogo, el hombre de las palabras altisonantes, iba trajeado, asimismo de oscuro.

Y los dos descendían a la sazón por el camino de una montaña.

A ambos lados del camino se alineaban espesas coníferas cuyas ramas, entrelazadas, les servían de dosel. Y unida esta circunstancia al nublado espacio, tornaban la noche muy oscura.

Un perro ladró a distancia, Long Tom y Johnny hicieron alto bruscamente; Ambos sabían que el hombre que avanza en las tinieblas suele detenerse a escuchar tales sonidos, sobre todo cuando su nocturna misión es de una naturaleza siniestra.

Ambos iban siguiéndole los pasos a un sujeto determinado. Iban siguiendo la pista de Muta.

Esta tarea les había sido asignada antes de que volara Renny del campamento del conde y representara el papel del jactancioso Champ Dugan, recién llegado de la China. Las instrucciones recibidas no podían ser más simples.

—Errad por las calles, rondad las casas de la ciudad sin dejaros ver mucho —les había dicho Doc—, y recoged la mayor cantidad de informes que os sea posible. Pero no os acerquéis a las fuerzas revolucionarias ni tampoco al conde Cozonac.

—Nuestra tarea se reducirá a averiguar lo que se relacione con

el invento del Barón, ¿eh? —había interrogado Long Tom.

—Eso es. Nada más nos interesa.

En el transcurso de dos días les había parecido que no iban a averiguar nada importante. Luego, hacía de ello unas horas solamente, descubrieron a Muta.

Por lo visto, el enano había estado escondido en un punto cercano del campamento rebelde.

La casa donde se hallaba al acecho era una bella granja provista, entre otras cosas, de una red telefónica. Si Muta había o no recibido ya órdenes por teléfono y si se hallaba o no en camino para llevarlas a cabo era cosa que ignoraban Long Tom y Johnny. Pero si estaban seguros de que la misión de Muta no podía ser buena.

EL perro cesó de ladrar y delante de ellos volvió a sonar el rumor acompasado de los pasos. El enano continuaba avanzando. Los dos hombres de Doc le siguieron el rastro. —Mi hipótesis es que ese renegado que nos precede es un espía— susurró Johnny al oído de su camarada.

—Sí —convino Long Tom—. Probablemente habrá estado explorando las fuerzas revolucionarias. ¡Apoderémonos de ese engendro, camarada!

—Doc nos ha ordenado lo contrario —le recordó Johnny, con visible disgusto.

Pendiente de una correa, Long Tom llevaba a la espalda una emisora portátil. Gracias a ella, había informado a Doc —que representaba a la sazón el papel de Botezul, el moreno y calbiano montañés— del hallazgo de Muta. A su vez Doc les había dado nuevas instrucciones y, de acuerdo con ellas, seguían a Muta, anotando hasta el más pequeño movimiento hecho por el bandido.

La carretera que pisaban se iba tornando cada vez más estrecha, más quebrada y más pina. Los guijarros, diseminados en un principio bajo sus pies, se multiplicaban.

—¡Aguarda! —exclamó Long Tom, con un suspiro—. No sea que pongamos el pie en una piedra movediza y nos oiga ese tuno.

Del zurrón donde llevaba la emisora sacó un par de auriculares portátiles y otro aparato que una vez montado, se parecía muchísimo a un megáfono de los que se utilizan en las universidades con motivo de alguna alegre reunión deportiva. En realidad era un micrófono ultrasensible que, conectado al

amplificador de sonidos del receptor en el aparato de radio, así como determinados tubos y roscas suplementarias, iba a unirse a los auriculares.

Mediante este aparato Long Tom podía captar a distancia incluso los sonidos más débiles.

Por ello dejó que el enano se les adelantara unos cien metros, confiando en la sola ayuda del aparato auditivo para no perder su rastro.

—¿Qué habrá sido de Monk y de Ham? —interrogó, pensativo, a su camarada.

—Problemático —murmuró concisamente Johnny.

—No hemos vuelto a verles desde el momento en que los dos se lanzaron con los paracaídas al espacio antes del aterrizaje de nuestro aeroplano en el campamento de Cozonac. Monk se había puesto al cerdo debajo de un brazo. ¡Ah! ¡Quiera Dios que hayan llegado al suelo sanos y salvos!

—Pido lo mismo— —replicó Johnny.

—Todavía ignoramos —siguió diciendo, muy bajo, su camarada —, la misión que desempeñan por mandato de Doc. Por ello, si nos cogen los realistas no podremos decirles dónde se hallan Monk y Ham. Ha sido una feliz ocurrencia de Doc esta de mandarnos trabajar por separado.

—Oye: ¿qué hace nuestra pieza nefasta?

—¿Te refieres a Muta? Continúa avanzando.

Luego ambos guardaron silencio, ya que no es muy divertido entablar toda una conversación en voz baja. Y tampoco se atrevían a hablar más alto por temor de ser oídos.

El cielo se despejó un instante sobre las cabezas de ambos y los rayos argentados de la luna bañaron con su luz esplendente el camino que seguían.

Lo que habían tomado por una profusa capa de chinas resultó ser —entonces lo vieron— restos de un antiguo empedrado de guijarros cuya continua exposición al aire y al sol les había disgregado en el transcurso de los años, demoliendo la argamasa. En la actualidad no era muy frecuentada o por lo menos no daba señales de ello. Debía hacer largo tiempo que no transitaba por ella el tráfico rodado.

En torno de ellos se alzaba un bosque espeso, enmarañado, y en

él penetraba, dando vueltas, el antiguo camino que subía sin cesar.

Long Tom tomó a la derecha, se encaramó sobre un gran peñasco y aguzó la mirada.

—¡Psee! Silbó quedo, llamando a Johnny —. Mira allá arriba, a la cima de esa montaña que tenemos enfrente. ¡Pronto! ¡Antes de que esa nube oculte la luna!... ¿Qué ves?

Era como una dentada protuberancia del terreno, hecha, evidentemente, por la mano del hombre. Pero la distinguieron de tan confusa manera que no hubieran podido decir cómo era en realidad. Desde luego les pareció que era un edificio de piedra.

Las nubes tornaron a ocultar la luna y no les permitieron averiguar más.

—¿Será ahí adonde nos dirigimos? —se dijo reflexivamente Long Tom.

Lo había adivinado. Muta les condujo en línea recta a la cima de la montaña.

Long Tom y Johnny habían creído, de momento, que el informe edificio era un castillo en ruinas o una antigua fortaleza. No era ni una cosa ni otra, sino una gran casa de piedra rodeada de una alta cerca.

Esta, cerca había sido derribada en puntos distintos por los habitantes de la región —con objeto, sin duda, de utilizar las piedras en otras construcciones, y era por esto que parecía dentada desde la carretera.

La casa no estaba tampoco en ruinas, sino en un estado adelantado de reparación Sin duda se había derribado la cerca mucho antes, en la época en que había estado desalquilada la casa.

En su parte posterior Long Tom y Johnny percibieron, cuando la luna tornó a aparecer, una lisa extensión de terreno, lo que en el Oeste de los Estados Unidos se denomina «una mesa». Las ventanas iluminadas de varias granjas centelleaban en aquella meseta.

También había luces encendidas tras de las ventanas de la casa. AL abrirse una puerta se dibujó en la oscuridad un rectángulo luminoso y Muta, que entraba por ella a la sazón se recortó un breve instante en su centro.

—¡Así, era aquí a donde se dirigía! —exclamó Long Tom. Y se lanzó a la carrera en línea recta—. ¡Ven, Johnny! Sepamos lo que se trama.

Los dos avanzaron a buen paso, mirando con frecuencia a lo alto para asegurarse de que no asomaba de nuevo la luna por entre las nubes. Y siempre que esto sucedía se tiraban de bruces sobre la hierba, que por suerte les llegaba hasta la rodilla.

La casa de piedra tenía un alero muy ancho y a su sombra, los dos camaradas marcharon bien arrimados a la fría pared de piedra en dirección de la ventana más próxima La habitación que había al otro lado estaba vacía y por ello buscaron otra ventana. Fue entonces cuando divisaron a Muta.

El enano se hallaba sentado en un sillón y en tal posición parecía casi tan voluminoso como un ser normal, lo cual era debido a su torso gigantesco.

Otros tres hombres estaban con él en la habitación. Los tres llevaban el uniforme completo de las fuerzas revolucionarias, incluso el rojo disco de la manga derecha.

Long Tom y Johnny les observaron sin distraerse.

—Oye: ya les he visto ya —dijo Long Tom a Johnny, en voz queda:

—Los tres estaban en el campamento de los revolucionarios la noche que aterrizamos en él. ¡Fíjate! ¡Uno de ellos pertenece al Estado Mayor del conde!

—¡Son espías!

—Sin duda, ¡Vaya rabieta que se va a llevar el conde cuando sepa que es realista uno de los oficiales de su Estado Mayor! Con seguridad que se desmaya.

Los dos se dispusieron a escuchar, pues tras de los días pasados en Calbia, comprendían más o menos el idioma del país. Y para ello se acercaron con cautela a la puerta de la casa y aplicaron al ojo de la llave el micrófono ultrasensible de Long Tom. La cerradura de la puerta había sido hecha para una llave medieval y por ello era muy grande.

Muta, tenía la palabra.

—Repito que hay que averiguar cómo se las compuso Savage la otra noche para hacer que la explosión se originase a un cuarto de milla del aeroplano —decía, con su voz destemplada.

—Ya he interrogado a distintos soldados de nuestro ejército —dijo una voz en la cual Johnny reconoció al oficial del Estado Mayor—. Pero al aterrizar míster Savage no dio explicación alguna

de lo ocurrido y nadie lo sabe.

Muta soltó una sarta espantosa de juramentos y añadió:

—Tengan en cuenta que se trata de un asunto de capital importancia.

»SI Doc ha inventado la manera de defenderse de los ataques de nuestra arma, debemos saber en qué consiste ese invento.

—Una defensa eficaz en ese terreno puede afectar gravemente nuestra causa, en efecto —convino el oficial de Estado Mayor.

Long Tom acercó los labios al oído de Johnny y susurró:

—Están discutiendo la concentración que ocasiona las misteriosas explosiones, el arma misteriosa inventada por el Barón Mandl.

—Hay que deshacerse del hombre de bronce —chilló Muta—. Es peligroso.

—Será muy fácil —replicó el oficial del Estado Mayor—. Basta con que se haga saber al rey Dal que Doc Savage y con él el ingeniero de los grandes puños, se hallan en el palacio real de San Blazúa.

—Es mucha verdad —admitió Muta—. Pero a Doc se le ha engañado diciéndole que va a colaborar en nuestra obra y por ello tan sólo ha dejado los Estados Unidos. De modo que no podemos intervenir en tanto no haya terminado dicha colaboración Como nada sospecha, no será difícil asesinarle en tiempo oportuno.

—Así lo espero —murmuró su interlocutor;— pero ese Doc Savage es más listo de lo que parece.

Estas palabras dieron que pensar a Long Tom y a Johnny. Muta era la mano derecha del rey Dal. Sin embargo, sabía, que Doc estaba en San Blazúa, sabia que allí también estaba Renny... y no le iba, con el cuento al soberano.

—¡Se me nubla el entendimiento! —observó Long Tom, bromeando.

—¡Doc ha salido engañado de Nueva York! —comentó el arqueólogo, dando al olvido su modo peculiar de frasear:— ¡Pues tampoco lo entiendo!

En el interior de la casa de piedra seguía Muta hablando.

—Otra cosa me preocupa. ¿Qué se ha hecho del resto de los hombres de Savage, de Monk, el químico —orangután; del abogado Ham; del geólogo y del perito electricista?

—Han desaparecido.

—¡No me agrada esto! —gruñó Muta—. Todos esos hombres son listos, individuos dotados de una inteligencia superior. Sumados al hombre de bronce, que es, según dicen los americanos, una maravilla mental y muscular, forman una combinación peligrosa, en extremo.

—Pero Doc nada sospecha. Desconoce cuál es la verdadera situación del momento —observó el oficial del Estado Mayor.

—Por ello tenemos que considerarnos muy afortunados —dijo Muta.

Hubo una pausa breve en la conversación. Long Tom y Johnny la emplearon en imaginar cuál sería el plan que se traían aquellas gentes. Sus propias teorías caían por tierra. En lugar de venir Doc a Calbia con objeto de derribar simplemente de su trono al tirano para reemplazarle allí hasta que se hubiera pacificado el país, surgían más ramificaciones misteriosas del complot. Al parecer no dominaba Doc la situación, sino que era dominado, utilizado como arma por el nefasto enano y sus asociados.

—¡Demonio! Lo mejor será que probemos de llamar a Doc por radio y le enteremos de lo que ocurre —propuso Long Tom a su camarada.

—Aguarda —murmuró Johnny.

Tornaban a oírse las voces al otro lado de la puerta.

—¿Qué? ¿Adelanta el trabajo? —interrogó Muta.

—De una manera notable —dijo una voz que no pertenecía esta vez al oficial del Estado Mayor, sino a uno de los otros dos—. Casi cien armas tenemos ya hechas. Como sabe, aguardábamos solamente los ingredientes necesarios para la elaboración del explosivo. ¡Lástima es que hayamos utilizado toda la que nos restaba en la inútil tentativa de destruir el aeroplano de Savage!

—Pero llegaron ya esos ingredientes, ¿no?

—Anoche. Los trajeron por vía aérea.

Muta se rió de una manera desagradable.

—Y tenéis preparados unos cien, ¿eh? Ellos acabarán pronto con la revolución. Lo que siento es tener que utilizarlos ahora. Preferiría reservarlos para cuando estalle la guerra futura, una vez que nos hayamos apoderado de las riendas del mando.

Uno de los oficiales chasqueó la lengua como para expresar su

entusiasmo, y dijo:

—Si los usamos ahora, los países vecinos sabrán que poseemos un arma tan eficaz…lo cual es una ventaja, sin ningún género de duda —concluyó Muta—. Ese conocimiento operará un cambio en la manera de pensar de sus gobernantes y tal vez facilite nuestras conquistas.

Long Tom susurró al oído de Johnny:

—Lo que acabamos de oír descubre el origen de la revolución. Estas gentes tratan de apoderarse del trono de Calbia y luego, valiéndose de su arma infernal, sojuzgarán a las naciones que la limitan.

—La persona que ha tramado este complot —replicó Johnny—, debe tener un complejo napoleónico.

En la casa gruñó Muta:

—Ahora quisiera echarle un vistazo a esas armas.

Entonces se movieron ruidosamente las sillas, sonaron fuertes pisadas y luego un porrazo, la naturaleza del cual fue incomprensible de momento para Johnny y Long Tom.

Éste corrió a mirar por la ventana.

La habitación estaba vacía.

CAPÍTULO XIX

LA SORPRESA

JOHNNY se unió a Long Tom y los dos registraron la habitación con la mirada, sin descubrir ni las sombras de sus últimos ocupantes.

—¡EA, invadiremos el campo —suspiró el geólogo.

Long Tom le propuso:

—Llamemos por radio a Doc y comuniquémosle...

—¡Más tarde! —dijo Johnny que como había permanecido inactivo en el transcurso de los días pasados, ardía en deseos de entrar en acción—. ¡Yo entro!

—¡Y yo te acompaño!

Empujaron las puertas de entrada. Ésta no estaba cerrada con llave y se abrió sin dificultad. De puntillas atravesaron el hall y le dieron varias vueltas hasta descubrir la habitación que buscaban.

—El golpe que hemos oído lo ha debido producir al cerrarse una puerta secreta —susurró Long Tom.

Se postró de hinojos y dio en escudriñar el entarimado de la, habitación.

Sirviéndose de la lente de aumento del monóculo, Johnny inspeccionó las paredes de piedra. Fue él quien descubrió, al cabo, la puerta secreta.

Estaba divinamente hecha y su paño se asemejaba a la piedra de la pared.

Johnny asió sus toscos salientes, tiró de ellos y logró únicamente romperse las uñas.

Long Tom, rápidamente, acometió y hurgó en otros varios salientes, uno de los cuales resultó ser un resorte. Lo oprimió con el índice y se descorrió el paño. El hueco abierto mediría tal vez unos

dos pies de ancho por cuatro de altura.

De pie, al otro lado del paño, vieron al oficial del Estado Mayor, que iba armado de un revólver. Apenas se hubo descorrido el paño hizo fuego sobre Johnny y le tocó en un punto situado seis pulgadas por encima de la hebilla del cinto. Johnny lanzó un formidable gruñido, se dobló por la cintura lo mismo que un muñeco y cayó al suelo. Allí rodó de un lado para otro, gimiendo y perneando.

Entonces el oficial apuntó con el arma a Long Tom.

El mago de la electricidad le arrojó a la cabeza el arma que llevaba en la mano. Esto es: el megáfono. El instrumento dio de lleno en la cara del oficial y le hizo perder el equilibrio. Agitando los brazos, cayó de espaldas, rodó el tramo de empinados y estrechos escalones que partían de la puerta secreta.

Gimió una vez durante la caída y se le disparó dos veces el revólver.

De un agilísimo salto, Long Tom franqueó la distancia que le separaba del pie de la escalera y cayó de pie, junto al oficial. Pero no era necesario. El oficial se había abierto la cabeza en la caída y estaba desmayado.

Todavía doblado por la cintura, apareció Johnny en lo alto de la escalera.

Descendió, tambaleándose una mitad, se cayó al llegar a la otra mitad y, ¡cosa notable!, llegó abajo de pie.

—¡Oooh! —gimió, cruzando sobre el pecho los esqueléticos brazos—. Llevo puesta una de las cotas de Doc, pero me duele el impacto como si no la llevara.

—¡Hum! Pues no creo que tengas debajo un adarme de carne —observó Long Tom.

Se agachó y, con el propio revólver del oficial, le asestó un nuevo golpe en la cabeza para prolongar su estado de inconsciencia.

A continuación bajó por un corredor que se extendía en ángulo a su izquierda.

Johnny le siguió un poco más enderezado. Los dos recorrieron veinte pasos, al trote, doblaron una esquina e hicieron alto.

Impedía su avance una pared de ladrillo. Exteriormente parecía ciega.

—Por aquí debe haber otra puerta secreta —observó Long Tom.

Todavía despertaban un eco sus palabras cuando el suelo se

hundió bajo sus pies. Johnny dio un agilísimo salto. Trataba de sentar la planta en tierra firme.

No lo consiguió. Semejante a una hoja marchita, el suelo se doblaba hacia abajo en toda su extensión.

Después él y Long Tom cayeron en el vacío desde una altura de seis pisos, tocaron agua y se hundieron en ella. Cuando, escupiendo y chapoteando, lograron ascender a la superficie, les rodearon tinieblas impenetrables. La trampa del pasillo había vuelto, evidentemente, a cerrarse.

Poco después oyeron un ¡glú, glú! particular, como si cerca, de ellos se despeñara una catarata. Y al propio tiempo sintieron en sus cuerpos la corriente.

—¡Se está inundando este agujero! —aulló Long Tom—. ¡Buena la hemos hecho, camarada!

—Ven. Trataremos de alcanzar un extremo —le propuso Johnny.

Y nadaron, anhelantes.

—¿Tienes una granada? —le interrogó Long Tom.

—Sí. Quizá logremos, con ella, hacer saltar el techo de este pozo —replicó, esperanzado, el geólogo.

Ganado que hubieron uno de sus extremos se pegaron a la pared (el pozo se llenaba, rápidamente), y la escalaron asiéndose a sus ásperos salientes de piedra. Se decían que la conmoción iba a ser menos violenta en el aire cuando estallara la granada y por ello procuraban elevarse sobre la superficie del agua. Una vez a salvo rasgaron los pañuelos y se taponaron con ellos los oídos.

Entonces Johnny arrojó la bomba. El estampido originado por la explosión fue tan terrible que no obstante la precaución adoptada, creyeron que les había roto el tímpano. Simultáneamente sintieron la sensación de que les laceraban las carnes innumerables hachas afiladas que se abatían a una sobre sus cuerpos.

El agua ascendió y les pasó por encima de las cabezas. Ellos nadaron vigorosamente.

AL otro extremo del pozo, delante de ellos, vieron un gran boquete en el techo; se asieron a sus bordes y por él ascendieron al pasillo. Tambaleándose, pasaron por encima del cuerpo inmóvil del oficial, subieron el tramo de escalera y abrieron la puerta.

—Nos vamos. ¡Fíjate bien! —dijo Long Tom, asombrado.

Vacilando, salieron a la habitación del primer piso.

Dos bombas llenas de gases lacrimógenos cayeron a sus pies y se abrieron con un sonido que apenas oyeron, atontados como estaban por el fragor de la reciente explosión.

Muta les había lanzado los proyectiles desde la puerta opuesta.

¿Qué defensa tenían contra los gases lacrimógenos? Cegados por el humo todavía trataron de buscar una salida.

Mas, privados del uso de la vista, no pudieron oponerse a Muta y sus secuaces cuando, protegidos éstos por las máscaras antigás, les cogieron y maniataron.

Transcurrieron treinta minutos antes de que Johnny y Long Tom recobraran el uso de la vista. El gas lacrimógeno no era del tipo eficiente que emplea la policía americana, pero al parecer, contenía otros ingredientes además del usual, y les hizo sentirse muy enfermos por espacio de algún tiempo.

El oficial del Estado Mayor, atendido, había recobrado el conocimiento. Se mantenía en pie, junto a Muta, y les miró con el ceño fruncido.

Muta sacó el pecho con orgullo y les dijo con ironía:

—Parece ser que volvemos a vernos, ¿eh? Pues bien...

—¡Calla, ladrón!

—...voy a juzgaron —concluyó el enano, irritado—. Tened en cuenta, que estáis en mi poder... Ahora quiera haceros una proposición.

Long Tom parpadeó, incrédulo.

—¿Qué?

—Si esta vez tampoco consigo desembarazarme de vosotros, colocaré mi persona en vuestras manos para que hagáis con ella lo que os plazca.

—¡Ya! —dijo Long Tom con sorna—. ¡Hazlo y verás!

Muta se encogió de hombros.

Long Tom parpadeó incesantemente un buen rato; luego, a falta de otra cosa que hacer, gruñó una amenaza.

—¡Poca suerte vais a tener los que os metéis con los amigos de Doc!

—¡Uf! ¡Estoy aterrado! —Muta se echó a reír y a temblar cómicamente.

—Lo cual demuestra que no conoces bien a Doc —replicó con acento sombrío Long Tom:— Además, si algo malo nos sucediera, te

pescarán las fuerzas que manda el conde Cozonac. Y no lograrás escapar de sus uñas.

Esta salida provocó la hilaridad de Muta, ¡Cosa extraordinaria! Sus estrepitosas carcajadas contagiaron a los oficiales que cloquearon al unísono, como gallinas.

—¡No le veo la gracia! —observó Long Tom, desconcertado.

—Aguarda —le dijo Muta. Consultó la hora en un reloj que extrajo del bolsillo y añadió:— Sí, aguarda cinco minutos y se la encontrarás.

Nada más, se habló en el ínterin. Volvía a llover. Las gotas de agua caían con monótono ¡tap, tap, tap! sobre el tejado de la casa y el agua vomitada por los aleros gorgoteaba, emitía sonidos ahogados, que, en otra ocasión, les hubieran parecido muy desagradables a Johnny y a Long Tom.

Un estampido hueco, prolongado, sonó a distancia. No era un trueno, sino el tronar de los cañones con que luchaban los ejércitos realista y revolucionario.

Al otro lado de la puerta sonaron pasos precipitados.

Muta fue a abrir.

El conde Cozonac apareció en el umbral.

Long Tom y Johnny minaron al obeso jefe de los rebeldes con los ojos desencajados. El conde era la última persona que esperaban ver, probablemente, en aquellos momentos.

—¡Mira lo que tengo aquí! —Muta le sonrió y le indicó los cautivos con un ademán.

—¿Qué ha ocurrido, Muta? —interrogó el recién llegado.

Long Tom miró atónito a Johnny. El esquelético arqueólogo le devolvió la mirada.

¡Cozonac y Muta eran conspiradores!

Con palabras entrecortadas Muta explicó en calbiano, al conde, lo sucedido a última hora.

Su relato hizo fruncir el ceño al obeso rebelde en más de una ocasión. Luego avanzó, con estrépito, un paso —las dobleces grasosas de su cuerpo le temblaban de rabia— y se situó junto a los dos prisioneros. Los trinos y gorjeos de su risa singular no sonaron esta vez.

—Vais a contestar a unas preguntas —notificó a los dos—. En primer lugar: ¿dónde se hallan ahora Monk y Ham, los dos

camaradas desaparecidos de Doc?

—¡Vaya usted a saber! —repuso con toda sinceridad Long Tom.

El conde se meció sobre los pies. Su rostro era un estudio de ira y de maldad.

—No quiero apelar a melodramáticas estratagemas —observó—. Los dos vais a ser fusilados, pero antes vais a decirme dónde hallarán mis hombres a Monk y Ham.

Long Tom se humedeció los labios con la lengua.

—Eso crees tú —respondió.

Con agilidad sorprendente dada su gordura, el conde propinó a Long Tom un violento puntapié en la parte, probablemente, más sensible del cuerpo humano, estro es, en la garganta.

A Long Tom se le escapó un gemido y rodó por el suelo tosiendo; pero no pudo hacer nada. Tenía ligados los miembros con una cuerda de algodón trenzado.

—¡Llevadles al subterráneo! —dispuso el conde.

Con la ayuda de los oficiales, Muta levantó del suelo a los prisioneros, los llevó junto a la puerta secreta, cuyo umbral atravesó, y bajó cargado con ellos, los angostos peldaños de la escalera.

El conde, que iba en pos de ellos, observó con sorna:

—Tenemos que quitarles de en medio, pero antes deberán responder a mis preguntas.

CAPÍTULO XX

FALSA NARRACIÓN

A la distancia de unas millas de San Blazúa, la capital de Calbia, Doc Savage profería a la sazón, las mismas palabras, sobre poco más o menos —que el conde Cozonac en el interior de la casa de piedra.

—Ante todo responda Vuestra Alteza a mis preguntas —decía, a la princesa—. Y luego la tranquilizaré con respecto a su actual situación.

EL rey Dal Le Galbin y el capitán Flancul habían recobrado el conocimiento aun cuando ambos estaban levemente aturdidos todavía a causa de los puñetazos de Doc.

—¡Nos ha cogido usted para entregarnos a los revolucionarios! —gritó airado el soberano de Calbia.

Doc no le prestó atención.

—¿Con qué objeto fue a Nueva York Su Alteza en compañía, del capitán? —interrogó a la princesa.

Ella estudió el semblante del hombre de bronce iluminado, a la sazón, por la luz difusa que los faros del coche derramaban, en su interior. EL «sedán» descendía, veloz, por un antiguo camino desgastado. El agua depositada en los baches saltaba bajo sus ruedas o se diseminaba, perezosa, en todas direcciones. Sobre la capota fingía la lluvia locas carreras de ratones y los dos limpiaparabrisas se movían a compás.

—El barón Dimitri Mandl —explicó al cabo—, inventó, años ha, un arma mortífera formidable cuyo plano, sólo existe uno actualmente, fue encerrado bajo llave en las bóvedas del Ministerio de la Guerra.

—Sabemos ya este detalle por habérnoslo comunicado el conde

Cozonac —observó Doc.

—Habíase llegado a un acuerdo con el barón —siguió diciendo la princesa,— por el cual no podía utilizarse el arma ni tampoco fabricarse sino en defensa de la nación.

—¿El barón había renunciado últimamente a su tarea inventiva? —interrogó Doc, interrumpiendo el relato.

La princesa afirmó con un gesto.

—Sí, en prueba de la admiración inspirada por sus obras científicas —repuso—, le fue concedido el titulo de barón. Más tarde, como le interesaba la política, fue nombrado nuestro embajador en los Estados Unidos. Era hombre muy activo.

—¿En qué rama de la Ciencia se había especializado?

—En la Física. Le interesaba el estudio da la luz.

—¡Hum! Me lo figuraba. Bien. Prosiga explicándonos el motivo de la ida, a Nueva York.

El ingeniero hubiera preferido ahondar en la materia, apenas esbozada, de los estudios sobre Física del barón y del arma misteriosa que había inventado.

Preveía ya una explicación de la naturaleza de aquellas fantásticas, misteriosas explosiones que destruían los aeroplanos, los buques, las locomotoras de un tren e incluso a hombres inofensivos en el momento de hacer la comida junto a la hoguera de un campamento. Mas no tuvo aquella satisfacción.

—Los planos trazados por el barón desaparecieron, hará cosa de unas semanas, de las bóvedas del Ministerio —dijo la princesa.

—¿Tiene alguna idea de quién puede haber sido el ladrón?

Flancul se cuidó de contestar:

—Ni la menor idea. —Las doradas pupilas de Doc se apartaron un momento del exterior nebuloso en el que se mezclaban por igual las gotas de lluvia y los rayos luminosos de los faros y las posó en la persona del capitán.

—Así, con objeto de obtener del barón una copia del plano, fue por lo que Su Alteza se dirigió a Nueva York, ¿no es eso? —interrogó.

—Sí —afirmó Gusta:— Le cablegrafiamos previamente y nos dijo que estaba dispuesto a entregarnos esa copia.

—¡Por el toro sagrado! —exclamó bruscamente Renny—. ¡Ese señor obeso, el conde Cozonac, nos dijo que el barón era un

revolucionario!

—¡El conde es un solemne embustero! —replicó con acento seco Doc.

—Antes de llegar a Nueva York en compañía del capitán, mientras nos hallábamos aún en alta mar, recibí un cablegrama del barón —siguió diciendo la princesa—. Nos informaba de la ayuda prestada por usted a los rebeldes.

Sin inmutarse, Doc miró por la ventanilla al exterior.

—El barón se equivocaba. El enano Muta vino a verme al despacho disfrazado de mujer, se encontró en él con Mandl y se las compuso de modo que le dejó convencido de mi actuación adversa.

El rey prestaba atento oído al diálogo, pero no decía nada.

—Asesinaron al barón antes de nuestra llegada a Nueva York —manifestó Gusta—, y con él pereció su secreto. Entonces determinamos apoderarnos de usted, míster Savage y retenerle en calidad de prisionero. Temíamos la ayuda que pudiera prestar a los rebeldes dada su extraordinaria habilidad.

Doc introdujo el coche por un camino lateral, le guió con cuidado a través de unos cien metros llenos de fango y por fin se detuvo delante de una cabaña derruida. La profusión de altas hierbas, la ausencia de senderos trillados indicaba un abandono de la cabaña que se remontaba a mucho tiempo atrás.

—Vamos a detenernos aquí —dijo.

Renny había estado reflexionando. Ahora emitió un gruñido de comprensión.

—Comienzo a divisar los triunfos del juego —declaró—. ¡Por el toro sagrado! ¡Ese mantecoso cerdo de Cozonac y el asqueroso enano Muta pertenecen, sin duda a una misma cuadrilla!

Se apearon del coche bajo una lluvia incesante que les azotaba las espaldas y les corría, en gruesas gotas, por el rostro abajo. Sólo el bronceado cabello de Doc, que se había despojado en el coche de la peluca, parecía impenetrable al agua.

—Pero, Doc —siguió diciendo Renny,— ¿qué idea le dio al conde para contarnos aquella sarta de embustes el día en que solicitó nuestra ayuda?

—Tuvo dos razones para ello, a lo que parece —replicó Savage —. Primera: ganando nuestra confianza y haciéndonos creer que necesitaba de nuestra ayuda, se hallaba en posición de conocer

todos nuestros movimientos y por consiguiente de poder aprovechar lar primera ocasión que se le ofreciera para deshacerse de nosotros. Segunda: ese tunante pensaba valerse de nosotros para que nos apoderásemos, en bien suyo, del rey Dal, de la princesa Gusta y del capitán Flancul, aquí presente.

—¡Ese gordo caballero de industria es muy ingenioso! —exclamó el ingeniero con su voz potente—. ¿En qué ocasión descubriste su falsedad, Doc?

—La primera prueba convincente me la proporcionó, su tentativa de destruirnos con el arma misteriosa antes de llegar al campamento militar revolucionario, pues como recordarás, sólo el conde conocía nuestra venida a Calbia.

Todos marcharon en dirección de la choza abandonada.

El rey Dal, calmada totalmente su ira, le hizo a Doc una pregunta:

—Así, ¿de qué lado se coloca usted en este asunto?

—Del mío, si no le parece mal —replicó tranquilamente el hombre de bronce—. Estoy aquí para apoderarme de esa arma misteriosa e inutilizarla.

—¿Esto significa que pretende destruirla?

Doc no respondió a la pregunta.

—También deseo impedir que se continúe vertiendo sangre; quiero acabas con la revolución, y para conseguir esto no me queda otro recurso que eliminar a las cabezas directoras.

—Por ejemplo, ¿a Muta y al conde Cozonac? —interrogó el soberano.

—Y posiblemente a alguien más —dijo a modo de respuesta.

—¿A otros? —insistió el rey.

—El conde es hombre acomodado, según lo demuestra la investigación de su vida pasada —replicó Savage—, Muta, el enano, es simplemente un criminal.

—No comprendo...

—Esos revolucionarios poseen aeroplanos y otras armas modernas de guerra, ¿Las han capturado a las fuerzas realistas?

El vehemente ademán negativo del monarca fue visible al encender Doc una lámpara de bolsillo.

—Nos han cogido poquísimas —replicó.

—Eso es. Y esas armas cuestan dinero. Así, un hombre o varios

hombres de capital apoyan a los revolucionarios, y a ese hombre u hombres es a los que hay que descubrir y apresar.

—¡Por el toro sagrado! Entonces ¿las cabezas directoras de la intriga no son Muta y el conde?

No obstante su aspecto miserable, la choza, tenía el tejado en excelente estado de conservación y su interior estaba seco. En uno de sus extremos había almacenado una respetable cantidad de heno seco.

Doc se le aproximó, lo removió y sacó a luz una estación portátil de radio.

—He venido ya, en diversas ocasiones, a esta cabaña —dijo,— a la hora justa en que se comunican conmigo Monk y Ham.

—¡Monk! ¡Ham! —exclamó Renny—. No he vuelto a verles desde que se lanzaron al espacio provistos de paracaídas.

—Se mantienen ocultos.

—Pues, ¿qué hacen?

—Seguirle los pasos al conde Cozonac. Es decir, han hecho lo que han podido en este terreno sin exhibirse mucho.

El capitán avanzó un paso y se cuadró ante Doc a quien saludó militarmente.

—Le presento mis excusas, míster Savage —dijo—, por la actitud adoptada en un principio. A la que parece, mi celo por la casa de Calbia hacía frente a uno de sus mejores amigos.

El rey Dal hizo un movimiento impetuoso como si intentara secundar la acción del capitán, pero una idea repentina le detuvo.

—¿Por qué, en vista de su conocimiento del engaño, ha procedido al secuestro de mi hija, del capitán y de mí mismo? —deseó saber.

Doc manipulaba en la emisora.

—Eso lo sabrá más tarde Vuestra Majestad —replicó.

—¿Es decir, que los tres somos aún prisioneros?

—Si por el hecho de permanecer a mi lado se considera preso… sí.

El vozarrón de Renny hizo retumbar la cabaña.

—Oye, Doc: no sé por qué motivo…

El hombre de bronce levantó una mano en demanda de silencio. Luego abrió una llave que provocó un circuito del altavoz. Monótonas, apagadas frases salieron del aparato.

—Se llama a Doc Savage... Se llama a Doc Savage... Se llama a Doc Savage...

Era la voz infantil de Monk.

Doc preparó el transmisor, ajustó las llaves hasta obtener una radiación satisfactoria y después habló por el aparato.

—Di, Monk.

Hace lo menos cinco minutos que te estoy llamando —le comunicó Monk, presa de una excitación extraordinaria—. No hemos quitado la vista de encima del conde. Esta noche ha salido furtivamente del campamento y ha entrado en un edificio de piedra que hay en la cumbre de una colina. Allí ha encontrado a Muta.

—Bueno, pero ¿a qué viene tanta excitación?

—En alguna parte de la casa mencionada —continuó diciendo Monk,— debe haber cámaras secretas y en ellas es donde se construye el arma infernal que buscamos.

—Dame su dirección exacta —le rogó Doc.

—¡Aguarda! Todavía ignoras lo peor, Doc. Han atrapado a Johnny y a Long Tom —. Rápidamente Monk le indicó enseguida la situación de la casa.

—¿Sabes si peligran sus vidas, Monk? —preguntó todavía Doc.

—Antes el conde piensa someterlos a un interrogatorio.

—Monk, haz lo que puedas —dispuso Doc—, y que te ayude Ham. Y si no se pone en trance de muerte a vuestros compañeros, aguardad mi llegada.

—¿Vendrás, Doc?

—¡Al momento!

Doc cerró la llave de la radio.

CAPÍTULO XXI

MORTAL CARRERA DE OBSTÁCULOS

RENNY, con el rostro contraído y los dientes apretados se dirigió a la puerta.

—¡Mi aeroplano! —exclamó—. Se quedó en el aeropuerto. Ahora podemos hacer uso de él.

—¡Espléndido! —Doc cerró la tapa de la caja que contenía el aparato de radio y comenzó a hurgar debajo del montón de heno—. De aquí al aeropuerto hay sólo unos minutos.

De él retiró, a continuación, uno de los cajones que componían su equipaje.

Renny buscó con la vista, el número de orden con objeto de identificarle.

Conocía todos los que llevaban las cajas y lo que cada una de ellas encerraba. Por ejemplo: la caja número 4 era la que contenía las bombas del gas; en la número 13 figuraban las ametralladoras y municiones, etc.

Pero, en la caja que tenía ahora Doc, se había borrado el número.

El rey Dal preguntó:

—¿Desea que le acompañemos?

Y el capitán Flancul agregó:

—De ahora en adelante me mantendré junto a míster Savage en todo y por todo.

—Digo lo mismo —dijo el soberano. Y adelantó la barbilla con aire resucito—. Hace tiempo que no siento verdaderas emociones y creo que voy a pasar un buen rato.

Corrieron a meterse en el coche. Doc iba cargado con dos cajas: la que contenía el aparato de radio, y la otra, metálica, que formaba

parte de su equipaje y que carecía de número de orden.

—Dejaremos a la princesa dentro del coche en el aeropuerto —dijo,— y desde allí la escoltarán hasta palacio los pilotos realistas de aviación.

—¡No por cierto! —protestó Gusta—. Deseo ver la función al lado de ustedes.

Doc se agachó bajo el volante del «sedán», encendió los faros del alumbrado y apagó su lámpara de bolsillo de la que se había servido hasta el momento. Hecho esto se volvió en el asiento y miró al rey Dal.

—Convenza Vuestra Majestad a Su Alteza de que debe quedarse en tierra —le rogó.

Se sostuvo una discusión en la parte posterior del coche mientras éste gemía y avanzaba por la fangosa carretera. La lluvia, humedecía, de continuo, el parabrisas y los limpiaparabrisas lo enjugaban con tal violencia que parecía como si fueran a romperse.

El coche ascendió por una colina, pequeña eminencia muy pronunciada, y veinte pies más allá giraron sus ruedas fuera del camino. Rodaban sobre una negra alfombra de asfalto que, probablemente, había, salido de los pozos petrolíferos de Calbia, ya que en ciertas provincias del pequeño reino abundaban los ricos yacimientos de aquel líquido oleoso.

El coche, alternativamente, adquiría y perdía velocidad, según atravesaba extensiones rectas o curvas del camino.

—Gusta, eres una mujer, y como tal, nada tienes que hacer con nosotros esta noche —insistía el rey de Calbia en el interior del coche.

—¿Cómo que no? —replicó la princesa—. Hará cosa de un mes te oí decir, en un discurso, que las mujeres pueden actuar de la misma manera que los hombres.

—¡Un discurso es un discurso! —exclamó el soberano—. Además, lo pronuncié ante la «Liga calbiana del sufragio femenino» y no podía quedar mal.

Doc aplicó los frenos y las llantas chirriaron sobre el húmedo pavimento. El coche patinó, se detuvo en el aeropuerto y sonaron excitados, los gritos de los centinelas desde sus garitas:

—¡Alto! ¿Quién está ahí?

Renny dio varias órdenes, asumiendo otra vez su papel de

Champ Dugan, el aviador recién llegado de la China, que iba a colaborar con las fuerzas realistas, y los mecánicos corrieron a sacar su aeroplano del hangar.

Doc se apeó del coche y sus compañeros le imitaron. El hombre de bronce indicó con el gesto a la princesa.

—¿Nos acompaña?

—Por lo visto —suspiró su padre—. ¡No se puede discutir con ella!

El gran trimotor de Renny, con el dragón chino pintado sobre el fuselaje, estaba afortunadamente provisto de combustible. Una horda de mecánicos calbianos lo sacó, rodando, al exterior.

Doc tomó los mandos. Los motores iban provistos de palancas eléctricas de marcha, movidas por timbres y él pulsó el último. De los tubos de escape surgieron chispas, luego, al calentarse los cilindros, una llama azul.

Los mecánicos se mantuvieron en torno del aparato con los ojos fijos en él y cuchichearon entre sí, sin duda preguntándose el por qué de aquella nocturna salida.

La princesa Gusta se encaramó la primera al aparato, como temerosa de que la dejaran en tierra.

Mientras se calentaban los motores, Doc se ciñó en las sienes los auriculares, abrió la llave del aparato de radio y pidió comunicación.

—Sí, Doc —llegó a través del espacio la voz atiplada del químico.

—Salimos con el aeroplano y dentro de poco estaremos ahí —le participó el hombre de bronce—. ¿Cómo va todo?

—Ham está dentro de la casa, en un subterráneo que desconozco —replicó Monk—, y nos valemos de Habeas para cambiar impresiones.

—¿Qué sabes de Johnny y de Long Tom?

—Son interrogados por Muta y por el conde, que tratan de descubrir nuestro paradero. Long Tom y Johnny se defienden muy bien.

Doc sacó un brazo y lo agitó. —¿Puesta?

—¡Listo!

El aeroplano rodó por el campo, levantó la cola. Debajo de él retumbó el tren de aterrizaje; luego cesó su temblor. Estaban en el

aire.

El gran anfibio se dirigió en línea recta de las montañas. Las hélices de metal chocaban con las gotas de agua. En San Blazúa no se veían ventanas iluminadas debido al temor de un «raid» nocturno enemigo. Una sima oscura indicaba la extensión ocupada por la ciudad.

Doc preguntó a Monk por radio:

—¿Estás seguro de que van a matar a nuestros camaradas?

La voz de Monk respondió, semiapagada por el zumbido del motor.

—¡Segurísimo! Si no me engañan los partes que Ham me envía por mediación de Habeas Corpus, Muta y el conde lo han afirmado media docena de veces por lo menos.

—No permitáis que se prolongue su martirio. Intervenid antes.

—Descuida. Yo me hallo junto a la cerca del edificio. No me atrevo a llegar más cerca porque temo que me oigan cada vez que me comunico contigo.

Doc distinguió la ventana iluminada de una granja y se valió de esta circunstancia para reprimir la tendencia del aeroplano a avanzar de lado, tras de lo cual consultó el compás y el altímetro y rectificó ligeramente la marcha.

—¿Se puede aterrizar cerca de la casa, Monk?

—Sí. La cima de la montaña es plana, una especie de mesa, y como a la distancia de un cuarto de milla hay un campo de cebada. Lo hemos descubierto mientras íbamos en pos del conde de Cozonac.

—Bueno. Cuando vuele sobre la meseta encenderé una luz —le dijo Doc—. Devuelve la señal con tu lámpara indicándome la dirección de ese campo.

—Pierde cuidado.

El aeroplano picó de nariz y se elevó rápidamente. La aguja del altímetro marcó siete, diez, doce mil pies de altura. Doc estudió la velocidad del aire y calculó sus progresos.

—¡Una nueva noticia!— —le anunció la vocecilla de Monk—. El cerdo acaba de llegar con otra nota de Ham. Long Tom y Johnny tratan de sonsacar al conde. Lo están volviendo loco y acaba de confesar que no es él quien lleva la dirección del complot.

—¿Ha dicho quién es su jefe?

—No.

Una vez más consultó Doc el aparato indicador de la velocidad del viento y el velocímetro en el tablero de instrumentos. Ambos tenían una esfera luminosa, fácil de leer con las luces apagadas. Doc, cerró las llaves de contacto y redujo con ello al silencio a los tres motores. EL aeroplano se balanceó e inició una suave zambullida.

—Bajamos planeando para no ser oídos —dijo, para que le oyeran sus compañeros.

Inclinándose, acercó la boca al aparato y llamó:

—¡Monk!

—¿Qué?

—Voy a apagar y encender rápidamente los focos luminosos. Levanta los ojos y ve si puedes…

—¡Doc! ¡Doc! —gritó Monk, interrumpiéndole:— dentro de la casa acaba de sonar un tiro. ¡Algo ha sucedido! ¡Corro a ver qué es!

Y después ya no volvió a hablar más.

Doc aguantó el aeroplano de nariz. El suave silbido que acompañaba su descenso se tornó en creciente alarido al rozar el aire las superficies planas y los caballetes del aparato. La aguja del altímetro retrocedió tan deprisa que su movimiento se notaba claramente.

—¡Lanza al espacio un paracaídas luminoso Renny! —ordenó Doc al ingeniero.

—Pero, yo creía…

—Estamos de malas —le dijo Doc—. Monk ha oído sonar un tiro en la casa y ha ido a reunirse con Ham. No nos aguarda.

—¡O. K.! —exclamó Renny.

De un armario sacó el paracaídas; abrió de un tirón el bastidor corredizo de la ventanilla, encendió la luz y la arrojó al espacio. Poco después el aparato atravesaba una zona deslumbrante.

La tierra se extendía debajo, a unos cien pies de distancia, y la lluvia le daba un aspecto irreal, nebuloso. Doc dejó que retrocediera la aguja del altímetro un poco más, luego enderezó el aparato y volteó en estrecha espiral.

La luz les acompañó en el descenso iluminando el campo de cebada indicado por Monk.

El gran anfibio se volvió de costado en el espacio mientras Doc

maniobraba.

Sus pasajeros se asieron con fuerza a los asientos para evitar una caída y apenas tuvieron tiempo de enderezarse cuando ya la nave chocaba con la tierra, saltaba, se asentaba y, entre crujidos de los frenos, se detenía poco a poco.

Doc cortó la ignición del motor.

Sobre el ¡tap, tap! de la lluvia que caía sobre la superficie del fuselaje y de las alas, todos oyeron tiros que salían de la casa de piedra.

—¡Fuera! —ordenó Doc.

Renny fue el primero en salir por la puerta de la cabina. El capitán Flancul le siguió, luego la princesa Gusta y su padre.

Antes de abandonar el anfibio Doc fue en busca de la caja metálica. La abrió, registró su interior y, hecho esto, la cerró y llevó a la parte posterior de la cabina. Allí la dejó en el fondo, bien pegada al fuselaje.

Le envolvían densas tinieblas porque la luz del paracaídas había llegado ya a tierra y se había extinguido de modo que nadie reparó en él.

Renny sintióse curioso y, en vista de la demora, comenzó a gritar:

—¿Qué diantres estás ha...?

—¡Andando!

Doc se lanzó a la carrera hacia la casa.

Era tanta la velocidad que llevaba que dejó atrás al resto del grupo casi al instante. Había encendido la lámpara, y sus rayos se le adelantaban indicándole los obstáculos que debía salvar. Su luminosidad era nebulosa a causa de la lluvia; una mancha confusa de luz que cualquiera habría tomado por un fuego fatuo.

Doc saltó un vallado, se internó en la espesura de un matorral, atravesó un campo cuyas hierbas le llegaban hasta la rodilla...

La casa de piedra se alzaba delante de él semejante a un monstruo inmóvil.

Sus ventanas eran rojos manchones informes, la puerta otra mancha resplandeciente poco mayor que las ventanas. Dándose cuenta de que había cesado el tiroteo, Doc franqueó el umbral.

No había nadie en la habitación y Doc vio, de una ojeada, que estaban cerradas todas las puertas.

El cerdo estaba delante de una de las paredes, gruñendo, venteando y arañando la tierra, lo mismo que hubiera hecho un perro. Sus movimientos eran significativos.

Doc se acercó a él y en menos de un segundo había localizado la puerta secreta. Cuando se hubo descorrido el paño, Habeas lanzó un sonoro gruñido y se coló de rondón por el hueco abierto. El choque de sus pezuñas con los peldaños de piedra de la escalera formaba un repiqueteo «staccato» que se fundía en un solo sonido.

Doc paseó por el corredor los rayos de la lámpara. A sus pies había cascotes de yeso desprendidos de la pared y vio a modo de una pasarela de tablones situados sobre un agujero abierto en el suelo. Este boquete había sido abierto por la explosión de la granada, arrojada por Johnny y Long Tom poco antes, pero, naturalmente, Doc ignoraba el hecho.

Franqueó la pasarela y siguió avanzando hasta llegar al muro. Una sola mirada le bastó para hacerse cargo de lo que no habían visto sus camaradas.

Esto es: que en el muro no se abría puerta secreta, alguna.

La piedra del muro era sólida.

Agachándose vivamente, asió al cerdo por la parte de su cuerpo más manejable, o sea por una oreja, y con él en brazos volvió atrás con intención de ascender la escalera.

Pensaba que en alguna parte del pasillo tenían que abrirse forzosamente otra puerta secreta. Habeas le demostraba que Monk había bajado la escalera.

Miró la pasarela de madera y fue a examinar el boquete que ocultaba. Mas apenas dio unos pasos, se bajó la tapa del suelo.

CAPÍTULO XXII

EL CUARTO CERRADO

UN ¡clic! apenas perceptible y el chirrido de las bisagras precedieron a la inclinación de la trampa. Ambos sonidos fueron muy leves, pero unido a la deducción rápida del hombre de bronce de que aquel pasadizo ciego tenía por fuerza alguna utilidad, fueron suficientes para advertirle del peligro que corría.

El pasillo era estrecho. Doc se retorció, saltó en el aire y apoyó los pies en una de las paredes. Sus hombros se incrustaron en la pared opuesta. Como era rugosa, logró mantenerse en aquella posición. Cuando hubo bajado del todo la trampa, la luz de la Lot le mostró el pozo que tenía debajo.

Entonces procedió a ganar las escaleras. La tarea hubiera sido laboriosa, lenta, para un hombre dotado de músculos menos resistentes. Pero el hombre de bronce no pertenecía a aquella especie. Puso su planta sobre el primer peldaño de la escalera al propio tiempo que una losa de piedra, parte ostensible de la pared del corredor, se abría sobre sus goznes.

El conde Cozonac asomó la cabeza por la abertura y miró al exterior. Cabe dudar de sí el obeso personaje vería o no a Doc, porque su puño bronceado, azotándole el rostro, le tapó la boca, nariz y ojos a un tiempo. El jefe de los revolucionarios fue empujado hacia atrás con una fuerza irresistible que batió el aire con los brazos y después los extendió como para asirse al aire.

Pero se desplomó pesadamente, levantando de momento ambos pies. AL caer sonaron con distinto ¡pum! Simultáneamente se tiñeron de sangre sus labios gruesos y las ventanillas de la aplastada nariz.

Muta se hallaba, de pie, a espaldas del conde, mas logró regatear

el cuerpo con la prontitud de un «terrier». Iba armado de un revólver, que disparó mientras estaba en el aire. Como no había afinado la puntería, el tiro no dio en el blanco. El estampido que le acompañó fue ensordecedor en el limite del angosto pasillo, que descendía en suave pendiente.

El salto de Muta le arrinconó forzosamente junto a la pared y erró el segundo tiro.

El tercero no llegó a efectuarse.

El enano fue sometido a un registro, sujeto con inaudita violencia, y unos dedos de bronce le arrancaron el arma de la mano.

Sin soltar al odioso enano, Doc se lanzó al asalto. En la mano llevaba el revólver cargado. Raramente empleaba, armas de fuego en la lucha cuerpo a cuerpo, porque tenía por un mal sistema el basar la propia defensa en un revólver.

El pasillo daba la vuelta y se abría en una hermosas habitación. Un hombre que ostentaba el uniforme de los revolucionarios aguardaba en ella revólver en mano. Le tenía cargado, pero no disparó de momento por temor de herir a Muta, al cual, perneando y debatiéndose, llevaba Doc a guisa de escudo. Pero luego alzó el brazo armado y trató de meter una bala en el cráneo de Doc.

El arma arrebatada a Muta disparó con estampido atronador y se dobló el brazo del soldado como si de pronto le hubieran dotado de una articulación nueva entre el codo y la muñeca. La pistola resbaló y cayó de sus dedos al suelo.

Doc le quitó de en medio de un empujón y divisó entonces, fuertemente atados y en línea, junto a la pared, a Monk, Johnny, Ham y Long Tom. Dos hombres afiliados a la causa revolucionaria —uno de ellos era el oficial del Estado Mayor— se adelantaron a interceptarle el paso. Los dos empuñaban sendos automáticos de cañón casi tan fino y delgado como un lápiz.

La cámara subterránea se conmovió de nuevo al vomitar plomo el revólver de Doc. El arma pequeña para su mano desarrollada quedaba oculta en la palma y sus fogonazos eran llamaradas color sepia que le brotaban del puño.

Uno de los dos soldados lanzó un gemido y cayó de rodillas, muy pálido. La bala del revólver de Doc se le había incrustado en la diestra con que empuñaba el automático. Este chocó a sus pies con el suelo de la cámara, saltó y giró un momento sobre sí mismo. Más

interesado por el dolor que sentía y sosteniendo la mano herida, el hombre no trató de recuperarlo.

Su compañero, el oficial del Estado Mayor, perdió la presencia de ánimo.

Quizá contribuyera a esto la paliza recibida de manos de Long Tom a primera hora de la noche. Lo cierto es que tiró el automático y levantó los brazos. En su loco deseo de hacer ostensible la rendición, se empinó sobre la punta de los pies.

—«¡Nu!» (¡No!) —exclamó—. ¡No dispare!

Doc registró rápidamente a los dos, despojándoles de armas.

Renny apareció a la entrada de la cámara, iluminada por linternas de gasolina pendientes del techo. Le seguían el rey Dal, la princesa y el capitán Flancul.

Este apreció la escena de una sola ojeada.

—<¡Buna!> (¡Bien!) —exclamó—. Ya veo que les ha capturado. Vuelvo arriba y veré si quedan más hombres por allí.

Giró sobre sus talones y desapareció en el corredor.

Doc y Renny se apresuraron a desatar a sus compañeros.

—La casa tiene otra salida, ¿no sabéis? —les participó Monk, con un gruñido—, y esos bandidos se valieron de ella para sorprenderme y sorprender a Ham por la espalda. Así nos han atrapado.

—¿Dónde se halla? —quiso saber el hombre de bronce.

Monk le indicó:

—Por allá.

El hombre de bronce atravesó la cámara. En torno de las paredes había, alineados, varios bancos de trabajo. Sostenían aquellos muchas herramientas y maquinaria de metal. Sobre ellos se habían clavado cajas en la pared, unas cuantas de las cuales estaban vacías, pero algunas contenían hilo de alambre y otros metales en forma de láminas delgadas y ligeros tubos huecos.

Aquel material decidió Doc que debía ser parte del material en bruto con el cual eran construidas las armas misteriosas. Pero de éstas no halló ni rastro.

Halló la puerta posterior de salida en forma de una escala de mano por la cual se llegaba hasta una trampa que se abrió en silencio al empujarla él. Se encaramó al otro lado y se halló en una habitación interior de la vieja, casa de piedra. La trampa se abría en

el suelo.

Agachóse y aplicó el oído. Oía pasos... se acercaba un hombre.

—¡Capitán Flancul! —llamó.

—¿Oigo? —le respondió la voz del capitán.

—¿Ha descubierto algo?

—Nada. Salgo a registrar el exterior.

Valiéndose de la luz de la lámpara, recorrió Doc rápidamente toda la casa.

Esta tenía un viejo mobiliario usado. Sin duda algunas de sus piezas tendrían un valor inapreciable en calidad de antigüedades.

En una cámara reducida descubrió un «secretaire» tallado, de finas patas.

Sus cajones y gavetas encerraban en cantidad cartas y billetes. El aparato telefónico posaba sobre más documentos.

Doc los examinó tras de colocar a un lado el teléfono. Carecían de importancia. Eran cartas de cumplido dirigidas todas ellas al conde Cozonac.

Según se desprendía de la lectura, era el conde el propietario de aquella pétrea mansión.

Doc las sometió a un escrutinio rápido; las ojeaba, tan sólo.

Después levantó el receptor del teléfono y escuchó. Salía de él el zumbido usual. ¡Hola! ¡Y un sonido, distinto también! Apagado y regular, simulaba la canción del viento como si éste rozara un transmisor al otro lado de la línea.

¡Era un hombre, un hombre que se había detenido allí a escuchar y la nota sibilante era su aliento!

A Doc le inmovilizó, de momento, la sorpresa. Luego se tendieron los tendones de su garganta y comenzó a hablar por el aparato. De sus labios salió la imitación exacta de la voz susurrante del conde.

—¿Oiga?

Mediante el ardid pensaba obtener informes de valor de la persona que le escuchaba. Mas, en lugar de ello, hirió sus oídos una serie de carcajadas desagradables y estridentes.

—¡Silencio! —exclamó Doc, imitando la voz rabiosa de Cozonac —. ¿De qué te ríes?

Cesó la hilaridad, se hizo el silencio. Entonces habló el desconocido.

—¡Mil perdones, *domnule* Cozonac! Mi risa no tenía nada, que ver con usted, ¿Marcha todo bien?

—¡A las mil maravillas! —replicó Doc—. ¿Hay algo nuevo?

Otra vez hubo una pausa. Durante la espera Doc oyó, a cierta distancia del segundo teléfono, la vibrante voz de alerta de un centinela,.

Y luego:

—¡No hay novedad, *dornnule* Cozonac! —dijo la voz.

Doc se disponía a dirigirle otras preguntas, pero sonó un ¡clic! en el teléfono. El desconocido había colgado.

Doc titubeó; luego dejó el auricular y volvió a la cámara subterránea.

Había reconocido la voz que acababa de hablarle. Pertenecía a otro de los oficiales rebeldes del Estado Mayor de Cozonac. Sin duda se hallaba en el campamento a la sazón; se lo había descubierto la voz de alerta del centinela.

Indudablemente, el oficial aguardaba órdenes de su jefe situado junto al aparato.

Si hubiera estado presente al otro lado de la línea cuando colgó el receptor el oficial, hubiera recibido una desagradable sorpresa. El militar estaba excitadísimo. Agitó los brazos y a gritos, anunció a los compañeros que se hallaban en la tienda del cuartel general:

—¡Doc Savage!... ¡Acaba de hablar conmigo!... ¡Ha imitado la voz de <domnule> Cozonac!

Fuera chocaron armas entre sí y patearon unos pies. Se estaba formando un pelotón.

—¡Adelante! —exclamó el oficial.

Sus soldados le siguieron.. En pos de ellos avanzaron tres grandes camiones abiertos, destinados al transporte de tropas.

—¿Cómo sabes que era Doc el que te hablaba? —le interrogó uno.

—Tenía que serlo —replicó el oficial—. El conde era probable que se hubiera escapado por entonces.

—Pero, ¿cómo sabes...?

—¡Ahora no es tiempo de hablar, amigo!

—¡Cargad! —ordenó una voz.

Los soldados se encaramaron a los camiones; el oficial y sus compañeros les imitaron. Gimieron los motores; las ruedas

despidieron fango y agua; los vehículos avanzaron con ruido sordo.

—¡Daos prisa! —decía a menudo él oficial—. Tenemos que llegar delante de la casa antes de que Savage saque de ella al conde.

Los motores de los camiones trabajaban sin descanso; los vehículos saltaban sobre las piedras del camino.

—¿Sospechara Doc, de un modo u otro, en nuestro arribo? —preguntó un militar.

—No lo sospecha —gruñó el oficial—. Le cogeremos por sorpresa.

Cuando Savage entró en la cámara subterránea, Long Tom, el mago de la electricidad, le preguntó:

—¿Has descubierto algo, Doc?

—Que esta casa es propiedad del conde Cozonac.

—¡Hum!

—Arriba hay un teléfono que se comunica directamente, a lo que parece con el campamento de los revolucionarios.

Long Tom pegó un brinco.

—¿Y qué? ¿Te ha servido de algo?

—No. Al otro lado de la línea estaba un oficial del Estado Mayor. Pero no he tenido con él mucha suerte.

Ham erraba por entre los bancos y cajas en busca, aparentemente, de su bastón. Aunque vestía de ordinario de manera impecable, presentaba a la sazón un aspecto risible. Tenía desgarrados los pantalones y la chaqueta; los nudillos desollados y un ojo morado.

—¡Qué diantre! —exclamó—. ¿Qué habrán hecho esos bandidos del estoque?

Monk llamó al cerdo.

—¡Ven aquí, Habeas!

El grotesco animal avanzó al trote.

—Habeas: ¡ayúdanos a encontrar el bastón de ese picapleitos! —le ordenó su amo—. «El bastón», ¿entiendes? Ese palo con que te amenaza siempre... ¡Búscalo!

Habeas se alejó trotando.

El rey Dal vigilaba a los prisioneros. A su lado estaba la seductora Gusta, pero su atención no era para los cautivos. Miraba a Doc... siempre que podía hacerlo sin que el hombre de bronce reparase en ello.

Cada vez que posaba los ojos en él les iluminaba una luz cálida. Era muy posible que la conmoviera una simple gratitud. Pero ella misma no estaba segura. Desde el momento en que viera a aquel extraordinario hombre de bronce había estado en el mismo o parecido estado emocional.

Sin darse cuenta de ello, la princesa era víctima hechicera de la atracción que él, y sólo él, ejercía en las representantes del sexo contrario.

Esta atracción magnética era una cualidad que no había desarrollado mediante el ejercicio diario. Emanaba de su vigorosa personalidad, de su físico poco común y de su innegable masculina hermosura.

Era, en suma, un poder del que Doc se hubiera libertado de buena gana. Con frecuencia, le ocasionaba, embarazo.

No era posible que mujer alguna, por deseable que fuera, entrase a formar parte de su existencia, tan llena de peligros.

El capitán Henri Flancul descendió los peldaños de piedra y penetró en la cámara.

—«¡Runa!» (¡Bueno!) —dijo—. Lo he registrado todo. No hay nadie oculto por ahí fuera.

—¡Espléndido! —comentó Renny—. Así podremos examinar bien la casa sin que nos interrumpan.

—Las armas misteriosas deben hallarse almacenadas por aquí cerca —les recordó el flaco Johnny.

El capitán se cuadró militarmente y dirigió a Doc un gran saludo.

—Muta y el conde Cozonac están presos, Las armas misteriosas caerán en breve en nuestras manos.

—Pero aún no las tenemos —replicó el hombre de bronce—. Ni siquiera hemos terminado nuestra obra.

El capitán volvió a saludar.

—Es cierto —dijo—. Ahora hay que apoderarse de la cabeza directora. Pero confío en que se apoderará usted de ella.

Doc examinó la cámara. Sus paredes de piedra quedaban cortadas, al fondo, por el hueco de una puerta maciza de madera. Una barra de metal cuyo extremo se ajustaba y era atravesado por gruesa anilla de acero la cruzaba de izquierda a derecha. Por la anilla pasaba un candado.

Long Tom, que había seguido la mirada de Doc, manifestó:

—Yo creo que las armas infernales se hallan al otro lado de esa puerta.

AL oír aquellas palabras, Doc marchó sobre ella sin titubear.

Ham iba a echar a andar detrás de él, pero se detuvo, atónito.

¡Vaya! ¡El cerdo ha hecho, al fin, algo útil! —exclamó.

Habeas Corpus, el grotesco representante de la raza porcina, había logrado hallar el bastón del abogado y éste se apresuró a cogerlo.

Doc Savage inspeccionó el candado de la puerta.

—No costará mucho abrirlo —decidió.

CAPÍTULO XXIII

LOS CIEN PELIGROS

DE uno de los bancos de trabajo sacó Doc un martillo y con él en la mano se acercó otra vez al candado. De primera intención le asestó un golpe rápido; saltaron chispas; luego comenzó a ceder el acero.

El candado saltó. Doc levantó la barra y le dio a la puerta un empujón.

—¿Quién se queda de guardia junto a los presos? —interrogó Renny, con su voz atronadora.

Nadie se ofreció voluntariamente. Todos deseaban ver el arma misteriosa..

—Monk, Ham. A vosotros os toca —dispuso Doc.

—¡Hum! —gruñó el químico—. ¡Muy bien, Doc!

Él y Ham se quedaron en la cámara, mirando ceñudos a los cautivos. A la sazón los cuatro gozaban del uso de los sentidos, pero se habían encerrado en un profundo silencio, con excepción de los gemidos dolorosos que exhalaban en ocasiones los dos hombres heridos por el revólver de Doc.

Doc se puso a la cabeza del grupo Y entraron todos por la puerta recién abierta.

Al otro lado se extendía una cámara muy larga y baja de techo. La llenaban grandes bastidores de madera sin pulir, una especie de cunas, puesto que sostenían las armas misteriosas.

Doc y sus compañeros contemplaron, silenciosos, la cámara.

—¡Por el toro sagrado! —gruñó Renny.

—¡Vaya una amalgama! —dijo Johnny.

—Casi hay cien bastidores —calculó Long Tom, en voz alta.

El rey Dal y la princesa Gusta no dijeron nada. Miraban sin

comprender del todo los bastidores que se extendían en toda la longitud de la habitación subterránea.

—«¿Curn…?» —comenzó a decir, en calbiano, el capitán Flancul. Luego acabó en inglés:— ¿Qué sostienen esos bastidores?

—Parecen pequeños aeroplanos —dijo Renny.

—Son…— —replicó DOC.

—¿Qué?

—Torpedos aéreos.

El hombre de bronce fue a examinarlos más de cerca. Sus cuerpos tubulares poseían unos pies de longitud y estaban hechos de una ligera, finísima aleación de metal. Como remate ostentaban las paletas de una hélice que no se diferenciaba en nada del tipo convencional empleado en los aeroplanos.

Las alas no estaban encajadas sino atadas con cuerdas a los fuselajes de los torpedos.

—Están desarmados con objeto de que sean más manejables, sin duda —sentenció Doc—. Las alas se montan en un decir ¡ay!

Renny tomó uno de los torpedos.

—¡Cuidadito! —exclamó Doc.

—¿Crees que tengo ganas de que estalle? —replicó Renny, sonriendo.

Descorrió una pequeña tapa del aparato y examinó su interior.

—Mueve a estos «bebés» un pequeñísimo, silencioso motor de gasolina —participó a sus compañeros.

Doc se inclinó sobre el torpedo.

—Motores así —explicó—, utilizaron hace años, durante la gran guerra. El escape se verifica con ayuda de silenciadores. En este caso le anuncia un silbido penetrante, sonido que pasó desapercibido para vuestros oídos cuando se lanzó sobre nosotros en Nueva York el arma infernal.

—Pero, ¿cómo se les dirige? ¿Por radio? —preguntó Renny.

—No, me parece que no —replicó Savage;— en su certera puntería estriba, justamente, la maravilla del invento del Barón Mandl.

Con sumo cuidado, manipuló Doc en el torpedo y salió a luz el explosivo.

Dicha substancia estaba encerrada en un recipiente de metal que, a su vez, iba suspendido de unos muelles para permanecer

aislado de toda vibración.

—El explosivo es trinitrotolueno comprimido —sentenció.

—Y eso ¿qué es? —interrogó, curiosa, la princesa.

—T N. T.

—¡Oh! —La princesa se estremeció—. ¿Hay mucho ahí dentro?

—La cantidad suficiente para diseminar la cima de esta montaña sobre una gran extensión de Calbia —le dijo Doc—. Pero no se preocupe Vuestra Alteza. Para que estalle hay que golpearlo antes, y esto sucede si el torpedo tropieza con algo sólido.

Doc continuó explorando el interior de los torpedos y salió a luz un intrincado aparato eléctrico, pero cuya construcción desconocía el hombre de bronce. Jamás había visto otra parecida con tantos tubos neumáticos, tantos rollos de alambre, tantas baterías, tantos transformadores,..

Perpendiculares a la panza de cada torpedo iban encajados unos tubos largos de metal, abiertos en un extremo. De ellos partían alambres que les unían al aparato ya mencionado.

Doc estudió aquel tubo.

—¡Qué ingenioso! —observó.

—¿Cómo se dirigen estos torpedos, míster Savage? —le interrogó el capitán Flancul.

Doc se enderezó:

—Bien... —dijo.

Y guardó silencio bruscamente. En la cámara vibró sobrenatural, fantástica nota, recorrió toda la escala musical y se extinguió.

Renny lanzó al viento su voz sonora:

—¿Qué pasa?

—Oigo pasos —les anunció Doc—. Se acercan a la casa cuarenta, cincuenta hombres tal vez.

Rápidamente se abalanzó a la escalera.

Monk le señaló los cautivos.

—Voy a ligar a estos pájaros. De este modo Ham y yo podremos tomar parte en la escaramuza.

—Átalos bien. —Monk exhibió una sonrisa feroz.

—Pues, ¿cómo no? —dijo.

Doc, ascendió los peldaños; sus compañeros le siguieron. AL llegar al primer piso hicieron alto.

Rayos de luz surcaban el nebuloso exterior en todas direcciones

y a través de la lluvia divisaron rápidas, confusas siluetas humanas.

—¡Estamos cercados! —gimió Long Tom.

Doc hizo un rápido reconocimiento.

—¡Han sido astutos! —confesó—. He oído tarde sus pisadas.

Long Tom dijo, con un hilo de voz:

—¿Eso significa…?

—Que no podemos salir ahora de aquí sin ser descubiertos…

—Ascienden por todos lados —les comunicó Johnny, tras de escudriñar las tinieblas.

Renny, con la previsión del hombre que se ha visto ya en tales lances, buscó la luz más próxima con la intención de apagarla..

—Déjala que arda —le aconsejó el hombre de bronce.

—¡Pero nos descubre! —protestó Renny.

—Si apagas la luz se darán cuenta de que les hemos visto llegar. Deja que se aproximen y nos valdremos de esto.

De entre las ropas sacó Doc varios globos de metal poco más pequeños que los huevos de una gallina. Eran bombas llenas de gas.

—Esos demonios traerán máscaras, sin duda —observó el capitán Flancul.

—No importa. No les servirán de nada. Al solo contacto con la piel ocasiona este gas un dolor tan vivo que inutiliza a un hombre, sin ocasionarle por ello grave daño —respondió Doc Savage.

CAPÍTULO XXIV

EL INCENDIO

LA princesa dijo: —¡Que me den un arma!

Renny le alargó una de las pistolas arrancadas a los prisioneros.

—Lo mejor será dividirse —murmuró el ingeniero—, y que cada uno vigile tras de las ventanas que no están iluminadas.

Él y el capitán Flancul desaparecieron tras de una puerta.

Simultáneamente aparecieron Monk y Ham en lo alto de la escalera. Venían de la región subterránea de la casa.

—¡Silencio! —ordenóles la voz imperiosa de su jefe—. No os mostréis mucho.

—¿Cómo sabrán esas gentes que tenemos presos al conde y a Muta? —le Monk, con voz tenue.

—Eso es un misterio —replicó sombrío acento Doc.

La princesa vino a colocarse a y le preguntó:

—¿Estamos muy expuestos?

—Lo bastante pata que se vuelva al subterráneo —contestó Doc, muy quedo.

Ella se estremeció.

—«¡Nu!» (¡No!) —exclamó—. Allí estoy más cerca de los torpedos explosivos.

—Si llegaran a estallar no lo pasaríamos aquí mucho mejor Un solo torpedo puede hacer saltar la casa, deshacerla en menudos fragmentos —dijo Doc.

Tranquilizado por alguna idea repentina, se apresuró a añadir:

—Pero esperemos que no suceda tal cosa.

Durante algún tiempo sólo oyeron el gorgoteo de la lluvia que caía. Una ráfaga de viento hizo llegar hasta el interior de la habitación ligera y espumosa cortina de agua y ello fue como el frío

contacto de una mano espectral sobre la piel desnuda.

Del exterior llegó hasta ellos una voz que decía, en calbiano:

—¡Sabemos que nos habéis descubierto! ¡Rendios al punto!

El grito movió a Doc a entrar con la velocidad del rayo en acción.

Retrocedió vivamente y se metió en una de las habitaciones oscuras. En la primera Renny se hallaba de pie junto a la ventana. En la segunda encontró al capitán Flancul.

—¡Bandidos! Algo les ha advertido que conocíamos su llegada. ¿Qué será?

Sin detenerse a contestar, Doc pasó a las habitaciones siguientes. El rey Dal ocupaba una de éstas; Monk y Ham la otra. Todos los rostros estaban perplejos.

Volviendo a la habitación principal, Doc apagó las luces.

—Esto va a ser duro —murmuró, sin perder la calma.

Antes de que hubieran transcurrido unos segundos tornó a gritar la voz desde fuera:

—No podrán escapar de ahí con vida. Han ido mensajeros al campamento con la orden de que se traigan los cañones y con ellos demoleremos el edificio.

Doc le contestó, en el idioma del país:

—¿Se olvidan de que tenemos aquí los torpedos? ¿Qué pueden junto a ellos los cañones?

El otro se rió groseramente.

—Podrían hacernos daño si utilizáramos camiones o tractores para arrastrar los cañones, Pero no se hará. Llegarán arrastrados por caballos.

Monk, que jugueteaba con la pistola capturada, preguntó con ansia a Doc:

—¿Qué sucedería si le disparase un tiro a esa voz?

—Pues que no darías en el blanco, porque suena, evidentemente, tras de la cerca.. De todos modos, tira, a ver qué pasa. El tiroteo ha de comenzar, y lo mismo da que sea ahora que más tarde.

—También yo probaré mi puntería —le gritó el capitán Flancul.

Monk y el capitán dispararon a un tiempo. La respuesta fue un griterío formidable en el exterior, detonaciones de rifles, ametralladoras y pistolas.

Las paredes de piedra detuvieron el paso de muchos proyectiles,

pero otros rompieron el cristal de las ventanas, mellaron el marco de la puerta y silbaron con sordo rumor al atravesar el techo.

El tiroteo no cesaba.

—¡Long Tom! —clamó Doc.

—¡Presente! —replicó el mago desde debajo de una ventana.

—Toma el aparato portátil de radio y procura entrar en contacto con la emisora de San Blazúa —le ordenó Savage—. Que nos manden aeroplanos para dispersar a esas aves de mal agüero. Majestad —dijo al soberano—. Haría bien en secundarle. Sus aviadores volarán más rápidamente si saben que Vuestra Majestad está en peligro.

El capitán murmuró:

—¡Los aparatos portátiles que forman parte de los megáfonos! Los había olvidado. Después de todo no es tan mala nuestra situación.

—Volved a ocupar vuestro sitio junto a las ventanas —les aconsejó a todos Doc—. Cubrios bien, y si se intentara un asalto dad la voz de alarma. En último caso nos serviríamos de las granadas.

Varios minutos transcurrieron lentamente sin que cesara el persistente tiroteo; proyectiles ocasionales saltaban en la habitación con gemidos estridentes, pero sus defensores estaban bien resguardados y ninguno fue herido. Una parte del techo, debilitada por la lluvia de plomo, se derrumbó.

Monk disparó dos veces por una ventana.

—No —le dijo Doc—. Deja que tire yo mientras no empeora la situación.

De una funda sobaquera enguantada de modo que apenas se la notaba, el hombre de bronce extrajo una de sus diminutas ametralladoras, la cámara de la cual estaba cargada con las balas «de gracia». Esta vez afinó la puntería y disparó rápidamente por una ventana.

Una ametralladora rebelde quedó instantáneamente reducida, a silencio.

La princesa Gusta, colocada en ese momento junto a Monk, le preguntó, muy bajo, con curiosa entonación:

—¿Por qué no quiere que se haga fuego?

—Para que no se mate a nadie —le explicó el químico.

—Pero él está tirando…

—... tiros de gracia —concluyó Monk—. No matan a nadie, pero le quitan de en medio.

—Es que esos bandidos tratan...

—... ¿de asesinarnos? —dijo, con sorna, el químico—. Desde luego, no lo ignoro. Mas, por mal que anden las cosas, jamás ha matado Doc deliberadamente. De todos modos, me atrevo a afirmar que aquellos malhechores que se mezclan a su vida mueren víctimas de sus propios lazos.

Long Tom y el rey Dal habían descubierto un cuchitril sin ventanas, antigua despensa, y allí, sin temor a los tiros, colocaron el aparato de radio. Poco después la pareja fue en busca de Doc.

—Hemos captado la onda de la emisora de San Blazúa —le comunicó Long Tom—. De un momento a otro llegará aquí una escuadrilla de aparatos de caza y de combate.

—¡Espléndido! —exclamó Henri Flancul en la oscuridad, cerca de ellos.

Doc Savage dio en recorrer, una tras otra, todas las habitaciones de la fachada. Allí y en los momentos en que cedía un poco el tiroteo, descargaba su ametralladora. Casi a cada descarga reducía a silencio a un sitiador.

Cayendo sobre Monk en la habitación de la trampa por la cual se bajaba a los subterráneos, le insinuó:

—Mejor será que te vengas conmigo, Monk.

—¿Eh? —hizo el químico, presa de estupor—. ¿Quieres que abandone esta habitación?

—Precisamente.

¡Pero se escaparán los presos!

—Monk, he reflexionado mucho y alimento determinadas sospechas —le explicó Doc en un tono seco—. Déjame probar una cosa.

Juntos se dirigieron a la parte de delante del edificio. Monk estaba perplejo y se preguntaba por qué querría Doc que saliera de la habitación de la trampa.

—Lo que me asombra es que no nos hayan asaltado ya —dijo al hombre de bronce—. ¿Sabrán que poseemos esas bombas de gas?

—Probablemente, Monk.

—¡Por el amor de Mike! ¿Bromeas?

Con el eco de las palabras de Monk cesó, de repente, el tiroteo.

—¿Qué querrá decir eso? —gruñó, asombrado.

—¡Calla! —le mandó Doc en voz baja—. Me parece que está haciendo efecto mi estratagema.

Por esta vez el acento de Doc denunciaba una emoción contenida. Tenía el ánimo en suspenso.

—Vaya, no te comprendo —suspiró Monk—. ¿Qué tendrá que ver mi abandono de esa habitación con..,?

—¡Silencio! Aguardemos…

No tuvieron que esperar mucho. Transcurrido que hubo un minuto, gritó la potente voz de Renny:

—El conde Cozonac, Muta, sus compañeros, ¡han huido!

Por lo visto Doc Savage aguardaba la noticia porque se lanzó al pasillo con agilidad sorprendente. La luz de su lámpara iluminó la habitación principal. ¡Estaba vacía!

Siguió corriendo y abrió de golpe, la puerta de la habitación que ocultaba la trampa, la misma que ocupaba Monk poco antes.

Llamas crepitantes les cerraron, allí, el paso. Ardía el piso entero.

Monk gimió:

—¿Por dónde se habrán escapado esos demonios?

—Por una ventana de la parte posterior de la casa —les gritó Renny—. Por ello ha cesado el tiroteo. Sus compañeros no querían herirles.

Monk dio un paso hacia la puerta como para ir tras del conde y de sus compañeros, pero varió de idea al oír que se continuaban disparando las ametralladoras y los rifles fuera de la casa.

—¡Pero si yo mismo he ligado a esos pájaros! —exclamó—. ¿Cómo habrán podido desatarse?

—Ignoro cómo lo han hecho —le contestó Renny—. Sólo sé que les he oído correr.

Monk se acercó a la puerta secreta.

—Voy a ver —anunció.

Doc se fue tras él.

Detrás de ellos crepitaba y bramaba el incendio, comenzaba a salir humo y, mezclado a su olor, percibieron otro, muy conocido, a gasolina. El suelo de madera del piso alto debía estar empapado de ella y ello explicaba que se propagara tan rápidamente el fuego.

Monk y Doc llegaron a la primera cámara subterránea.

—¡Mira! —exclamó Monk entre dientes. Y le indicó algo con un ademán.

Amontonadas en el suelo vieron las ligaduras que habían sujetado a los prisioneros. Éstas no se habían desatado.

—¡Se han cortado! —decidió el químico. La excitación acrecentaba el volumen de su voz aniñada:— ¡Se han cortado con un cuchillo!

Doc siguió adelante hasta llegar a la segunda cámara y avanzó por entre los bastidores —cunas que examinó atentamente, uno por uno.

Lanzando un suspiro de alivio —desahogo que se permitía en contadas ocasiones, observó:

—He temido que se conectara a alguno de estos torpedos una espoleta graduada o de tiempo. Por suerte, no se ha hecho.

Monk contemplaba la hilera de bastidores con la boca abierta sin compartir la satisfacción de su jefe.

Le señaló un bastidor vacío.

—¡Eh! —exclamo, alarmado—. ¿No había aquí antes un torpedo?

—Sí, Monk.

El químico se quedó de una pieza y sus manos velludas se agitaron con nervioso estremecimiento mientras tornaba a preguntar:

—¿Se lo habrán llevado los prisioneros al fugarse?

—Sí, Monk.

CAPÍTULO XXV

QUIÉN IDEÓ EL COMPLOT

MONK no estaba muy tranquilo que digamos, pero acabaron de llenarle de pánico las siguientes palabras de Doc:

—Lo más probable es que le hayan cogida pava lanzarle contra nosotros.

Monk pugnó por tragar saliva, cosa que le fue muy difícil. Los acontecimientos desarrollados últimamente en el piso alto, comenzaban a adquirir un significado.

—¡Doc!, Tú me sacaste de la habitación incendiada ahora y lo hiciste con idea de que pudieran escapar esos bandidos —exclamó, acusador.

—Quizá tengas razón.

—Pero, ¿por qué?

—Porque me pareció la única solución, la más simple, de todo este enigma.

El químico dejó escapar un gemido.

—¡Eres incomprensible! Si esto es una solución… bueno ¡ojalá lo sea!

Doc estudió el techo. Era, éste de hormigón con refuerzos de acero y como la segunda cámara subterránea era muy honda entre ella y la habitación incendiada mediaban unos cuantos pies de tierra.

—El calor no les hará estallar —decidió; y tocó uno de los proyectiles aéreos.

—Quizá no —tartamudeó Monk—. Pero ya sé lo que son esta clase de excavaciones y lo que pueden contra ellas los explosivos. Esta cámara, por honda, no bastará a protegernos del T. N. T. contenido en ese torpedo infernal que nos han substraído.

Doc se dirigió a la escalera, la subió y halló a Renny y a Ham tratando, sin mucho éxito, de extinguir el fuego. La lluvia de plomo que caía sobre el edificio era un obstáculo para ello.

—¡Es inútil! —dijo Renny con voz hueca—. El suelo está seco y arde que es una maravilla.

Doc deseó saber dónde se hallaba el resto de los compañeros.

—En observación, junto a las ventanas. Esas gentes pueden intentar asaltarnos cuando menos se espere.

Desde la cocina les gritó la princesa Gusta:

—¡Aquí hay cacerolas, sartenes, y uno o dos cubos de fregar! Sacaremos agua del pozo que hay en el pasillo subterráneo.

Doc y Monk corrieron por los receptáculos.

—Vuestra, Alteza es un hacha, como decimos en América —observó Doc cuando hubo llegado al lado de la princesa.

Monk trató de reír y en vez de esto soltó un grito formidable, pero no se desanimó. La segunda tentativa tuvo más éxito. En su mente veía perfilarse limpiamente un torpedo aéreo. Había visto tantos que conocía de sobra sus efectos.

—Vuestra. Alteza puede estar contenta —observó luego—. Doc no suele decir galanterías.

—Ya lo he notado —repuso Gusta secamente.

Monk la comprendió; sin embargo, no se atrevió a comentar aquella respuesta. Las mujeres jóvenes, sobre todo cuando son tan atractivas como lo era la princesa, están acostumbradas a la lisonja. Doc no era galante y Monk decidió que la princesa estaba picada.

Se llenaron los cubos y jarras del agua de la trampa —en ella había hallado Ham su bastón— gracias al boquete abierto en el suelo del pasillo por la pasada explosión, pero el acto de derramarlas sobre el fuego no dejaba de ser peligroso y expuesto.

Al lado opuesto de la casa se derrumbó otra parte del techo rasgado por los proyectiles de las ametralladoras. El estampido de los disparos tronaba de continuo bajo la lluvia.

—Me parece que podrá limitarse el incendio al área empapada por la gasolina —concluyó Doc tras de observar los efectos que producían los esfuerzos de la primera brigada de bomberos improvisados.

—¿Para qué lo habrán provocado? ¿Para que ardamos? —dijo Monk, pensativo.

—No —le contestó Doc—. Lo han hecho para originar lo que se llama una imantación. Es decir, para atraer sobre la casa al torpedo aéreo.

—¿Eh?

Monk dejó caer el cubo, vacío, que empuñaba.

—El calor atrae a esas bombas aéreas.

Long Tom apareció a tiempo de oír aquella declaración. El pálido mago de la electricidad se mesó les cabellos con los largos dedos y meneó, con gesto pausado la cabeza.

—Pues yo suponía —confesó—, que se guiaban mediante un aparato de radio dispuesto para el caso.

Doc guardó silencio, parecía escuchar.

—El invento del barón —les explicó después—, consiste en una especie de «ojo» mecánico que, en relación con los usuales relais y movimiento de ondas radiadas, lanza a los torpedos aéreos hacia los objetos que emiten calor. Ya recordaréis que todos los objetos destrozados hasta ahora, despedían calor, como por ejemplo, el motor de un aeroplano, el de una gasolinera, el de un automóvil e incluso la hoguera de un campamento.

Monk se estremeció.

—Ya que no podemos apagar el incendio —propuso—, salgamos de aquí antes de que nos caiga encima la bomba.

En la pausa que sucedió a la proposición el tableteo de las ametralladoras y el silbido y detonaciones de las balas de rifle adquirió una intensidad emocionante.

—No podemos salir —repuso con voz serena Doc—. Los artilleros están lejos y no lograremos alcanzarles con nuestras granadas.

—¡Por el toro sagrado! ¿Cómo puedes tomarte la cosa con tanta calma? —exclamó el ingeniero—. Cuando llegue el torpedo, ¡pum!, ¡Telón rápido!

Doc le recomendó:

—¡Tómatelo con más calma!

—¡Demonio! ¡Yo no poseo tus nervios!

Long Tom, cuyas cuerdas vocales, tirantes y resecas, se negaban a obedecerle, emitió un sonido gorgoteante que quería ser una carcajada.

—Acaba de explicarnos lo del invento del Barón, Doc —rogó a

su jefe—. Me agrada conocerlo.

El hombre de bronce fue a cerrar la puerta de la habitación en llamas para que no les descubriera la luz y habló de esta suerte:

—El secreto de la habilidad con que ese ojo ve y lleva a los torpedos, hacia cualquier objeto caliente, en la oscuridad de la noche, entre niebla o tras de una columna de humo, estriba en un bien conocido principio científico.

El rey Dal llegó de puntillas de otras habitaciones de la casa y les gritó interrumpiendo la explicación:

—¡El enemigo se aleja!

—Se aparta para que no le coja la futura explosión —gimió Monk en voz baja; y añadió más fuerte:— ¿Cuál es ese principio, Doc?

—El siguiente: todo objeto que goza de una temperatura más elevada que el medio en que se encuentra, irradia rayos calurosos. Ejemplo de esto es el radiador usual. Ahora bien: estos rayos atraviesan, como todos sabéis, el humo y las tinieblas.

—¡Pues sí que es esta ocasión de discutir principios científicos! —murmuró el rey Dal.

—¡Silencio! —le pidió Monk cuya nerviosidad le hizo olvidar con quien hablaba.

Doc siguió diciendo como si no se hubiera dado cuenta de la interrupción:

—Los rayos calurosos son invisibles a simple vista aun cuando se pueden registrar mediante métodos diversos. La manera más simple de descubrirlos es acercar una mano a la fuente del calor, por ejemplo: al radiador mencionado ya.

—¡Apresúrate, Doc! —gimió Long Tom—, o se me volverán blancos los cabellos.

—El «ojo» inventado por el Barón para el descubrimiento de dichos rayos, es sencillamente, una célula fotoeléctrica de extraordinaria sensibilidad —concluyó Doc—. El mecanismo que mueve al «ojo» para que éste señale, como la aguja de una brújula, la dirección de la fuente calorífica, es demasiado complicado para explicároslo sin valerme de ilustraciones, pero no es nuevo en principio. Lo esencial es conocer la extraordinaria sensibilidad de ese «ojo», sensibilidad que le hace ver un objeto caliente a considerable distancia.

—¡Ahora, entiendo por qué colocaste a la zaga del aeroplano la caja metálica en cuyo interior ardían las cuatro estufillas! —gruñó Monk—. El calor que irradiaban era más intenso que el de los motores del aparato y por ello atrajo al torpedo.

Doc comenzó a decir:

—Sí. Esto…

Y se calló.

Por encima del tiroteo, de los silbidos de los proyectiles y del blando murmullo de la lluvia, sonó una vibración especial que reconocieron todos.

Era originada por el motor de un aeroplano.

—¡Mis aviadores! —balbuceó el rey Dal.

—No —repuso Monk desengañándole—. Alguien se ha apoderado de nuestro aeroplano.

El motor zumbó, bajó de diapasón, tornó a zumbar con más fuerza al calentarse los motores, y pasado un instante adquirió un tono distinto más estridente, más vigoroso.

—¡Ya ha despegado! —murmuró Renny.

Las múltiples detonaciones del escape se debilitaban, luego tornaron, rápidamente, a cobrar fuerza.

—Se hallan a cierta altura —calculó Doc en voz alta—. Ahora descenderán para soltar el torpedo.

Renny dio una palmada tan sonora que se oyó a pesar del tiroteo.

—¡Ya entiendo! —dijo.— ¿Hay alguna probabilidad de salvación?

—¡No!

Doc acentuó la sílaba.

Todos aguardaron. Doc no habló más. Permanecía inmóvil. Sus cinco hombres no habían perdido del todo la esperanza, Otras veces habían corrido peligros tan grandes como el actual y se habían librado de ellos por un golpe estratégico del hombre de bronce.

Pero, naturalmente, en ocasiones, se puede fracasar. Doc no era un ser sobrenatural a pesar de su ingenio extraordinario. Y por esta vez podían salirle mal las cuentas. En el fondo, los cinco estaban amedrentados.

El zumbido del aeroplano adquiría, por grados, el volumen de un trueno.

La princesa asió a Doc por un brazo.

—Después de todo veo que no soy un hacha —suspiró—. Tengo miedo... ¡muchísimo miedo!

Aquel era el momento psicológico, oportuno, de ceñirla por el talle que, posiblemente, era lo que esperaba. Pero Doc la decepcionó.

—Cruce los brazos y resguárdese con ellos la cabeza —le aconsejó—. No será difícil que acabe de derrumbarse el techo a causa de la explosión.

Justamente fue lo que sucedió. Mas no se desplomó todo sino solamente la parte atacada por la continua lluvia de plomo.

El mismo aire se incendió, tomó el color de una brasa y luego les cegó una luz resplandeciente. Chocó en sus oídos el aire en forma de ráfaga que casi les desgarró el tímpano. La lluvia que bajaba por los canales cayó como líquida, sábana sobre la casa y penetró por los boquetes abiertos.

Fue entonces cuando se desplomó, entre crujidos y chasquidos, la parte del techo.

El tiroteo cesó como si de repente y por arte de magia se hubieran agotado todas las municiones del enemigo.

Le sucedió un profundo silencio. Probablemente seguía cayendo la lluvia y crepitando las llamas del incendio, pero el fragor de la explosión había ahogado todos los ruidos menores.

Diez, veinte minutos, se prolongó la pausa. Luego: ¡zump! Cayó un cuerpo pesado cerca del edificio de piedra.

—Son los motores del aeroplano —anunció Doc.

A continuación sonó, más blando, el ruido de otra caída; pequeños repiqueteos.

—Eso debe ser lo que faltaba del aparato.

La lluvia caía sin interrupción, era un verdadero aguacero, pero ya no se reanudó el tiroteo.

Habeas gruñó varias veces, quejumbroso, hasta que Monk le redujo a silencio amenazándole con arrancarle las orejas para con ellas hacer un obsequio a Ham. Su voz sonaba gozosa. En realidad aquel era uno de los momentos más dichosos de su vida. Y también de los animados.

—Conque el torpedo se volvió contra ellos, ¿eh, Doc? Cuéntanos cómo ha sido —dijo.

—Es muy sencillo. En el interior de la cabina había yo depositado una caja de metal…

—¿La que estaba sin numerar?

—¿La que sacaste de la choza? —Inquirieron a un tiempo, dos voces.

—Eso es —repuso el hombre de bronce—. Pues bien: en su interior había un aparato emisor de rayos que son los que atrajeron, más tarde, al «ojo» fotoeléctrico del torpedo.

—¡Por el toro sagrado!¿Por ventura no estaba bastante caliente la caja para atraerle?

Doc meneó la cabeza.

—El funcionamiento de esos rayos es complicado —respondió—. Pues sólo atraviesan los cuerpos sólidos: son, quizá, una variante de la corriente atómica. Todavía no se les conoce bien. Pero, desde luego, se pueden originar y emitir sin mucho calor.

Renny puso una cara larga.

—¡Esto es harto complicado para mí! —observó.

—Considera estos rayos casi idénticos a los rayos X. ¿Simplifica esto tu comprensión?

—Desde luego.

—«¡All right!» La caja depositada junto a la cola del aeroplano emitía esos rayos en gran cantidad. Yo la dejé allí para que atrajera cualquier torpedo que pudiera ser arrojado sobre nosotros.

—Ya entiendo.

—Pero, ¿esos bandidos no han tenido miedo de que una vez lanzado, atrajeran al torpedo los motores del aeroplano? —interrogó Monk.

—No, porque era más fuerte la atracción del incendio provocado, aparte de que el «ojo» se había dirigido aquí —repuso Doc—. Por suerte, pudo más el aparato encerrado en la caja.

Ya no sonaban tiros afuera. Doc encendió la lámpara con ayuda del pulgar y con la misma pasó revista a la pequeña asamblea reunida en la sala.

—Veo que falta uno —observó en tono sombrío.

Sus compañeros se miraron.

—¡El capitán Flancul! —balbuceó la princesa—. ¿Dónde está?

—No le he visto desde hace rato —tartamudeó Monk.

—¿Le habrá caído encima el techo? —interrogó Renny con su

voz estentórea. E inició una media vuelta como si fuera a buscarle.

—El capitán ha caído, mas... no debajo del techo —dijo con calma Doc—. ¡Le ha derribado la explosión!

La princesa levantó una mano y se tapó con ella los ojos.

—Entonces... el capitán Flancul...

—Telefoneó, desde aquí, a primera hora, mientras fingía llevar a cabo un registro de la casa, y llamó en su auxilio a la partida rebelde que está ahí fuera —concluyó Doc.

A Renny le sobrevino un acceso de furor.

—¿De modo que el capitán era la cabeza directora, el que manejaba los hilos de la intriga? —interrogó, con voz fuerte.

—Por lo visto. También ha sido él quien ha libertado a los prisioneros.

—Pero, Doc, si sospechabas...

—No tenía prueba alguna que me demostrara su culpabilidad— —explicó el hombre de bronce—. Cuando llegó el pelotón rebelde me pareció evidente que se le había llamado y, como es lógico, el individuo más sospechoso me pareció que era el capitán Flancul.

—¡Pero le dejaste escapar!

—Le dejé que se descubriera —rectificó Doc—. Ahora ya sabemos que es culpable y nuestra tarea se reduce a detenerle.

La tarea, sin embargo, era más dificultosa de lo que pensaban. Como tampoco era floja, la de detener a Muta o al conde Cozonac.

Desde luego, los restos de sus cuerpos que se hallaron, fueron suficientes para poder identificar a cada uno. El trío iba a bordo del aeroplano destruido por la explosión y después quedó muy poco de él.

Los pilotos de las fuerzas aéreas calbianas llegaron en doce aparatos de caza y dispersaron a los revolucionarios sitiadores, matando a unos cuantos y persiguiendo al resto por entre les espesos matorrales.

Un herido rebelde confirmó lo que Doc había supuesto. Esta es: que el capitán Henri Flancul era el instigador de la revuelta. Él había robado los planos secretos del barón Mandl de la bóveda donde estaban encerrados y con su fortuna había sufragado los gastos que suponía la adquisición de armas para la revolución. EL capitán se creía un moderno Napoleón. Había alimentado la ilusión de coronarse rey de Calbia, para luego, gracias al arma eficaz del

Barón, emprender la conquista de otras naciones.

El herido dijo más. Explicó que se había utilizado también el torpedo en contra de determinados defensores de la causa revolucionaria porque no estaban de acuerdo con sus proyectos ambiciosos. Los torpedos se habían utilizado para quitarles de en medio.

Doc Savage no debía, pues, subir al trono de Calbia.

Como recompensa y dando muestras de una hermosa confianza, se le ofreció el Gobierno del país. Mas, habiéndose concluido ya la revolución por falta de apoyo, Doc rechazó delicadamente la oferta.

Vestida con una creación de la mejor modista de San Blazúa, que la hacía perecer más seductora, la princesa oyó de labios de Doc esta decisión, y apretando los labios abandonó la cámara real. Casi todo el resto del día se mantuvo encerrada en su habitación sin admitir en ella ni siquiera a su camarista favorita. Y por la noche, durante el banquete celebrado en honor de Doc Savage, el excesivo maquillaje aplicado a su semblante no logró ocultar la irritación de sus párpados.

—Doc tiene la culpa —dijo Monk embutido en un traje de etiqueta que ponía aún más en relieve su simiesca figura.

—¡Calla, mico, y no te rías! —replicó Ham que iba elegantísimo —. ¡La princesa es una excelente muchacha!

Antes de salir de Calbia, Doc pidió y le fue concedido, que se enviara una muestra del torpedo aéreo a los Ministerios de la Guerra de cada nación europea junto con una información detallada de cómo los objetos radiadores de calor podían utilizarse en calidad de reclamo, contra los proyectiles y servir así de arma defensiva.

—Y con ello se disipará el temor que podrían inspirar los torpedos —afirmó Doc Savage.

FIN

Título original: *The King Maker*